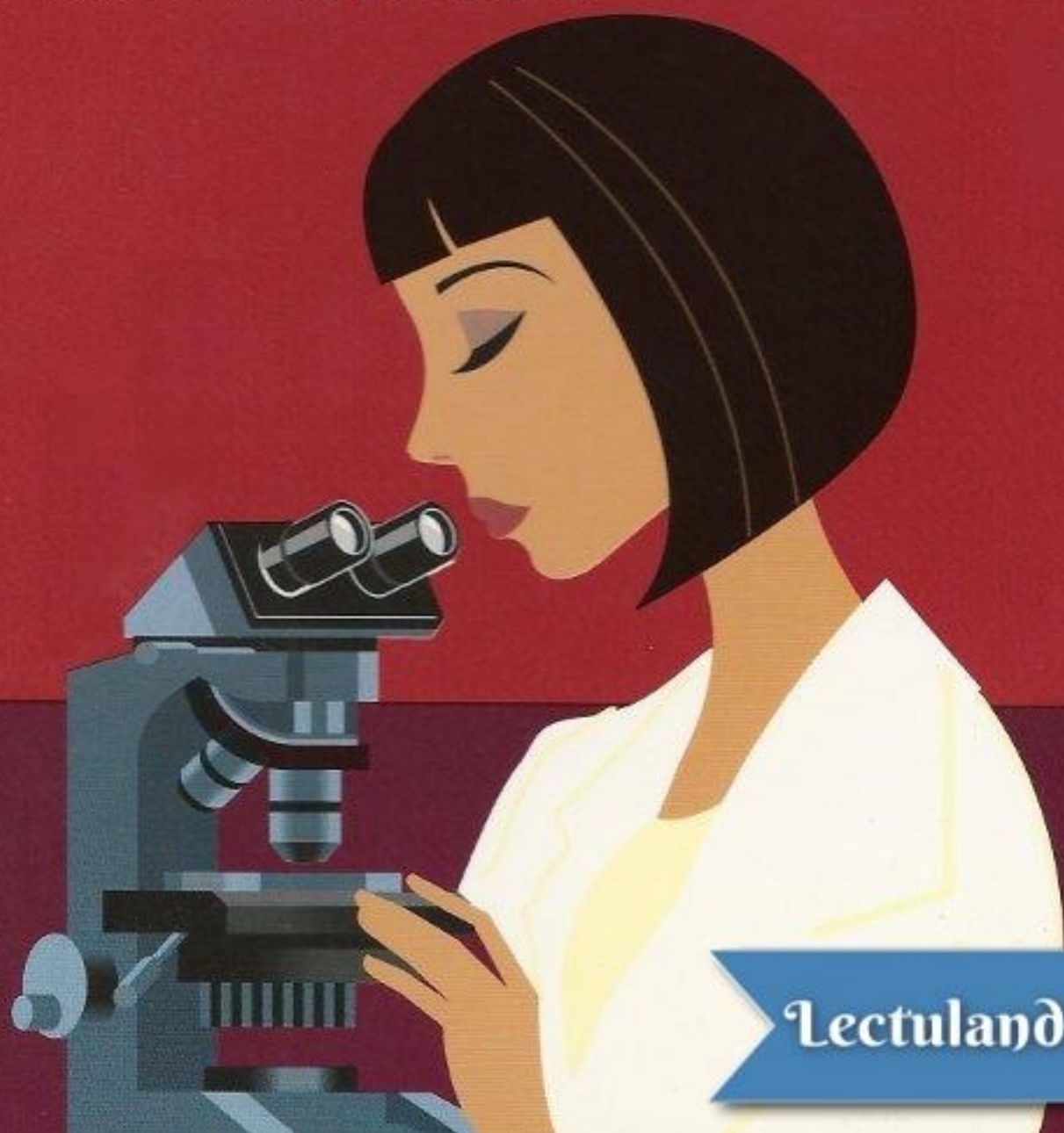


«Una especie de Indiana Jones femenino. Seductora y activa.»

LE FIGARO LITTÉRAIRE

LA APARICIÓN

**Didier
van Cauwelaert**



Lectulandia

Nathalie, una prestigiosa oftalmóloga famosa por su ateísmo combativo, viaja hasta México con un encargo del Vaticano: debe encontrar pruebas de que las milagrosas imágenes que se reflejan en los ojos de la Virgen de Guadalupe son falsas. A medida que avanza la investigación, su incredulidad se tambalea. El espíritu de Juan Diego, el indio ante quien se apareció la Virgen en 1531, está intentando decirle algo...

La magia y la ciencia, la fe y el racionalismo, se encuentran en una historia de hoy. Un diálogo lleno de simpatía entre un santo, cansado de escuchar las súplicas de los creyentes, y una mujer moderna, que niega lo sobrenatural. Y en torno a ellos, las intrigas y los oscuros secretos de Roma, una hermosísima historia de amor y los pequeños y grandes desafíos de la vida contemporánea.

El autor de *La educación de un hada* y ganador del Premio Concourt, Didier van Cauwelaert, arrastra al lector de sorpresa en sorpresa en una novela escrita con el humor encantador y la imaginación desbordante que han hecho que sus novelas estén ya traducidas a más de veinte idiomas.

Lectulandia

Didier Van Cauwelaert

La aparición

ePub r1.1

Fauvar 11.09.14

Título original: *L'Aparition*
Didier Van Cauwelaert, 2001
Traducción: Manuel Serrat Crespo

Editor digital: Fauvar
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Cuando ha entrado, he pensado que sería un error Su nombre encabezaba la lista de las visitas de la tarde, el circulo dentro de un cuadrado significaba que era la primera vez que venía, las iniciales MSR, garabateadas entre paréntesis por mi secretaria, me informaban de que, a priori, sufría miopía, glaucoma y retinitis, pero tenía ante mí a un viejecito con sotana y esclavina roja, y he llegado a la conclusión de que MSR debía de ser, más bien, la abreviatura de «monseñor».

Me he levantado, esperando que me reconociera, que lanzara un grito de horror y emprendiera así la huida. No sé qué ironía del destino, que recomendación de un colega torpe o qué oculto pensamiento han hecho que un cardenal se meta entre mis pacientes, a pesar de que soy una comecuras por las ondas, pero no tengo tiempo que perder en controversias durante mis horas de consulta. Si ha venido por algo distinto a sus ojos, le pongo de patitas en la calle Cierra la puerta con ostentosa sencillez. Aprieta con los dedos su bastón y avanza hacia mí en un frufrú de seda. Espero que me dé a besar su anillo, por el placer de mandarle a paseo, pero se limita a unir las manos en el asa de su cartera, inclinando los párpados.

—Cardenal Damiano Fabiani. Siéntese, doctora, se lo ruego: he venido de incógnito.

—Ya se ve.

Una leve sonrisa relaja su rostro. Su piel es de una palidez cenicienta, que tira al amarillo en las arrugas, como un periódico olvidado al sol en la bandeja trasera de un coche.

—Sin atenerme al protocolo, quiero decir.

Brota de él una dureza fría, bajo el aterciopelado acento que cultiva, como el del dueño de una pizzería. Con su gran cabeza arrugada y su cuerpecito flotante, me hace pensar en esos retratos-robot de extraterrestres que circulan por Internet.

—Si hubiera respetado el procedimiento normal —prosigue colgando su bastón del respaldo de un sillón, sin duda para recordarme que no le he invitado a sentarse aún—, le habría convocado en la embajada de la Santa Sede. Pero ¿habría venido usted? Conozco su reputación, su posición anticlerical y su agenda. Cuando mis servicios se pusieron en contacto con su secretaria para invitarla a usted a almorzar, ella respondió que no almorzaba, que usted operaba por la mañana y tenía consulta

por la tarde, y que no tenía hora disponible antes de dos meses salvo, en caso de urgencia, este martes a la una y cuarenta y cinco.

—¿Y es una urgencia?

—Sí.

Le veo sentarse ante mí con lenta rigidez, pero sin dejar de mirarme. Aparentemente, sabe que he contribuido a desmitificar el último milagro de Lourdes, y me cuesta explicarme su aire cortés. Ha dejado su cartera, apartado los faldones de su esclavina y yo he tomado el lápiz.

—¿Qué le ocurre?

—¿A mí? Nada, muchas gracias. Salvo que tengo artrosis en la cadera derecha.

—Algo que, realmente no necesita una consulta de oftalmología.

—Estamos de acuerdo.

Se hace el silencio. Me examina mientras aguanto su mirada con unos furiosos deseos de parpadear. He esculpido, esta mañana, seis córneas con láser y he pasado una noche espantosa, entre los gritos del bebé del vecino, al que le están saliendo los dientes, y las pesadillas brotadas de mi sesión en la web. Estaba chateando en ICQ, después de cenar, con unos colegas japoneses, cuando un intruso se metió en la página llamándome por mi nombre de pila. Comenzó a soltar mieles de ligón, en mayúsculas, el colmo de la grosería en la red, pues significa que se grita. Por lo general, los *ops* que vigilan el fórum de oftalmología se apresuran para eliminar este tipo de salido de las páginas rosas, pero ninguno de mis interlocutores parecía advertir su presencia. *Pronto me conocerás, hermosa Nathalie, y me alegro de ello.* Le respondí en mayúsculas que fuera a conectarse a otra parte. Vi en la pantalla: *Ahora ve a acostarte, lucecita de mis noches, estás cansada y mañana es un día importante para nosotros.* Su margarita ICQ, en vez de ser verde como cuando se está en línea, parpadeaba del amarillo al rojo, advirtiendo un defecto de conexión o un problema en mi módem. Preferí despedirme de mis corresponsales japoneses y el okupa se metió en medio de la frase que escribía en la pantalla: *Felices sueños, Nathalie Krentz, pronto estaré a tu lado.* Casi no he pegado ojo

—De hecho, me dirijo menos a la facultativa que a la especialista.

Doy un respingo. El italiano alisa con la punta de las uñas el solideo rojo, luego une sus falanges para dominar un temblor.

—¿Qué quiere decir?

—Vengo a pedir de su parte un peritaje bastante especial, doctora. Basado tanto en su competencia, unánimemente reconocida, como en su escepticismo, que algunos se han complacido en calificar de ciego. Pero prefiero hablar de objetividad, algo que, en este casi es la cualidad por la que la he elegido.

Le doy vueltas a la frase en mi cabeza para intentar comprender adónde quiere llegar, de meandro en circunloquio, de adulación en regañina. Ya había conocido a un

cardenal en un debate televisivo sobre curaciones inexplicables, pero iba de civil, era del tipo liberal untuoso que se ofusca a la primera blasfemia, y me lo comí de un bocado. Este tiene, visiblemente, otro temple. Parece conocerme, saber que no soy vulnerable a los halagos ni a los juicios de intención, pero sí a los malentendidos que dejo flotar entre los demás y yo. ¡Me parezco tan poco a lo que me reprochan! Mi frialdad, mi altivez, mi intransigencia, la sequedad de mis principios. Si supieran...

—Le escucho, señor. ¿O debiera llamarle Eminencia?

Se echa hacia atrás para cruzar las piernas, se arrellana en la poltrona como un sorbete de frambuesa.

—Como usted quiera. Pero tal vez monseñor sería menos formal.

En su voz apunta una ironía que neutraliza la mía, al tiempo que instala la relación de fuerzas en el terreno que he elegido. En términos de dialéctica, este prelado de salón nada tiene que envidiar a los compañeros con quienes arreglaba el mundo en los bancos de la facultad, y que se han convertido en mandarines del golf, directores de clínica con descapotable, lacayos de laboratorios farmacéuticos dispuestos a todas las reverencias para obtener un beneplácito, o funcionarios de la investigación, resignados a no descubrir nada para no disgustar a nadie.

—¿No es muy molesto salir o la calle disfrazado así?

Aspira el interior de sus mejillas, cierra su esclavina escarlata.

—Mucho menos que antaño, cuando nadie llevaba el pelo rosa, el ombligo a la vista o diamantes en la nariz. Hoy, la gente apenas se vuelve a mirarme.

—¿Le toman por una *drag-queen*?

—El procedimiento me obliga a presentarme de modo oficial ante la persona a la que requiero. De lo contrario, créame, sé pasar desapercibido.

De pronto he pensado que desempeñaba demasiado bien su papel, que su retórica y la púrpura cardenalicia eran sólo la composición de un actor. Pero ¿quién podía tomarse tanto trabajo para gastarme una broma? Nadie me felicitó por mis cuarenta años, la semana pasada, y ya sólo mantengo con Fraude unas relaciones con altibajos, donde connivencia y ligereza son recuerdos demasiado pesados.

—¿Y si fuéramos al grano?

Asiente observando el marco de plata vuelto hacia mí que contiene la foto de los dos muertos que, ahora, componen lo esencial de mi vida privada: mi madre y mi perro. Luego cruza los dedos, contempla el brillo de la piedra amarilla de su anillo episcopal.

—Vayamos a lo que me trae, doctora. En 1531, en México, vivía un pobre indio llamado Cuauhtlatotzin. Era huérfano, viudo desde hacía ya tres años, y su tío, que era su única familia en la tierra, acababa de caer gravemente enfermo.

Calla un instante, sin duda para dejarme meditar sobre el cruel destino de un desconocido reducido a polvo desde hace más de cuatro siglos. Puesto que no

manifiesto reacción alguna, salvo el movimiento rotatorio que imprimo a mi lápiz sobre el cartapacio, prosigue con una voz más neutra:

—Le recuerdo que en 1531 estamos a comienzos de la colonización española. A los conquistadores les había sido fácil apoderarse de México, puesto que su llegada había sido anunciada desde hacía mucho tiempo por las profecías aztecas. El emperador Moctezuma había entregado su trono a Cortés diciendo: «Os esperaba», y Cuauhtlatoatzin se había convertido, como otros tantos indígenas que no habían tenido más opción, es cierto, pero que habían encontrado, sobre todo en la religión católica, un feliz contrapunto a la barbarie de sus sumos sacerdotes. No olvidemos que los aztecas sacrificaban anualmente a doscientas mil personas, despedazándolas vivas para arrancarles el corazón, con el fin de honrar al sol y darle ganas de levantarse a la mañana siguiente.

Con un gesto de jubilo que alimenta las palomas, me toma como testigo del salvajismo de aquella gentes Le hago observar, con aire apacible, que en términos de víctimas la marca de la Inquisición católica tampoco está nada mal y que la visita de las dos espera detrás de la puerta.

—Tendré ocasión de mencionar otra vez los abusos del clero español —responde barriendo al mismo tiempo la segunda parte de mí frase—. Pero volvamos a nuestro amigo Cuauhtlatoatzin, al que, para mayor comodidad, llamaré con su nombre de bautismo, que él mismo eligió para sellar su conversión: Juan Diego. Era un hombre sencillo pero muy piadoso, muy carnal también, que no vacilaba en recorrer cincuenta kilómetros diarios, con los pies desnudos, para ir al catecismo en Tlatilolco, uno de los pueblos incluidos en el México de hoy. Para hacerlo tenía que rodear una colina desierta llamada Tepeyac donde, aquella mañana del sábado 9 de diciembre de 1531, oyó una dulce voz que murmuraba: «Juanito... Juan Dieguito...». Se volvió y se encontró ante una mujer joven y bellísima, inmóvil en una luz tierna, que le dijo: «Soy la Virgen María, Madre del verdadero Dios por quien todos existimos».

Dejo el lápiz en mi bloc de recetas y le recuerdo mi postura sobre las presuntas apariciones mañanas en Lourdes.

—Alucinaciones colectivas y puro comercio —me interrumpe citándome—. Sé que usted piensa que no cree en nada, sé que lo ha dicho y repetido en las emisiones más vistas en su país. Sé que el Comité Médico Internacional de Lourdes solicitó su opinión sobre un caso de curación inexplicable, y que considera usted haber demostrado que la Santa Virgen nada tenía que ver.

—Eso es. Era una ceguera histérica que desapareció por efecto de un shock nervioso, cuando la adolescente fue arrojada al agua helada de la gruta. El nervio óptico no tenía lesión alguna: era el cerebro el que no trataba ya las informaciones recibidas.

Me detiene levantando la mano:

—Pues eso es lo que le pido.

—¿Cómo?

—Vengo a solicitar la opinión de una oftalmóloga eminente, para contrarrestar la «superstición idólatra» que mencionaba usted en su informe al Comité de Lourdes.

Apoyo la barbilla en el puño, desconcertada por las tácticas de esta momia de la Santa Sede que parece sentir un maligno placer pillándome desprevenida. Siguiendo con la yema del índice el ribete de su sotana, el cardenal examina las molduras del tedio.

—Así pues, la Virgen le dijo a Juan Diego: «Ve a ver al obispo y dile que me construya aquí una capilla». El pobre indio protestó. De hecho, estaba menos impresionado por el carácter sobrenatural de esta aparición, adecuada a sus creencias, que por la transgresión social que le exigía. «Pero, adorable Virgencita» respondió en el florido lenguaje de los aztecas, «soy sólo el más minúsculo de tus servidores, un pobre pulgón indigno, un indio más... El obispo de México nunca me concederá su atención». «Te he elegido a ti, Juan Dieguito, a ti, el más pequeño de mis hijos», replicó la Virgen, «Ve a ver al obispo, y te creerá».

Descuelgo el teléfono que suena, excusándome con un movimiento de cejas. Franck me pregunta si puedo operar una catarata en su lugar, mañana por la mañana

—Te llamaré.

—Abreviando —sonríe mi visitante cuando ya he colgado—. Juan Diego va a ver, pues, a monseñor Zumárraga y le dice: «Bueno, he visto a Nuestra Señora y os pide que le construyáis una capilla en la colina de Tepeyac». El obispo responde: «Claro», y hace que saquen al iluminado. Pero la Virgen insiste, se le aparece cinco veces a Juan Diego para mandarlo a casa del obispo, que lo hace expulsar *manu militari*. Por fin, desalentado, el buen, indio le dice a la Madre de Dios que Zumárraga nunca va a creerle sin una prueba, Entonces, ella le aconseja que le lleve rosas. Estamos en pleno invierno Juan Diego se encoge de hombros. Pero cuando ella desaparece, descubre unos rosales en flor, Coge enseguida un ramo y lo envuelve en su túnica. Los servidores del obispado le dejan entrar impresionados esta vez por las flores fuera de temporada que trae como ofrenda. Llegado ante Zumárraga, el indio deposita las flores y el obispo cae de rodillas, pasmado. En el vestido del pobre indio se ve estampada la imagen de la Virgen María.

Separa los dedos unidos bajo el mentón, para indicar sin duda que es el fin de la historia. Levanto acta y le pregunto en qué me ataño.

—Una túnica de este tipo, que se llama una tilma, está tejida con fibras de pita, extremadamente frágiles. Casi cinco siglos después sigue intacta, expuesta en la basílica de Guadalupe, al norte de México; los mayores especialistas mundiales la han estudiado para llegar a la conclusión de que no pueden explicar nada. Ni su estado de conservación, ni la naturaleza de la «imagen» estampada, cuyos colores no

proceden de pigmento alguno conocido en la Tierra, ni la posición de las estrellas en el manto de la Virgen, que parece dar pruebas de conocimientos de astronomía imposibles en aquella época, ni la escena en sus ojos.

—¿La escena?

—Toda la escena en casa del obispo figura en los ojos de la Virgen. Literalmente «fotografiada». Eso es al menos lo que los investigadores descubrieron al microscopio.

Pone en sus rodillas la cartera, saca un voluminoso expediente y me lo tiende.

—He aquí las conclusiones de los peritajes efectuados por sus colegas, de 1929 a 1990, fecha en la que Su Santidad Juan Pablo II beatífico a Juan Diego.

Abro al azar la carpeta verde, doy con una ampliación fotográfica de la pupila donde hay tres reflejos rodeados por un círculo negro. Hojeo el documento incluido como anejo. La firma del doctor Rafael Torija figura al pie de un informe de seis páginas.

—No hablo español —digo cerrando la carpeta.

El cardenal da un respingo. Por primera vez desde el comienzo de nuestra entrevista, he conseguido desestabilizarlo. Y es por mi ignorancia.

—Le haré llegar las traducciones —dice en tono seco—. De todos modos, estos peritajes no tienen interés alguno para mí: todos son unánimes.

Lanzo una mirada alrededor de su mesa y rectifico la colocación de su cenicero vacío. Se ha quedado con un cuarto de hora, de mi tiempo: le quedan seis minutos.

—¿Qué espera exactamente de mí, monseñor? ¿Que examine con el oftalmoscopio los ojos de una pintura para decirle si la Virgen María era miope?

Me contempla con una especie de dolorida indulgencia y se inclina hacia delante para soltar, con voz lenta:

—Hija mía, espero de usted la prueba de una superchería, el descubrimiento de un error técnico, la hipótesis de que los reflejos en los ojos pueden ser obra de un pintor; o, por lo menos, la expresión argumentada de una duda.

Quedo boquiabierta. Sus dedos tamborilean en los brazos del sillón, esperando mi reacción.

—Perdone que sea brutal, Eminencia, pero ¿de que lado está usted?

—Del lado del diablo.

Trago saliva, con la garganta seca. Ser atea no impide ser supersticiosa, y detesto que se evoque con tanta ligereza a las fuerzas del mal. El cardenal percibe mi repulsión instintiva y una sonrisa, como el filo de una navaja, suaviza el eco de su mirada.

—¿Sabe usted qué es, en el Vaticano, el abogado del diablo, doctora? En un proceso de canonización, es la persona designada para poner en duda la realidad de los milagros atribuidos al postulante y buscar en su vida cualquier acontecimiento,

pecado, mentira, impostura, conducta impía, que pueda impedir que sea proclamado santo por el papa. Es el cargo que desempeño en el proceso de Juan Diego, y me encuentro con un expediente del todo vacío ante una parte adversaria que posee decenas de informes de curaciones milagrosas atribuidas al indio, gran cantidad de peritajes unánimes, que confirman el carácter científicamente inexplicable de la imagen estampada en la túnica, y cien testimonios que acreditan una vida privada desesperadamente irreproachable. Por eso me vuelvo hacia usted, doctora. Los ojos de la Virgen no han sido examinados desde hace diez años. Supongo que en el intervalo han aparecido nuevas técnicas, y le pido que las utilice para atacar las conclusiones de sus colegas. Eso es todo.

Y vuelve a apoyarse en la tapicería de la poltrona. La ironía de la situación hace subir a mis labios una sonrisa que desaparece en cuanto él toma de nuevo la palabra:

—Su curriculum, entre otros, ha sido atentamente estudiado en el Vaticano. La he elegido por su espíritu racionalista, sus diplomas, su competencia y su audiencia mediática

—¿En qué orden?

—¿Cómo?

—Sus criterios de selección.

Se apoya en el brazo izquierdo para evitar el sol que atraviesa la ventana a mi espalda.

—Añadiré uno, y no de los menores para mí: es usted israelita.

—¿Y por lo tanto imparcial?

—Por lo menos poco segura en su aproximación a los misterios católicos.

—No mezclemos. Soy judía de nacimiento, monseñor, pero atea por convicción.

—Yo mismo soy ecuménico de naturaleza, hija mía, y prudente por función. No quisiera que este proceso de canonización se volviera contra mí. ¿Sabe usted?, las rivalidades intestinas y las intrigas partidarias que sufre en su clínica nada son comparadas con las que tensan la administración vaticana.

Entre nosotros se hace un breve silencio de solidaridad. Ignoro si soy más sensible a la inteligencia acerada del anciano o a la comfortable repugnancia que me inspira justificando con toda buena fe mis prejuicios contra la gente de iglesia.

—Monseñor Solendate, prefecto de la Congregación de Ritos, ha designado como abogado del diablo a un cardenal de rango comparable al suyo, sobre todo para descartarse, ante la importancia del envite, la implicación de la Santa Sede y las consecuencias políticas de un proceso que mueve tantos intereses terrenales como cuestiones teológicas. A monseñor Solendate no le desagradaría que yo fracasara, ni que llevara a cabo mi tarea con un celo excesivo que podría serme reprochado... Si convengo al Tribunal de que renuncie a la canonización, el inmenso fervor nacido en América Latina se transformará en un grave resentimiento contra Roma, que se

apresurara a imputármelo Por otro lado, si permito que se homologuen los milagros atribuidos a Juan Diego, lo que significaría que el poder divino actúa por medio de él contra las leyes de la naturaleza, algo que está lejos de la línea actual..., la apresurada adición del nuevo santo al calendario sería percibida como un testimonio de apoyo a los indios de Chiapas rebelados contra el poder mexicano, eso provocaría un debilitamiento de la posición de la Iglesia y... me considerarán responsable.

Me compadezco, pero con tal gesto de indiferencia que vuelve a su problema.

—Mis enemigos lo aprovecharán para obtener mi jubilación anticipada.

Miro con sorpresa al octogenario marchito que engarita sus dedos en los brazos del sillón para impedir que tiemblen.

—Perdone la indiscreción, monseñor, ¿a qué edad se jubilan los cardenales?

—Casi nunca. En teoría, el límite se fijó en los setenta y cinco años, en el Sacro Colegio, pero como somos mayoritarios, a los más jóvenes les cuesta mucho quitarnos de en medio, salvo en caso de anatema, escándalo financiero o falta política grave. Algunos de mis pares querrían prescindir de mi influencia en el cónclave que designará al sucesor de Juan Pablo II, y no será una casualidad que este proceso me debilite, pues me opongo a la corriente integrista que, poco a poco, va apoderándose del Vaticano. Me gustaría tanto *hacer* al próximo papa, doctora...

Una breve angustia se ha encendido en su mirada, un relámpago de humanidad, de humildad implorante, como si la realización de su deseo dependiera de mí.

—¿Me permite —prosigue en el mismo tono— que la llame señorita? «Doctora» me devuelve enojosamente a las realidades de mi edad y advierto que «hija mía» le molesta.

Saca de su cartera un sobre grande y lo deja sobre mi cartapacio,

—¿Conoce usted México?

—No.

—Encontrará aquí la orden oficial de su misión, firmada por la Secretaría de Estado, y el salvoconducto que da derecho a examinar la imagen *ad litem*.

—¿Es decir?

—El rector de la basílica quitará para usted el cristal de protección.

—Muy amable por su parte pero, como usted mismo ha dicho, opero todas las mañanas y mi agenda de citas está completa hasta junio.

—Exigirá, en cambio, que lleve usted un equipo de protección operatoria en medio estéril —prosiguió—. Debo decirle que esto me hace reír un poco: la imagen permaneció expuesta durante más de un siglo al aire libre, sobre un altar en el que cada cirio desprende una luz ultravioleta de seiscientos microwatios, que lógicamente debería haberla hecho desaparecer en pocas semanas. De todos modos, ningún tejido de pita ha aguantado nunca más de veinte años: incluso protegido por el cristal, se descompone y se hace polvo. De modo que... Las medidas de seguridad que le

impongan, sígalas, pero sólo por cortesía. El rector de la basílica es un total convencido que vela por su tilma con una minuciosidad que raya en la paranoia. Su predecesor, en cambio, era un austríaco que no creía en nada: ni en milagros, ni en la ciencia, ni en sí mismo. En este último punto, el soberano pontífice le dio por fin la razón.

Su modo de ignorar mis objeciones tendría que haberme enojado y puesto fin a la consulta. Ha agotado ya su tiempo y una distrofia de retina aguarda en el salón, pero la curiosidad es más fuerte.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, cardenal Fabiani?

—Por favor

—¿Cuál es su propia opinión sobre la naturaleza de la imagen?

Recupera su bastón y se levanta apretando la empuñadura, con las mandíbulas crispadas por el esfuerzo. Tras el tufo de antipolilla que difunde su esclavina, percibo un difuso olor a bodega y a tabaco rubio.

—No tengo opinión personal, señorita. Mi fe me lleva a creer lo que el presente papel asignado por la Iglesia me obliga a negar. Me pongo pues en sus manos. Que su competencia tenga la última palabra.

—¿Mi competencia o mis prejuicios?

—Los dos cosas complementan mi tarea, pero este criterio no debe tener sobre usted influencia alguna.

—Y supongamos que su perito se ve llevado a confirmar las conclusiones de sus anteriores colegas. ¿Cuál sería su reacción? ¿Sería desestimado?

El hombrecillo sonríe con aire triste.

—¿Sabe usted?, ser abogado del diablo es para mí una misión concreta, no una vocación ni un rasgo de mi carácter. Intento cumplir con el cargo con la atención requerida por las trampas que me tienden, es cierto, pero sobre todo con el prurito de integridad que debe animar, lo supongo, al jurado echado a suertes por la justicia de los hombres.

Esta protesta de honestidad le sienta tan mal como el tono modesto en el que la ha envuelto. Dejo el lápiz ante el reloj que marca las dos y tres minutos.

—La aventura de Juan Diego tuvo consecuencias cuyo alcance no evalúa usted aún —prosigue tomando su cartera—. La primera administración colonial se había comportado de un modo tan abominable que los indios estaban a un paso de la revuelta. El hecho de que uno de los suyos fuera elegido por la Virgen evitó, sin duda, una matanza, y llevó a Carlos V a modificar radicalmente la actitud de España hacia los mexicanos. Hoy, la basílica de Guadalupe es uno de los mayores centros de peregrinación en todo el mundo. Cada año veinte millones de fieles van a recogerse ante la túnica de Juan Diego. Poner en duda, allí mismo, su carácter sagrado de modo convincente perjudicaría numerosos intereses, tanto religiosos como políticos; sin

duda será muy excitante para usted, pero tal vez no carezca de peligros. Es mi deber no ocultar de este aspecto del viaje.

Froto con la punta del dedo gordo mi talón irritado por el zapato nuevo, le pregunto cuántos colegas antes que yo han rechazado su ofrecimiento. Baja los párpados y sonríe con aire conciliador.

—Un católico no podría eludirlo, señorita; para él sería un imperativo moral obedecer la demanda del promotor de la fe... Sí, éste es el nombre más oficial con el que el Tribunal designa al abogado del diablo. Pero el testimonio de los ateos, como el de las persona de otra confesión, nada tiene de obligatorio: es aceptable, eso es todo. Para acabar de responderle, añadiré que es usted la primera oftalmóloga con la que me pongo en contacto. Su informe de peritaje tendrá que llegar dentro de tres semanas. No habrá comparecencia física en el proceso.

Empuja hacia mí el sobre que ha dejado mi mesa, junto a la carpeta verde. Clava en mí sus ojos con tranquila intensidad, hasta que me decido a abrirlo. Contiene su tarjeta de visita, con su línea directa en el Vaticano subrayada en rojo, una orden de la misión en español con el membrete de la Santa Sede, una provisión de fondos y un billete en clase «business», salida el jueves que viene, regreso el martes siguiente.

Cuando levanto los ojos, el abogado del diablo ha desaparecido. Y advierto que en ningún momento me ha preguntado si aceptaba o no el peritaje.

Desconfía de este hombre, Nathalie. Le he incitado a elegirte porque eres la persona que necesito, pero no respondo de él. Por mucho que yo sea su obsesión, no consigo saber si desea o no mi bien, y su concepción del bien tal vez sea para mí el más enojoso de los males.

Le gusta el poder sobre los seres. Lo sabe todo de ti, o casi y por consiguiente te manipulará. Me ha gustado mucho el modo como le has plantado cara. Sin embargo, parece convencido de que vas a aceptar y a realizar la misión que ha venido a proponerte. Quisiera compartir su confianza. Pero aún no existo lo bastante para ti; no te anima reserva mental alguna, no te soy de ninguna utilidad y, por lo tanto, no tengo posibilidad de ejercer sobre ti influencia alguna: eres libre.

Si al menos tu perro estuviera vivo aún... El ordenador es un medio de expresión práctico, más sencillo de controlar que una mesa, un vaso o los movimientos de una mano, traduce mi energía pero transmite tan mal mis emociones, influye tan poco en los pensamientos... Percibo tu rechazo, tus prejuicios, tus defensas. El instinto de tu perro es el único fenómeno irracional que nunca has admitido sin experimentar un sentimiento de agresión. Cuando tu madre te decía que sabía, a varios kilómetros de distancia y fueran cuales fuesen tus horarios, el momento preciso en el que decidías regresar a tu casa, y que se dirigía enseguida al vestíbulo para aguardarte, te sentías halagada, amada, importante. Hoy tu casa está vacía, lo inexplicable ha perdido su derecho de ciudadanía. Estás sola y dos más dos son cuatro.

Deja que tome poco a poco cuerpo en un rincón de tu espíritu, pequeña Nathalie, mientras examinas los ojos de esas personas: consérvame con ocultas palabras en este reducto de memoria y amor donde tu perro sigue esperándote. Me gustaría hacerme familiar. Permanecer aún un poco en ti, conocernos mejor... Pero estás demasiado acaparada por tus consultas, bien lo advierto. Te concentras en tus pacientes, tu perro se esfuma y me disuelve.

Tengo que regresar al lugar del que nunca he salido realmente, donde me retienen sin cesar el fervor y la esperanza de millones de desconocidos. Ven a verme, Nathalie. Te espero, te llamo, te necesito.

Durante toda la tarde, el recuerdo del anciano de rojo ha interferido en mis consultas. He estado dividida entre el malestar por haber sido observada, disecada a distancia por los servicios secretos del Vaticano, y la jubilosa tentación de pegarle una patada al hormiguero. El hecho de que la Iglesia católica me pida oficialmente que demuestre la inexistencia de un milagro para impedir una canonización me confortaba en la idea que, desde que cumplí los quince años, nunca ha sido desmentida por la experiencia: no se puede contar con nadie; sobre todo no con tus iguales, tus aliados, tu familia de pensamiento, y la independencia es la única protección ante los grupos de presión que acaban siempre estallando desde el interior. Dicho eso, todas las objeciones que había planteado ante el cardenal Fabiani seguían siendo válidas. Sin mencionar las queme había callado.

Al hilo de las horas se sucedían las urgencias y las hipocondrías, los cachemires y los abrigos pastel, los bolsos Chanel y los talonarios encuadernados en piel de vaca. Todo el abanico de mi clientela ordinaria, desde la *top model* a la agente de cambio y bolsa, pasando por el senador que me soba con la rodilla mientras le examino el fondo del ojo, la viuda llena de brillantes que me ciega con sus pendientes al contarme su último crucero y el chiquillo, con una jeta como para darle de guantazos, que mastica su chicle bajo mi oftalmoscopio mientras su madre me recita sus resultados escolares. Esos miopes de lujo, esas cataratas a la moda y esos prísbitos en potencia que vienen a mí porque salgo por la tele, soy la más cara y las estrellas de cine me citan en sus cenas, entre su genial peluquero y su acupuntor «overbuqueado». Este desfile de *gente guapa* que llena mi sala de espera me desconsuela, pero ¿cómo volver atrás? Los impuestos, el alquiler de la consulta, el coste de mi material y las exigencias de la clínica me condenan a facturar cada vez más, a multiplicar los actos quirúrgicos y la frecuencia de las consultas. Yo, que sólo soñaba con el tercer mundo y en hospitales en vías de desarrollo donde habría formado a los grandes cirujanos del mañana, que esperaba lograr que los niños africanos se beneficiaran de ese láser ultrapreciso de Lasik que he puesto a punto para llegar a las capas más profundas de la córnea, paso el ochenta por ciento de mi tiempo mejorando, a precio de oro, la comodidad visual de privilegiados que hubieran podido seguir viviendo, perfectamente, con gafas o con lentillas. Me doy vergüenza a menudo, por la noche,

pero cuanto más trabajo menos tiempo tengo para consagrar a los remordimientos.

Son las siete y media. Tras haber anunciado a la más célebre mirada de las revistas femeninas que, a pesar del tratamiento con Bétagan, su tensión ocular seguía siendo superior a 25 y que era necesario operar con urgencia su glaucoma, he ido a comprar jamón, mantequilla y pan de molde para hacerle a Franck unos sandwiches.

Al estacionar mi coche ante la casa advierto que he olvidado el gruyère. Qué vamos a hacerle, variaremos un poco. Aunque no haya preparado nuestro menú de enamorados desde hace un año y medio, no puedo decidirme a conjugar a Franck en pasado. Los hábitos sobreviven al amor o, más bien, el ritual los aledaños de la pasión acaban con las decisiones sin que sea premeditado. Franck es un hombre inabandonable: sus límites me convienen, nuestros defectos se complementan, y su humor depresivo me excita casi tanto como su cuerpo. Intento dejar de amarle, con constancia y sinceridad, pero es aún más duro que el tabaco. Cada vez que recaigo, me lo reprocho y recupero intacto el mismo placer. Sonia, mi secretaria, suelta una expresión muy acertada cuando me lo pasa por teléfono: «Es tu ex ex». El desaliento cae sobre mis hombros en cuanto he abierto la puerta. Salgo al alba y regreso bastante tarde, por lo general, como para no tener fuerzas para emprenderla con el polvo. La mujer de la limpieza no viene ya, desde que murió mamá; dice que la apenaría demasiado y no tengo tiempo de buscar a una nueva que se adapte a mis manías: prefiero que los objetos estén sucios antes que verlos cambiar de lugar. Vivo en un mausoleo, una especie de colonia de vacaciones abandonada, demasiado grande para mí, donde sólo ocupo una habitación, un cuarto de baño y la cocina. Mamá, durante los años que siguieron a su divorcio, soñaba con una casa llena de nietos corriendo por todas partes. Antes de que mi hermano y yo encontráramos la menor alma gemela, ella había equipado ya las habitaciones del primero con cunas, camas de barandilla y cajas de juguetes. David no ha regresado nunca. Fundó su hogar en Israel con una *loubavitch* indignada por nuestro liberalismo, mamá sólo pudo ver a sus retoños una vez, en Tel Aviv, y yo nunca he soportado el tipo de hombres con los que se hacen mocosos. Sólo me gustan los eternos chiquillos, los inmaduros, los confusos, los infieles. Aquellos a quienes se acoge con los recuerdos, los olores, las heridas de otras mujeres, aquellos que se restauran en mí y se alejan más fuertes, más ligeros, más culpables hacia los reproches, el deber, la rutina; aquellos que me hacen feliz y me dejan tranquila. Soy una plataforma giratoria, una placa calefactora, un cuerpo de asilo. Al convertirse en mi único amante, Franck no cambió en nada mi naturaleza. Y las siete camas con barandilla siguieron vacías.

Desde que mi madre se fue prolongo porque sí su sueño de una familia llena de chiquillería rodeando su vejez. No creo en los espíritus que sobreviven sino en los objetos que permanecen. Soy incapaz de desplazarlos, de tirar nada. Todo permanecerá como siempre y envejeceré sin lamentarlo en un decorado inmutable. A

diferencia de mamá, que tanto se preocupaba por mí, sólo he conocido los goces del amor y he preferido siempre la soledad. Sólo puedo meterme conmigo misma si me falta algo. Despreocupación. Desenvoltura. El desparpajo de abandonar la clínica, recomenzar mi profesión en otra parte, para recuperar mi vocación ahogada bajo el volumen de negocio. Nada tendría que retenerme. No quiero herederos, no acumulo para nadie y ninguna familia depende ya de mí. Ahora que mi perro no está para justificar mi presencia, me encuentro sin argumentos ante mis renunciaciones y lo vivo tan mal como había previsto.

Ningún mensaje en el contestador. Normal: no tengo amigas. No tengo ya fuerzas para sufrir sus historias, sus maridos, sus bebés, sus vacaciones, sus perentorias felicidades construidas sobre ilusiones, concesiones, objetivos alcanzados o planes a largo plazo, ni esos modos de reprocharme mi celibato para por fin, antes o después, envidiar mi libertad con una amargura que no perdona.

Voy a dejar en la cocina la carpeta verde facilitada por el abogado del diablo, y preparo los sandwiches en la plancha que, luego, meteré en el horno cuando Franck descorche el champán. Pan, mantequilla, jamón, gruyère, pimienta en la planta baja; pan, mantequilla, gruyère, pimienta en el primer piso. He necesitado años para memorizar la letanía y poder colocarla en el orden que le gusta. «Afortunadamente, tus pacientes no te ven en una cocina: no tendrías a nadie en la mesa de operaciones», decía mi madre.

Esta noche la ausencia del gruyère crea una indiscutible desarmonía, que pone en cuestión toda la lógica del plato. De hecho, me siento tan desamparada como mis sandwiches. Las inepticias para normales que se burlan de mí sobre la nevera, bien abrigadas en su carpeta verde manzana y su lengua hermética, son menos una tentación que una llamada al orden. No me disgustaría, claro está, dar estocadas a lo irracional en un país desconocido, pero la proposición del marciano con sotana me devuelve una imagen que ya no soporto. ¿Quién soy yo para todo el mundo? ¿Una cirujana de debate televisivo? ¿Una oftalmóloga de moda? El montón de mentiras que periodistas poco escrupulosos tejen llamándolo biografía me hizo bastante daño ya, en el asunto de la «curación inexplicable» de Lourdes: imagino la magnitud de la cosa si demuestro que los ojos «milagrosos» venerados en México nacieron de un pincel. En el mejor de los casos, dirán que he querido hacerme publicidad a costa de la pobre gente que implora una gracia del Cielo como único recurso, y si la túnica ilustrada de su Juan Diego deja de curarles, será por culpa mía. ¿Cómo desmentirlo? ¿Tengo necesidad, tengo ganas, tengo fuerzas para asumir un malentendido más? Me prodigué en toda la prensa, el año pasado, explicando que la pequeña Cathy Kowacz había recuperado la vista por un shock psicológico y no por la acción de Nuestra Señora de Lourdes, sólo para que me dejaran en paz. Para evitar que los curas la recuperen, le estropeen la adolescencia a golpes de incensario y la transformen en

reliquia, en imagen sagrada, en objeto de culto. Tenía entonces una buena razón para comprometer mi reputación; estaba en juego el porvenir de un ser humano. Pero ¿qué me importa a mí un indio muerto desde hace cuatro siglos? Si hace el bien a gente que sufre, mejor para ellos.

Decoro mis terracitas con mantequilla adornada con un pepinillo, para que resulte más alegre, y subo a tomar una ducha evitando, como siempre, encontrarme en el espejo. Mi cuerpo hace lo que puede, lo que quiere; no me gusta ya y se venga. Mantengo con los regímenes la misma relación que con los chicles antitabaco: la privación me hincha. Además, Franck me prefiere así. Le gusta que mis pechos sean una 90 C, y le importa un comino que mi cintura y mis caderas engorden proporcionalmente. Cuando intento explicarle el drama de haber aumentado dos tallas en dieciocho meses, me responde que estoy por encima de todo eso. Cierto es que ya sólo nos vemos con una mesa entre ambos, en la sala de operaciones. Hace un rato, cuando le he llamado por lo de la catarata que quería soltarme mañana por la mañana, y le he propuesto que viniese a comer un sandwich, he recibido en pleno corazón un silencio que hubiera deshecho a la mejor armada. Ha acabado murmurando: «¿Estás segura?», con una voz conmovida, y cendré que bruñir aún argumentos disuasorios que me cortarán el apetito mientras él me acaricie por debajo del mantel. ¿Cómo explicarle, a los postres, que sólo le he invitado esta noche porque habla español? Por lo demás, ¿es eso verdad o es un simple pretexto, una razón más para reprocharme luego no haber respondido al deseo que siento por él?

Claro que eres bonita, Nathalie. Su mirada es el mejor cuidado de belleza y no quieres mirarte en ella, es una tontería. No te proteges mejor contra el tiempo que pasa decidiendo que vas a perderlo. ¿Qué importancia tiene que hayas aumentado dos tallas, como dices, si él te prefiere así? ¿Le reprochas no sentirte tú ya la misma? Qué complicada eres... O tal vez esté muerto desde hace demasiado tiempo para conseguir siquiera comprender a una mujer. Quisieras ser vieja para que este tipo de problemas no se planteara ya, y no soportas parecer menos joven; entonces haces el vacío a tu alrededor para evitar que los demás te devuelvan la imagen a la que ya no correspondes. Qué locura, Nathalie, qué lástima... Impedirse ser feliz es el menos venial de todos los pecados, aunque ninguna religión nos ponga en guardia. Ya tendrás tiempo de estar sola cuando hayas muerto... aunque, no quisiera generalizar.

Perdona que te hable de este modo, pero como no me oyes aún, me aprovecho. Van a decirte, ¿sabes?, muchas tonterías sobre mí, y tus prejuicios amueblarán sus tópicos, de modo que me entreno para restablecer la verdad cuando llegue el día en que tu espíritu me dé la palabra.

No, yo no era una imagen piadosa. El buen salvaje enojado, el analfabeto inocentón que había cambiado la Serpiente emplumada por la Virgen aureolada, el dócil que había abjurado de sus creencias para obedecer la fe del más fuerte... Me hice católico por amor a mí mujer, elegí con conocimiento de causa al Dios de los invasores, porque los nuestros arrebataban el alma de los muertos y la sangre de los vivos atendiendo sólo a la cantidad, sin darnos nada a cambio, salvo el brillo del sol que se levantaba también para los españoles, ¿por qué entonces privarse de una religión que prometía a cada cual una vida eterna, dependiendo de su comportamiento en la Tierra? Malintzin era la más dulce, la más radiante, la más generosa de las mujeres. Es la primera pregunta que hice a sus sacerdotes, cuando los mejor nacidos de todos nosotros aprendieron rudimentos de su lengua para servir de intérpretes; ¿seguiremos unidos después de la muerte en vuestro Paraíso, si nos bautizáis? Respondieron que sí.

Entonces, Malintzin y yo cambiamos nuestras divinidades sedientas de sangre, egoístas y obtusas por su Dios único en tres partes, su Dios de amor que se había encarnado por medio del Espíritu Santo en el vientre de una virgen; nos convertimos

en María Lucía y Juan Diego. Y vivimos dos años más en la felicidad de nuestros cuerpos, que ahora se llamaba el pecado de la carne, pero aquello en nada cambiaba nuestros abrazos, salvo que luego nos confesábamos, y poner en palabras nuestras caricias multiplicaba nuestro deseo. Los misioneros se alegraban viéndonos confesar tan asiduamente, sin evaluar el poder erótico de su absolución. No teníamos hijos y el vientre de María Lucía era un jardín que cultivábamos para nuestro placer, era nuestro único bien, nuestra única riqueza en la Tierra, la única ofrenda que podíamos aportar al Dios del amor.

Pero cierto día, un nuevo sacerdote que acababa de llegar de Madrid se enojó al oír mi confesión. Me preguntó nuestra edad Y declaró, seguro de sí mismo, lleno de furor y de amenaza: es un pecado mortal seguir haciendo el amor con una mujer cuando no tiene ya edad para parir. Caímos de las nubes. Y como queríamos seguir estando juntos después de la vida, pero no en las llamas de su Infierno, decidimos dejar de darnos placer. Hicimos una gran fiesta sólo para nosotros, en la colina de Tepeyac donde nos habíamos conocido. La fiesta de la Última Vez. Y nuestros cuerpos se dijeron adiós en un último acuerdo, la conciencia de grabar para siempre este recuerdo de libertinaje en la bondad que seguiría, puesto que para los católicos bondad significaba privación y virtud, abstinencia.

Luego, al año siguiente, perdí de verdad a María Lucía. Todos los sacerdotes, incluso el furioso que nos había prohibido el amor, me confirmaron que algún día estaríamos unidos en la paz del Señor. Era lo mínimo, pues ellos me la habían matado con su arma se creta, esos rayos invisibles que abrasaban la frente y hacían temblar de frío: esa muerte ajena que diezmaba a nuestro pueblo y a la que no llamaban, aún, gripe.

Seguí siendo católico, para asegurar la salvación de María Lucía y encontrarla el día en que yo subiera al Cielo. Sigo creyendo en ello, en la duda. Pero todo lo que sé, por experiencia, es que el alma es inmortal y no hay evolución. Al menos en mi caso. Soy lo que era, Nathalie. O, más bien, sigo siendo, para mi desgracia, lo que la Santa Virgen hizo de mí, Su testigo, su intermediario. Aquel por quien se derraman los milagros. Y aunque fuera falso, se ha vuelto verdadero.

El tiempo no existe realmente en el sentido en d que lo entendéis, pero lo que vosotros llamáis futuro modifica lo que creéis que es el pasado. La percepción varía. El humor cambia. Vuestro olvido me atenúa, vuestra pesadumbre me entristece, vuestras plegarias me absorben y, aunque vuestras angustias me corroan, vuestro placer me suaviza. Cuando la corriente pasa entre nosotros, como decís ahora, vuestro estado de ánimo influye en mi memoria.

Yo estaba en tus sueños la noche pasada, pequeña Nathalie. Durante los diecinueve años que sobreviví en la Tierra a María Lucía, sólo hice el amor durmiendo, como tú, de modo que me siento un poco en mi casa en el sueño donde te

acaricias. Qué inesperada alegría sentirme en consonancia con una persona que va a trabajar sobre mí. Te lo digo con la mejor intención, eres la primera mujer de mi muerte. Hasta hoy, todos los que me han estudiado, peritado, cuestionado eran intelectuales de corazón frugal, obsesos de su especialidad, sordos a las emociones que me animan, eclesiásticos cerrados a la pasión humana o viejos rodeados por un desierto afectivo que me haría sufrir tanto como a ellos. Dios mío, cómo me he aburrido en el más allá...

¿Y tú, Nathalie, me comprendes por fin? Era un hombre sencillo, ¿sabes?, un ser de carne, de sueños y de costumbres. Cuando me encontré solo, el catecismo se convirtió en mi razón para sobrevivir, la plegaria en mi único medio de seguir en comunión con mi mujer. Dicen que yo era muy piadoso. Era, sobre todo fiel. Dicen que la aparición de la Virgen lo trastornó todo en mí. No, seguí siendo el mismo. Dicen que practicaba la mortificación, pero es falso: caminaba con los pies descalzos porque era un macehualli, la casta más baja entre los aztecas, y cuando me ofrecieron unas sandalias no las soporté. Dicen que, en cuanto la imagen divina se estampó en mi tilma, recibí el don de lenguas. Ni hablar. Sudé sangre y agua para aprender su español con el deseo de responder a los interrogatorios de los enviados de Madrid, sin la mediación del traductor que adornaba los hechos. Dejé mi casa a mi tío, pero no por un voto de pobreza pues era ya bastante pobre, sino porque monseñor Zumárraga quiso alojarme junto a la capilla donde se encontraba mi tilma, para que pudiera relatar a todos los peregrinos mis entrevistas con la Virgen, y mi existencia fue tan larga porque tenía buena salud.

Pero nunca, ¿me oyes?, nunca fui un hombre excepcional. Al igual que no me he convertido en un difunto prodigioso. Nunca he *realizado* los milagros que me piden y que, luego, cargan en mi cuenta. Yo era el propietario del vestido donde la Madre de Dios decidió dejar su huella, eso es todo. Cumplí mi tiempo; hubiera debido disolverme. Soy una simple hoja caída del árbol y a la que no dejan morir. Una hoja que sólo tenía sentido cuando la savia corría por ella y ayudaba al árbol a respirar. Las hojas caídas deben volver al humus, Nathalie.

Libérame de los que me rinden culto. Abandoné vuestro mundo y sigo aquí, me retienen con sus plegarias encerrándome en una visión falsa, me desnaturalizan para que les satisfaga, me piden lo imposible y a veces, lo obtienen, pero no es cosa mía y se niegan a creerme; por lo demás, ni siquiera me escuchan, sólo su voz les importa: para ellos estoy aquí sólo para satisfacerles. Rehén de su fe, bloqueado entre cielo y tierra, no estoy ya vivo y sigo siendo un hombre, nada más, nada mejor, nada distinto: un hombre sin mujer, un nombre sin cuerpo; un alma sin salida.

Que mi pobre pensamiento, tan enclenque y cerrado, pueda encontrar un eco en el tuyo. Para que, al menos, te inmunice contra las exageraciones, los errores y las mentiras que vas a oír, y que podrían convertirse en una pantalla entre nosotros. Lo

que le has dicho al cardenal Fabiani sobre las razones de que no creas no es del todo cierto. No tienes convicciones, sólo tienes rechazos. Y un sentido de la dignidad humana que te hace preferir la nada a la indiferencia divina. Eres atea por orgullo, Nathalie, yo era creyente por amor. Es la única diferencia entre ambos, y no es una diferencia. Eres mujer de una sola pasión como yo fui hombre de una sola mujer. Nuestros estados de vacío crean la atracción: he venido hacia ti por las mismas razones que me valieron la atención de la Virgen. No veas en ello orgullo alguno por mi parte, apenas la conciencia de mi insignificancia: ¿qué otro aspecto de mi carácter hubiera podido interesar a Nuestra Señora? Yo estaba dispuesto a ver la aparición pues, templo viviente a la memoria de mi mujer, no pertenecía ya al mundo de los hombres. Tu vida te pesa, tus contemporáneos te fatigan, lo que has hecho con tu profesión te asquea. No quieres ya soplar en las brasas para conservar al hombre al que amas y rechazas las creencias que tranquilizan a tus semejantes, justifican sus elecciones, su resignación, su mediocridad Tu rebeldía es la mía: has acabado de llenar esta existencia terrestre, piensas a menudo, y pides en el fondo de ti misma que te olviden. Me has llamado sin quererlo. Aquí estoy. Y espero pacientemente que me escuches.

No eres la primera persona a la que imploro ayuda, ¿sabes? Pero las precedentes decepciones sólo fortalecen la esperanza que deposito en ti. Ven a México, Nathalie. Acepta la misión del hombre que no quiere que yo me convierta en santo. Buscando la verdad sobre mí tal vez encuentres otra cosa, que estás exigiendo sin saberlo en los sueños donde me has dejado entrar.

El timbre hace que el lápiz resbale. Borro el desaguizado alrededor de mí párpado, luego bajo la escalera gritando que ya voy. Abro la puerta y me encuentro ante un ramo de peonías Franck se excusa por la connotación sexual que, a su entender, tienen esas flores: es todo lo que la tienda tenía, a estas horas, presentable. Tiene mala cara, las mejillas hundidas y los labios secos. En las operaciones, cuando me ayuda en la clínica, sólo nuestros ojos se hablan entre la máscara y el gorro, y nunca tenemos dos minutos para vernos luego, en la cafetería.

—No tengo buen aspecto, lo sé —confirma en un tono capaz de desalentar los comentarios.

Una bufanda de lana se retuerce bajo su chaqueta de algodón de entretiempo, sus arrugas de sonreír han dado paso a dos pliegues de amargura y la fatiga apaga su mirada verde. Cuando peor está, más guapo me parece.

Apenas se ha derrumbado en el sillón de la sala, al que no he tenido tiempo de quitarle la funda, me lo suelta todo a quemarropa, con las peonías al extremo de su brazo, que su padre le toca las narices, algo que no es nuevo, y que va a decirle de una vez todo lo que lleva dentro, algo con lo que no me atrevo ya a soñar. Mi aire escéptico multiplica su rabia: me lanza a la cara que el viejo habló, ayer por la noche, de vender el terreno de la clínica a un promotor inmobiliario para resolver el asunto de su sucesión. Sonrío, le tomo el ramo de las manos explicándole que debería considerar ese desaire como un homenaje: su padre ha intentado, durante años, quebrantarle los nervios, convencerlo de que no ejerza para que hubiera un solo Manneville en la historia de la cirugía ocular, reconoce tácitamente su derrota al no tener ya más argumentos que la amenaza de los bulldozers. Yo fui su alumna: le conozco mejor que su hijo. Henry Manneville es de la raza de los pioneros que consideran que su avance, las innovaciones unidas a su nombre, son, por esencia, definitivas; nadie tiene derecho a ir más lejos, a descubrir otra cosa. Fue el primero en practicar el injerto de córnea, ha militado toda la vida para que los ciudadanos donaran sus ojos al banco de órganos, y no admite el éxito de mis corresponsales japoneses, que han puesto a punto una córnea artificial. Admiro profundamente al médico, soporté con provecho la tiranía del profesor y desprecio al individuo, habiendo sabido, siempre, disociarlos, lo que por desgracia no le ocurre a Franck.

—Nunca va a vender, bien lo sabes —digo yendo a poner sus flores en agua—. Es sólo para estropearlo el fin de semana. ¿Vas a esquiar?

Cierro el grifo; sigue callado. Deduzco que va con una chica y espero que eso le haga bien.

—En cualquier caso —acaba respondiendo—, dimite del consejo de administración y te instala a ti en su lugar.

Me detengo en medio del pasillo. No hay amargura alguna en su voz, ningún despecho, ningún rencor contra mí. Dejo el jarrón en una consola, voy a tomar la botella de champán y la carpeta verde, vuelvo al salón donde Franck se ha descalzado, tiene las manos detrás de la nuca y aspecto de haberse librado de un gran peso. Sus cabellos rubios echados hacia atrás, escapando al control de la gomina, dibujan las espigas vespertinas que tanto me gustan.

—Y voy a decirte lo que pienso en el fondo —declara con crispada serenidad—: Es la mejor decisión que podía tomar.

Me inclino sobre el brazo del sillón, le contemplo mientras se sube nerviosamente los calcetines. La butaca de Henry Manneville en el consejo de administración sería mi única posibilidad de imponer mis opciones de practicar los injertos de córnea artificial para remediar la carencia de donaciones, evitar los rechazos y la necesidad de inmunosupresores que el operado está condenado a tomar hasta el final de sus días. Manneville se opone al protocolo: la autorización para pasar a la fase 4 es demasiado reciente, los aparentes éxitos no demuestran nada. Para el hombre nos falta perspectiva, sería peligroso para la clínica en caso de fracaso y mucho menos rentable que mi láser, que corrige sin preocupación algunas miopías en cadena.

—Nos invita a almorzar, el domingo —suelta Franck.

Le responde un silencio preñado de intimidad. Todo lo que esas palabras recubren y significan para nosotros... Durante nuestros cinco años de relación oficial, cada domingo, o casi, íbamos a cenar a la villa de los Manneville, frente al hoyo número 9. Ritual pierna de cordero, patatas salteadas, ensalada del huerto, conversación que iba del golf a la política, tarta al ron y póquer a cuatro. En cuanto la partida empezaba, yo abría las piernas y Franck se descalzaba. Su expresión imperturbable, mientras me llevaba al placer con su dedo gordo, anunciando «full» o «paso», era para él una formidable victoria interior sobre su padre, que se las componía ante mí para llamarle «muchachote» como diminutivo. Cierta día, al recoger una carta, su madre nos vio por debajo de la mesa. Se incorporó apenas ruborizada, mordiendo los labios en una disimulada sonrisa, y prosiguió la partida como si nada ocurriera. También para ella fue una auténtica revancha sobre la perentoria autoridad de Henry Manneville, que la había convertido en todo lo que yo impedía que fuera Franck: una víctima asfixiada por la admiración que sentía por su dueño y los complejos subsiguientes.

Cuando me nombró jefa del servicio de oftalmología, un lugar que hubiera

merecido su hijo, evalué la magnitud de mi fracaso: sólo había logrado envenenar sus celos, y mi ascenso era para él el mejor modo de rebajar a mi amante, que se convertía así en mi subordinado. O la situación le resultaba a Franck insoportable y rompía nuestra pareja o él se inclinaba y enterraba sus últimas ambiciones, admitiendo su inferioridad. Henry Manneville ganaba en ambos casos. Preferí interrumpir nuestra relación. Él siguió invitándonos el domingo, una vez al mes, «como colegas», y aceptamos el desafío durante un año, para demostrarle que nuestra amistad, por lo menos, sobrevivía a sus manejos.

Pero algo se había roto en él, tras haber terminado con su hijo. Le vi varias veces, equivocarse en lo anunciado, contradecirse, confundir sus cartas. Sus ausencias se hacían cada vez más frecuentes, era visiblemente consciente de ello, pero nadie se atrevía a decírselo. Se había comprometido públicamente, desde hacía lustros, a colgar los guantes al día siguiente de su septuagésimo aniversario y nunca se volvía atrás en una decisión. Aunque ya sólo operara edemas de la córnea, de los que seguía siendo el especialista mundial, yo imaginaba el número de pacientes a los que podía estropear en dos años y medio, no conscientes todos ellos del peligro y dispuestos a pagar cualquier precio para tener el honor y el consuelo de pasar por sus manos. Un domingo, junto a la piscina, le llevé aparte; le dije que no engañaba ya a nadie y que, por respeto hacia sí mismo, tenía que dejarlo. Me escuchó. Decidió tomar la medida que, para él, se imponía ante el declive de sus facultades. Dejó de jugar al póquer.

—Yo no iré, Franck.

Da un respingo.

—¿Bromeas? Ha tomado su decisión por una cabezonada, tras un malestar, un ataque o qué sé yo: si no aprovechas la ocasión, venderá. Todo el mundo es pera que tomes la clínica en tus manos, lo sabes.

—Me niego. Es tu lugar, no el mío.

El tapón salta entre sus dedos; un leve ruido, la botella indinada setenta y cinco grados, impecable el gesto.

—No volvamos a hablar de eso, Nathalie. No tengo pasta de mandarín: soy un cirujano honesto, un mediano golfista, un gestor nulo y un amante maravilloso.

El tono neurasténico con el que acaba de enunciar esas cuatro verdades le vale un beso en la nariz.

—No estoy de acuerdo, Franck.

—¿En cuál de estas cuatro apreciaciones?

Aparto su mano de mi sujetador y le tiendo la copa. El champán cae sobre mis dedos. Brindamos, sin saber por qué, sin buscar pretextos. Sentada con una nalga en el brazo del sillón, me apoyo en su hombro. Qué falta me hace cuando está aquí. Durante los primeros tiempos de nuestra separación, él seguía teniendo las llaves; venía periódicamente a comprobar el estado de mis provisiones, las fechas de

caducidad de mis yogures, a vaciar y llenar mi nevera, a sacar al perro y a contarme, ante la chimenea, sus sinsabores con otras mujeres que, a pesar de «mis meritorios esfuerzos», decía él, eran en la cama troncos, si se comparaban conmigo. Me preguntaba cada vez dónde estaba yo, y cuando respondía «En ninguna parte» él parecía sinceramente desolado. Me empujaba incluso a los brazos de algunos notorios «buenos polvos» de la clínica, para que estuviéramos en paz, añadía con pudor. Yo adoraba su modo de mantener un pie en mí vida, desobedecer mi deseo de alejamiento sin darme por ello la impresión de haberle perdido, y su modo de tranquilizarme sobre el porvenir: nuestra historia no podía haber acabado, puesto que él me lo contaba todo sobre mis sustituirías de una noche y, por mi lado, no ocurría ya nada.

Y luego mamá comenzó a romperse por todas partes, el cuello del fémur, la muñeca, la clavícula: devolví mi apartamento y volví a vivir con ella en esta casa, que alquilaba desde hacía cuarenta años y que yo acababa de comprarle para que dejara de darme la lata con su miedo a que el propietario la pusiera «de patitas en la calle». A ella le había parecido normal que volviera a instalarme en los lugares de mi infancia. Había dicho: «Así tu perro no estará solo». Y Franck había dejado de venir.

—¿Te encargas de mi catarata mañana por la mañana? —suelta en tono mimoso poniendo la cabeza en mi rodilla.

—¿Por qué?

—Porque voy a hacerte el amor toda la noche y a las nueve mis ojos no estarán para bromas.

Se aprieta contra mí y le abrazo con la enternecida sonrisa que despierta mi deseo más que todas sus caricias.

—Con una condición.

Se aparta, asombrado.

—¿El amor?

—La catarata.

Se relaja. Sus ofertas, a fuerza de soportar mis negativas, ya sólo son cortesías algo maquinales, lo advierto muy bien.

—Te lo cambio por un glaucoma. Estaré fuera la semana que viene: he aplazado lo que puede esperar, pero tienes que operarme urgentemente a Tina Chamley.

Se levanta de un brinco.

—¿Estás loca? Papá no lo aceptaría nunca. Es la mayor estrella que tú has traído a la clínica; es cosa tuya.

—La he avisado, está de acuerdo.

Se levanta con brusquedad y está a punto de hacerme caer del brazo del sillón.

—¡De ningún modo! Me niego a que me utilices en tus pulsos con mi padre.

—No utilizo a nadie, Franck. Eres el mejor del equipo, te pido que me sustituyas

en una intervención delicada, eso es todo. Que sea una célebre *top model* no es algo que haya que tener en cuenta.

—Salvo que tendré a los *paparazzi* en la puerta del quirófano, se hablará de mí en los periódicos, eso molestará a papá y tú estarás contenta. ¿Adónde lleva todo eso, Nathalie? Quieres devolverme la confianza en mí mismo, ¿es eso? ¡Dilo! ¡Pero si me encuentro muy bien! Opero doce cataratas al día, sin despeinarme, es apasionante, acabo de comprarme un nuevo Mercedes 4x4, ¿dónde está el problema?

—En ninguna parte, Franck. Me voy por unos días, eso es todo Necesito meditar, vaciarme la cabeza... Tengo derecho, ¿no?

Vuelve a sentarse con una amarga sonrisa.

—Has conocido a alguien —traduce.

No lo desmiento, conmovida por su reacción, por su respingo de orgullo, por esa violencia tan poco frecuente en él. Me limito a responder que me voy sola. Concluye:

—Vas a reunirte con él. ¿Puedo saber dónde?

—En México.

—¿Y se llama?

—Juan Diego.

Abre los brazos, fatalista, los deja caer sobre sus rodillas. Dejo que macere unos instantes en sus celos y luego, aclaro tendiéndole la carpeta verde:

—Murió hace cuatrocientos cincuenta y dos años. Échale una hojeada mientras caliente los sandwiches.

Y abandono el salón sintiendo cómo el peso de su mirada me alivia de todo lo demás. Tengo, ahora, una verdadera razón para partir. Y ninguna excusa para dar marcha atrás. Pasaré una excelente noche y tal vez con él, incluso.

Enciendo el horno y coloco la plancha sobre la parrilla, atenta a los comentarios y ruiditos con los que salpica su lectura, en la estancia de al lado, de los «Pero ¿qué significa esta tontería?» a los «Pero ¡qué chifladura!», Luego se hace el silencio, acompasado por el mido de las páginas que se vuelven y el tintineo de los cubiertos que yo pongo en el lavaplatos, al descubrir que están sucios. A fuerza de lavarlos antes a mano, nunca sé, al regresar, si he puesto o no la máquina en marcha.

Mientras acabo de poner la mesa, viene a reunirse conmigo llevando en la mano un manojo de papeles con el rostro surcado por una inmóvil sonrisa.

—Interrúpeme si he entendido mal. Te vas con una misión, solicitada por el Vaticano, para examinar los ojos de un cuadro que hace milagros.

Inclino la cabeza con aire doliente, rectificando la colocación de sus cubiertos

—¿Tú, la escéptica absoluta, la que me trata de retrasado cuando leo mi horóscopo?

—Siéntate, ya está listo.

—¡Pero esto es una encerrona, Nathalie!

Su tono de pronto trágico, cuando yo esperaba una carcajada liberadora, suspende mi gesto sobre el horno.

—¿Has leído lo que hay en el informe de los oftalmólogos?

—No, Franck. Está en español: contaba contigo.

Se sienta, aparta su plato, tira de mi brazo y traduce nerviosamente, haciéndome seguir las palabras con la punta de la uña:

—Doctor Rafael Torija, 1955: «Cuando se dirige la luz del oftalmoscopio a la pupila de la imagen de la Virgen, se ve brillar en el círculo externo el mismo reflejo luminoso que en un ojo humano. Y a consecuencias de este reflejo, la pupila se ilumina de modo difuso dando la impresión de un relieve en hueco».

Levanta la cabeza para observar mi reacción. Trago saliva.

—Prosigo —dice con tono rabioso volviendo las páginas—. Doctor Amado Jorge Kuri, 1975: «Confirmo la observación de mis colegas Torroella, Bueno y Torija, referentes al hombre barbudo en el ojo derecho de la Virgen. Se refleja tres veces: una vez en posición normal, con la cabeza hacia arriba, en la superficie de la córnea; por segunda vez, invertido, cabeza abajo, en la superficie anterior del cristalino, y por tercera vez, de nuevo en posición normal, en la superficie posterior...».

Con un nudo en la garganta, aprieto con los dedos la muñeca de Franck.

—¿Quieres decir que el pintor dibujó el reflejo de Purkinje-Samson?

—Yo no digo nada: son ellos. Un fenómeno óptico descubierto en el siglo XIX y que un pintor de 1531 incluyó en su tela. Es normal. Hasta ahora todo va bien. Las cosas empiezan a estropearse... para ti, a mí me parece genial... cuando se amplían dos mil veces con el microdensitómetro y se advierten otros personajes en los ojos, entre ellos el tal Juan Diego desplegando su túnica, y se observan al mismo tiempo los reflejos de Tscherning, Vogt y Hess. Como si el autor del cuadro hubiera querido dar una clase completa de oftalmología a los estudiantes que nacerían cuatro siglos después. ¡Valor!

Y me pone en las manos los informes. Tan neutra como me es posible le pregunto si los expertos le parecen dignos de credibilidad.

—No los conozco. En cambio, a partir de 1976, tienes también a Álvarez, José Ahued, el profesor Graut, director del Instituto Mexicano, y Tonsmann, de la Cornell University de Nueva York, que desfilan ante la Virgen y confirman los testimonios. A menos que hagas milagros —añade con una risa que suena a hueca— no veo cómo vas a poder tratarles de payasos.

Me vuelvo hacia el humo que sale del horno, dejo los documentos y saco los sandwiches quemándose. Están carbonizados, endurecidos, con el piso superior levantándose como una pagoda. Con un suspiro, los meto otra vez en el horno y me apoyo en Franck.

—¿Estás bien? —se preocupa.

—Estoy bien.

—¿Y vas a marcharte?

Me aparto un poco, le beso en la comisura de los labios.

—Puedes quedarte esta noche, si quieres.

Vuelve hacia la puerta del horno su huidiza mirada.

—Sería un placer, ya lo sabes...

Hunde sus puntos de suspensión en mi mirada, desolado pero distante. Completo:

—Pero tienes un compromiso. ¿Es una nueva?

Asiente.

—Un desprendimiento de retina —precisa en un tono de circunstancia atenuante

—. La operamos juntos, en enero, ¿recuerdas?

Me separo moviendo la cabeza.

—Sí, ya sabes, la cantante de ópera... Kerstyn Bless.

—Ah, sí. Joven.

—Representa *Carmen* en este momento, acaba esta noche.

Echo una ojeada al reloj, le doy una palmada en el hombro que puede parecer, eso espero, una bendición, y me encuentro cenando sola ante un yogur de fresa. Ignoro qué orgullo, qué malestar o qué respeto motiva su evasiva, pero el pretexto es falso. Me ha bastado con abrir mi agenda. Cuando vino para la visita de control, la pequeña Kerstyn me dio una tarjeta de invitación y apunté las noches en las que canta el papel de Micaela. Esta noche hay descanso.

Tiro el envase del yogur, lavo la cuchara y subo a cepillarme los dientes. Antes de desnudarme, enciendo mi ordenador para ver si tengo algún e-mail. Y la impresora escupe, procedente del Vaticano, la traducción de los informes de peritaje mientras me desmaquillo.

No he querido prolongar el debate con Franck, pero los colegas que me ha citado debieron de fumar incienso: ¿cómo el rayo luminoso del oftalmoscopio, proyectado sobre una tela plana, pudo llenar un globo ocular volumétrico y detectar reflejos en el círculo exterior de la pupila? Sería como decir que el indio llevaba una túnica en 3D.

Cuando voy a acostarme, el crío contiguo comienza a sufrir su crisis. «Ea, ea» de la madre, atronadora nana del padre y jaleo de campanillas por encima de los gritos. Simbólicamente, golpeo tres veces el tabique separado de su pared por una simple junta de dilatación, en recuerdo de los «¡Silencio!» que ellos aullaban durante la agonía de mi perro. Odio a esa gente. La mujer me saluda desde hace tres semanas. Su vista se reduce.

Saco de la mesilla de noche mi somnífero y mis tapones para los oídos, luego, de pronto, cambio de opinión, agarro el teléfono y marco, por si las moscas, el número subrayado con rotulador en la tarjeta del abogado del diablo. Si responde, a las doce menos cuarto de la noche, tomo el avión hacia México. El cara o cruz es el único

medio de terminar con mis vacilaciones, mis impulsos mis pretextos y mis remordimientos.

—¿Pronto?

Me parece reconocer su voz, más bien ronca. Me identifico, le pregunto si le he despertado.

—Nunca por la noche. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Acepto su encargo.

—¿Por qué motivo?

Las palabras, se quedan agarradas a mi garganta. Hay casi reprobación en su voz., desconfianza, en todo caso. Me contengo para no responderle el bebé de al lado, el glaucoma de la *top model*, el almuerzo del domingo y la mentira del hombre al que amo. Suelto:

—Ha descolgado usted, monseñor.

—¿Cómo dice?

—Si usted no hubiera descolgado, no partiría.

Un silencio chisporrotea por la línea. Al cabo de un instante, el cardenal Fabiani dice con voz gélida:

—Me está usted diciendo que su motivo es el azar.

—También la curiosidad...

—Es insuficiente —interrumpe—. Espero de su parte una implicación personal, un caso de conciencia, una puesta en cuestión, un sentimiento de rechazo, rabia. De lo contrario, me dirigiré a otro. Lea la página 28 de la traducción que acaba de recibir, y si no se siente usted interesada, injuriada en sus certidumbres, devuélvame la orden de la misión.

Cuelga. Perpleja, voy a sacar las hojas del depósito de la impresora. La página 28 se refiere a los dos supuestos milagros alegados para la canonización de Juan Diego. A media lectura del primer caso, me encuentro ya en el estado deseado por el abogado del diablo.

Un niño pesca con caña. Se mete el anzuelo en el ojo. Su madre le lleva enseguida a casa de un gran especialista, que se declara impotente: el ojo está irremediablemente perdido. Destrozada, corre hacia la basílica de Guadalupe e implora a la túnica: «A ti, a quien harán santo, Juan Diego; te suplico que hagas algo por mi hijo». Tras ello va a casa de otro oftalmólogo, más famoso aún, y le pide que intente, de todos modos, una intervención. El médico procede al examen y le dice que no comprende el objeto de su visita: La operación ha sido un éxito; incluso la cicatriz es una obra maestra.

Tres días más tarde, la cicatriz había desaparecido, el niño veía de nuevo con ambos ojos. Y yo tengo en las manos veinte testimonios de médicos afirmando, por su honor, que la operación en cuestión no sólo estaba condenada al fracaso sino que

nunca se llevó a cabo.

Intento abrirme paso en tus pensamientos, mientras bebes alcohol por encima del mar, contemplando las nubes, pero los pequeños comprimidos blancos distraen tu atención, te impiden percibir mi voz que intenta ponerte en guardia. No corres peligro inminente y no conozco el futuro; todo lo que puedo captar son intuiciones, advertencias procedentes de ti misma, reveladas por tu inconsciente, a las que por desgracia concedes muy poco interés.

¿Sabrás algún día, pequeña Nathalie, antes de abandonar tu cuerpo, que los vivos están mucho mejor informados que los muertos? Sólo podemos orientarnos en vuestro espacio, vuestro tiempo, vuestro mundo, por la vía de vuestro presentimientos, que se mezclan con las pulsiones, las fantasías, los recuerdos en vuestras imágenes mentales. Sois nuestra reserva de porvenir, siempre que estas nociones temporales tengan sentido, es decir, cuando intentamos entrar en consonancia con vosotros. Visitamos tan a menudo vuestro sueño porque accedemos, así, a un desván que contiene todo lo que nosotros hemos perdido, y nos aprovisionamos de lo que desdeñáis, intentando compararlo con vosotros.

Digo nosotros, pero es un plural de confianza. Desde mi fallecimiento, pongo a Dios por testigo, no he podido entablar relación alguna con los demás espíritus desencarnados. María Lucía no se ha manifestado nunca. Por lo que se refiere a los personajes con quienes habito la mirada de la Virgen no tienen más existencia efectiva que los rostros inmortalizados en vuestras fotos. Incluso el obispo de México, arrodillado entre lágrimas ante mí, ese Zumárraga con el que pasé diecisiete años, al que veía todas las mañanas y que me administraba la eucaristía tres veces por semana, ya sólo es una imagen vacía. Tras haberse marchado tres días después que yo, nunca me ha dado señal de supervivencia, nunca ha venido a visitar mis limbos. Después de subir sin duda al Cielo directamente, por la entrada de proveedores, se ha desinteresado del destino que le debo.

Sea como fuere, Nathalie, el vínculo tan tenue, de momento, entre nosotros dos no me permite aún expresarme, salvo por esa intrusión informática ante la que tan mal reaccionaste. Y me entristece mucho. Quisiera ponerte en guardia contra los pensamientos negativos que proyectas y que te aguardan ahí. Te necesito tanto, en plena posesión de tu inteligencia, tu energía, tus defensas naturales. No quisiera que

llegases debilitada a nuestra cita. Pero tal vez sea necesario. Los caminos del Señor, estoy bien situado para saberlo, son tan tortuosos y están tan mal adoquinados como el azar al que, a veces, sustituyen.

He aquí que una silueta que se parece vagamente a mí toma forma en tu espíritu somnoliento, pasea por las nubes que rozan la ventanilla. Es gracioso que me veas tan joven... Tenía ya cincuenta y siete años, sabes, hermanita del ultramundo, cuando la Providencia cayó sobre mí para mi desgracia. Y sólo me extinguí a los setenta y cuatro años, aunque la expresión, en mi caso, lamentablemente, no tenga sentido alguno.

Pero nada había cambiado mi naturaleza durante mi larga estancia en la Tierra: el niño que yo era, sereno, comedido, obstinado, fiel, se conservó sin negarse en aquel anciano encurtido, asediado por los enfermos y los miserables. El testigo a su pesar, el portador del milagro, el instrumento de la voluntad divina, el «hombre de la Virgen», alojado, alimentado, paseado el domingo como un santo sacramento, y que saludaba a la implorante muchedumbre con mucha más resignación que orgullo... Dada la sordera que había dulcificado mis últimos años, las gracias que me atribuían se extendían a mi alrededor sin que yo lo supiera; por desgracia, ya no es así; la muerte me devolvió el oído y sufro, estoico, los millones de plegarias a las que no tengo modo de responder.

Sigo sin saber por qué la Virgen me mantiene en sus ojos. En cambio, sé lo que espero de ti, Nathalie, lo que espero y lo que temo. Nuestro encuentro te hará daño, es probable. E ignoro si será por tu bien. Pero tú tienes el poder de liberarme; necesito tanto creerlo.

Una sola compañía en el mundo sigue ofreciendo aún plazas para fumadores; tenía quedar con ella. Salí la primera, con la garganta ardiendo, el cráneo martilleante y el estómago retorcido por las guindillas de Aeroméxico, y pataleo desde hace cinco minutos tras una línea amarilla, esperando que los cuatro policías abran de una vez sus garitas. Cuando han terminado sus pequeños manejos y uno de ellos me indica que avance, un vistazo a mi pasaporte le basta para rechazarme, con el gesto maquinal de quien espanta un mosquito. Intento protestar, en vano: llama a la matrona siliconada que se impacienta detrás de mí y me indica la dirección de la que procedo. Ante las miradas no afectadas de los pasajeros en regla, retrocedo por el laberinto de barreras metálicas señalado con el cartel *Mexicanos* que yo no había advertido. Mi prioridad de clase «business» no ha servido para nada: me encuentro tras cincuenta zombis malhumorados que, entretanto se han amontonado ante la única taquilla reservada para extranjeros. Cuando me llega por fin el turno de comparecer ante el comatoso de verde que muerde un capuchón, con la frente en la mano, sufro una letanía de lentas preguntas cuyo significado busco vanamente en mi diccionario de bolsillo, mientras él comprueba uno a uno mis visados de los últimos diez años. Bruscamente, renuncia a encontrarme sospechosa, sin razón aparente; sella mi pasaporte con una virilidad desproporcionada y me lo devuelve humedeciéndose los labios con una mirada de soslayo. Siento que este país me va a gustar.

En la entrega de equipajes me espera la siguiente sorpresa: la maleta de tela que yo había atestado de agua mineral y de platos «bio» al vacío, para evitar la gastronomía local, gira sobre la cinta transportadora, despanzurrada, con las botellas agujereadas y las bolsas de cocción destrozadas, entre algunos pedazos de zanahoria y granos de arroz. Amontono los escombros en el carro, corro al control de la aduana para exigir un responsable señalando el siniestro. Y me detienen a mí. Dos gorilas me agarran de los codos mientras el tercero empieza a gritarme a la cara, con el dedo apuntando mi mentón. Le pregunto en inglés lo que ocurre y prosigue en español, tres tonos más arriba, como si fuera a comprenderle mejor.

Tras un intercambio de invectivas sin fin, una mano se posa en uno de los puños que me agarran y una especie de Superman Junior, vestido de gris, con gafas redondas y un flequillo como una coma en la frente me dice que todo va bien con

inquieta sonrisa, luego empieza a acribillar a mis torturadores con preguntas en su lengua. Sin bajar el volumen, los aduaneros le responden señalando las ruinas de mi maleta. Superman Junior se ensombrece y me aconseja que mantenga la calma para no agravar mi caso. Me rebelo, me explica en dos frases la situación: mi maleta ha sido abierta por los perros antidroga, lo que supone que la transportaba. Tras unos segundos de estupor, respondo que sería tan tonto como querer introducir puros en Cuba. Intenta que me calle dándome la razón: en efecto, los perros tienen el mono y se arrojan sobre cualquier cosa. Pero debo dar pruebas de mi buena fe.

—¿Y cómo voy a hacerlo? ¡Se lo han comido todo! ¿Cómo quiere que demuestre que no había droga si ya no queda nada?

—¿Lleva usted dólares?

Su tono mesurado acaba con mi cólera. Todas las miradas están clavadas en mí. Asiento. Mi defensor parlamenta en español, luego inclina la cabeza y se vuelve hacia mí:

—Lo he dejado en trescientos

—¿Trescientos dólares? ¿Y para qué?

—Para que la dejen en paz.

Abro la boca, fuera de mí. Me indica que no insista entornando los párpados. Los dos gordas me sueltan. Con gesto rabioso, saco tres billetes y los entrego a su jefe, que se los embolsa sin mirarlos.

—¿Y mi indemnización por haber destrozado la maleta?

—Déjelo estar: podrían volverse glotones. ¿Tiene usted más equipaje?

—Eso espero, sí,

—Vaya a buscarlo y venga a presentarlo a estos mismos aduaneros; eso le evitará una nueva provisión de fondos. Son venales, pero correctos.

—En todo caso, gracias por su ayuda. ¿Viene por negocios?

Me tiende la mano.

—Lo siento, me veo obligado a abandonarla: me esperan. Kevin Williams.

—Nathalie Krentz.

—Feliz estancia en México —dice aplastándome los dedos como si me diera el pésame.

Y se aleja, con la cartera en la mano, hacia las puertas de salida donde un chófer muestra su nombre en una pizarra. Una extraña nostalgia me petrifica unos instantes, abandonada en esta lúgubre sala de un amarillo sucio. Me sobrepongo, voy a recuperar la maleta de los vestidos. El material de examen llega cinco minutos más tarde, envuelto en espuma en la maletita metálica, antichoque, que me regaló mi padre el día que cumplí los dieciocho. Había cubierto con ella decenas de guerras, llevando sus cámaras fotográficas a todos los puntos calientes del planeta. Mi mayoría de edad coincidió con su jubilación. Desde que me la regaló sólo somos, el

uno para el otro, extraños cortes, que limitan sus relaciones a cuestiones de salud y de buceo. La espectacular rubia con la que intenta olvidar su edad ha sabido, perfectamente, alejarle de mí, está ya en su cuarto infarto y habla de ello con orgullo, como de una prueba de resistencia. Cuando le telefoneé para anunciarle que mamá había muerto, me respondió suspirando: «¿Y qué puedo hacerle yo?». Desconcertada, le pregunté, puesto que ella no había dejado instrucciones, si prefería que la enterraran o la incinerasen. Me replicó que no era cosa suya. Dicho de otro modo: me esquilmo en vida con su pensión alimenticia, no le soltaré un céntimo más a título póstumo. Yo me encargué de todo. Ni siquiera vino al cementerio. Se hizo representar por un ramo de flores con su tarjeta de visita, para que la gente no dijera. Luego consumó su luto casándose por la Iglesia, ahora que estaba libre ante los ojos del buen Dios, con su furcia rubia quince años después de la boda civil. Y aún quieren que los católicos me inspiren confianza.

Reúno mis cosas en un carro cuyas ruedas, que padecen estrabismo, me hacen tirar de los bordes en diagonal, cruzo la aduana en un silencio de compromiso y busco mi nombre en los carteles. Pese a lo que indicaba la agencia de viajes del Vaticano en el programa de festejos, nadie me aguarda. Una jauría excitada, agitando banderas mexicanas y camisetas numeradas, me empuja de pronto para arrojar, aullando, sobre un bigotudo con gafas ahumadas, protegido por guardaespaldas que firma tres camisetas con aire extenuado y se va con la cabeza gacha, ante el decepcionado clamor de los aficionados.

Al extremo de un interminable pasillo cuyo calor es removido, muy de vez en cuando, por un ventilador de grandes palas, llego al aparcamiento semicubierto donde maniobran unos autobuses entre los taxis. Junto a la rampa de salida, reconozco a mi negociador de hace un rato, subiendo a un minibús con un grupo de congresistas. Se vuelve para echar una ojeada en mi dirección, sin verme. Detengo mi carro unos instantes, para descansar del ruido de las ruedas. Sólo hay escarabajos en la parada de taxis. Los sempiternos Volkswagen que siguen produciéndose en este país, según decía la revista de Aeroméxico. Estos datan, por lo menos, de los años sesenta, oxidados, abollados, chapuceados con pintura verde manzana y amarillo canario. En primera posición, un engominado de medalla de oro y pelo rizado me invita con el mentón a trepar a su cacharro con un aire prometedor. Empujando el carro por la destrozada calzada remonto la hilera de machos bicolores diciendo no con la cabeza, hasta una mujer gorda, con gafas de hipermetrope, que me abre la portezuela desde el interior con una mueca solidaria. Además, habla inglés. Dejo la maleta en los raíles del asiento contiguo al conductor, desmontado para dejar lugar, y me contorsiono hasta el asiento trasero. Arrancamos con un estruendo de secadora para ensalada. Me da la bienvenida a México, mientras pone el seguro de las portezuelas. Le digo que no es práctico un taxi con dos puertas. Responde que es más prudente: el cliente corre

menos riesgo de que lo raptan en los semáforos.

Acosada por un muelle que ha perforado el acolchado bajo el tapizado verdoso, me escoro hacia la izquierda para encontrarme atrapada tras el respaldo, echado hacia atrás por la extremada corpulencia de la mujer.

Le doy la dirección de mi hotel. Me responde que se llama Silvia y que tengo hermosos cabellos. Se lo agradezco. Con una sonrisa fija en el retrovisor, espera que me presente. Para que mire por dónde va, le digo que me llamo Nathalie y que el cabello crece siempre más frondoso después de una quimio. Puesto que su inglés no llega a tanto, exclama que es un hermoso nombre.

Entre las barracas de colores fluorescentes que rodean el aeropuerto, la mayoría de los coches tienen el capó levantado y los hombres, arrellanados en banquetas, dirigen a mi conductora gestos amistosos desde el extremo de sus botellas de cerveza. Yo tengo derecho a un juego de cejas, de lengua o de dedo menique para desearme la bienvenida.

—En cambio, hay muchas menos violaciones de las que dicen —prosigue Silvia con voz tranquilizadora, tras dos o tres kilómetros de silencio.

En cada esquina cambia de gafas para examinar un callejero gordo como un listín telefónico. Cruzando llegamos a una autopista urbana flanqueada por pequeños edificios coronados por gigantescos carteles; sonrisas de tiburón, honestas caras de cuello enorme y familias unidas, con el pelo al viento, en una felicidad electoral. La única mujer candidata tiene problemas de cola: pendulea al viento, de marco en marco, con el rostro a media asta y el eslogan deformado por las burbujas. Grúas sin trabajo alternan con construcciones abandonadas, entre las acacias desplumadas y las jacarandás en flor. Me pican los ojos y mi nariz empieza a sangrar. Silvia me dice que es normal a dos mil trescientos metros: los extranjeros siempre tardan una semana en acostumbrarse. Asiento. La revista de Aeroméxico me había avisado ya: en la ciudad más contaminada del mundo, nadie habla de contaminación, sino de altitud.

A cada sacudida tintinean tres rosarios colgados del retrovisor. Pegada a la guantera, una desteñida estampa representa a Juan Diego desenrollando su túnica ilustrada ante los ojos lacrimosos de un obispo arrodillado. Para saber cómo están las cosas, le pregunto a Silvia quién es aquel personaje. Me responde con una señal de la cruz, pone el intermitente y, luego, me cuenta las acciones de gracia, las apariciones divinas y los prodigios que jalonan la carrera de aquel a quien llama ya «San Dieguito». Atenta a su reflejo en el retrovisor; hago una pregunta sobre el niño del ojo arponeado, cuya curación se ha cargado en la cuenta del canonizado en potencia. Silvia no lo conoce, en cambio, es muy amiga de Chiquita González, que logró que su úlcera de estómago desapareciera gracias a la medalla de Dieguito. Sin mencionar a su colega Antonio Partugas, que encontró un ovni en la carretera de Orizaba y rezó tanto a Dieguito que los extraterrestres renunciaron a llevárselo.

Busco en vano un rastro de malicia en su voz. Tras todo lo que he leído sobre México desde hace cuatro días, esperaba exacerbados sentimientos religiosos, pero no esa superstición en toda regla. Con un acento de complaciente piedad, me permito soltar un gallo:

—Pero todos esos milagros, Silvia, tal vez los haga sencillamente la Virgen María, ¿no? ¿Por qué rezarle a Juan Diego?

Con una lógica imparable, me replica que si Nuestra Señora lo eligió como intermediario, lo menos que puede pedirse a los mexicanos es que hagan lo mismo. Luego saca la cabeza por la portezuela y comienza a abroncar, por una razón que ignoro, al escarabajo gemelo que acaba de adelantar. Tras dos avenidas de insultos, rueda contra rueda, vuelve a subir el cristal para terminar con la entrevista y me pregunta a quién recurrí, yo, para curar mi cáncer. Asombrada de que haya descifrado mi alusión a la quimio de hace un rato, balbuceo que era sólo una sombra en el pulmón derecho, descubierta a tiempo, y que los médicos me lo arreglaron.

—Eso dicen —responde con aire encendido, poniendo por testigo al Juan Diego de la guantera—. El día que reconozcan que no saben por qué desaparece un cáncer, sólo les quedará cerrar la tienda.

Los atascos nos hacen circular al paso envueltos en un calor húmedo que pega mi blusa al plástico del respaldo. Miro la hora, compruebo mi programa, le digo que, a fin de cuentas, iré al hotel más tarde: temo llegar con retraso a la cita. Le doy la dirección del Centro de Estudios Guadalupanos, en el número 133 de cierta avenida Talara. Vuelve a tomar el plano, sacude la cabeza, me tiende el papel y me dice, señalando mis maletas, que mejor será pasar primero por el hotel.

La gigantesca avenida por la que se circula parachoques contra parachoques se despeja de pronto, tras un cruce en el que un descontento que ha bajado de su camión gesticula acusando con el dedo a un cuerpo cubierto por una lona.

—Es la ley del camionero —explica Silvia—. Si hiere a un peatón, va a pagarle una pensión toda la vida. Si retrocede para rematarlo, será una simple multa.

Me abstengo de atacar la lógica que parece servirles de moral. Pasé dos años de internado en el hospital de Bamako; tendría que estar acostumbrada, pero allí la violencia seguía siendo absurda. Me indignará siempre menos el horror de un crimen que las justificaciones que se le buscan.

Con un ruido de castañuelas, el escarabajo acelera para pasar un semáforo en rojo. Una ambulancia y dos camiones nos evitan tocando la bocina. Sacudida entre la náusea y la angustia, me concentro en el bienaventurado de la guantera.

—¿Le pide usted que lleguemos a tiempo? —me sonríe Silvia.

—Le pido que lleguemos enteras.

—Nunca he tenido un accidente, en doce años de taxi —me asegura besando su índice antes de apoyarlos afectuosamente, en el gorro de Juan Diego.

Entramos en el centro histórico, un revoltijo de casas coloniales, iglesias destartaladas y edificios grises que se sostienen unos a otros, apuntalados aquí y allá por oxidadas vigas. En unos paneles ilustrados, el viandante es invitado a caminar por el centro de la calzada durante los terremotos. Un laberinto de callejas nos lleva a una gran plaza donde un policía cierra el paso, impidiéndonos girar a la derecha. Silvia saca la cabeza y el brazo para parlamentar, sube el tono, me señala. El parece de mármol y sigue agitando el pulgar indicando la izquierda. Ella mete de nuevo la cabeza dentro, me pide cincuenta pesos, Suspiro y le tiendo un billete con aire resignado. Ella lo pone en la mano del policía, que nos deja pasar y arranca como una exhalación para detenerse veinte metros más adelante, en la esquina de la avenida donde se encuentra la puerta del hotel. Le hago observar que habría podido ahorrarme cincuenta pesos. Me contesta amablemente que la policía está muy mal pagada, también tienen que ganarse la vida.

—Tómese su tiempo, la espero.

—¿Llegaremos al Centro de Estudios en un cuarto de hora?

—Si Dieguito quiere —promete con una buena sonrisa que resuelve los problemas—. Y, de lo contrario, ya esperarán. ¿Sabe usted?, en México cada cual vive a su ritmo. Los horarios son como la meteorología. Solo para dar una idea.

Bajo el toldo hecho jirones del Gran Hotel Ciudad de México, un portero decrepito con uniforme azulado me contempla mientras saco el equipaje, luego silba y un botones, de tanta edad como él, se acerca como un diablo, levanta mi maleta haciendo muecas. Le ayudo y se mete por un pasillo de servicio, mientras su colega me señala orgullosamente los peldaños de mármol bajo la puerta giratoria.

Llego a un vestíbulo inmenso y desierto, iluminado por una cristalera que corona cuatro pisos de galerías. El suelo está dividido en dos zonas: a la izquierda una moqueta de color burdeos llena de manchas, a la derecha una losa de cemento desnudo que espera un nuevo revestimiento. Me dirijo a la recepción, donde un aspirador abandonado muestra su tubo. Nadie. Un timbre de cobre con botón nacarado preside el mostrador. Le doy un puñetazo, como en las películas del oeste. Se abre una puerta, acude un conserje cojeando, me pregunta si quiero un taxi. Le explico que no: no me voy, llego. Me mira con aire decepcionado, vagamente reprobador, dobla el bono de reserva que le tiendo, me dice que no me mueva y da media vuelta cerrando la puerta a su espalda.

Compruebo la hora en el reloj de pared, va retrasado, acepto pacientemente mi mal, recorro el vestíbulo contemplando la cristalera. Nunca había visto tan hermosos vitrales. Tomo un pedazo, caído en el tiesto de una planta amarilla. Otros yacen entre las colillas de los ceniceros de arena. Un granate profundo, un verde absenta, un azul piscina delimitado por un hilillo de oro... El hotel debía de ser una maravilla el siglo pasado. Dos monumentales cajas de ascensor, con volutas de hierro forjado, se hacen

frente, a uno y otro lado de los balcones de óvalo labrado que evocan un teatro sin escenario.

Saliendo de un montacargas más reciente, que destruye la armonía de una alcoba, el viejo botones empuja su carretilla hasta el guardarropa y deja allí mi equipaje. Levanto los ojos hacia el techo, donde repercute un ruido de taladradora. Una silueta trabaja en el exterior entre los mosaicos de las tres cúpulas de vidrio turquesa. Unas gotas caen sobre el cemento junto a un sofá destartado desde donde me observa, detrás de su periódico, un tipo alto y flaco, con un puro en el que no me había fijado. Al encontrar mi mirada, dobla cuidadosamente las hojas, se levanta, abotona su chaqueta, verde grisáceo y avanza hacia mí, con una mano en el bolsillo. Llegado a mi altura saca una tarjeta de visita y me la tiende, con los labios cerrados, saludándome con un parpadeo.

ROBERTO CÁRDENAS
Instituto Mexicano de Cultura
Dirección del Patrimonio

Levanto la cabeza, encuentro en sus ojos fríos, como eco de su función, una tácita advertencia que me pone un nudo en la garganta. La misma impresión de malestar que cuando el cardenal Fabiani me dio a entender que los servicios especiales del Vaticano habían hecho sobre mi una investigación a fondo. No puedo creer que las autoridades mexicanas estén ya al comen te de mi presencia y de la naturaleza de mi misión.

El funcionario de Cultura dice con aire sobrio una frase que le hago repetir tres veces, mientras consulto mi diccionario para darle sentido. En líneas generales, me invita a darle la vuelta a su tarjeta: en el reverso, a mano, han escrito una hora y una dirección.

—*Mañana* —concreta en un tono cortés pero firme.

Le pregunto la causa de esta convocatoria. Permanece inmóvil, sin decir una palabra, como si fuera él quien aguardara una respuesta por mi parte. De pronto, un fulgor tímido en su mirada, acompañado por una leve inclinación del busto, me hace ver la situación desde otro punto de vista. Su gestión no es, forzosamente, un intento de intimidación, para que yo deje canonizar en paz al florón de su patrimonio. Abro mí monedero, pongo en él su tarjeta y, descuidadamente, saco a medias un billete de cien pesos, espiando su reacción para evitar meter la pata. El asiente con gravedad, se saca del bolsillo un fajo y lo mete en mi bolso.

No comprendo. ¿Estará comprándome? ¿Tanto les molesto, hasta este punto les inquieta el peritaje que debo efectuar? Me dispongo a rechazar el soborno y, luego, me digo que tal vez sea peligroso. Si los funcionarios de Cultura recurren a la corrupción para defender sus tesoros nacionales, también pueden hacer que alguien

me ataque por la calle. La perfecta naturalidad con la que acaba de sobornarme deja entender, muy a las claras, que la compra de peritos es aquí moneda corriente. Ahora me explico la unanimidad de los informes científicos sobre la túnica de Juan Diego.

Con el deseo de recuperar la ventaja, saco el fajo y comienzo a contar los billetes. Luego, compruebo una palabra en mi diccionario, invito al hombre a que me siga hasta la recepción y me apoyo en el mostrador para redactar un recibo. Me contempla, desconcertado y lee por encima de mi hombro:

*Recibidos desde el señor Roberto Cárdenas:
1.000 pesos*

Lo firmo y le devuelvo el bolígrafo. Su perplejidad vale la pena. Pero, al parecer, no se debe a una falla de sintaxis ni a la turbación al ver oficializado su intento de untarme, puesto que acaba sonriendo con aire bravucón y estampando su rúbrica al pie de la hoja. Como si le excitara comprometerse, a menos que desee, sencillamente, demostrarme así que está por encima de las leyes, en total acuerdo con su jerarquía, y que sólo a mí puede comprometerme este documento.

Garabateo y firmo una copia del recibo, se la doy; se la guarda y me palmea el hombro como testimonio de connivencia, sin que yo pueda saber si mi iniciativa, es, para él, una provocación o puro desconocimiento de las costumbres locales.

Va a recuperar su periódico y se dirige a la puerta giratoria. En cuanto ha salido, reaparece el conserje para informarme, secamente, de que mi habitación no está lista, como si fuera culpa mía. Le tiendo el fajo de pesos abandonado en el mostrador, para que vele por mi equipaje hasta que yo regrese; me lo agradece golpeando los tacones y abandono aquel cementerio con sensaciones divididas. Es la primera vez, desde mi periodo africano, que encuentro esta impresión de solapada hostilidad y la excitación que de ella se desprende. Pero en aquella época, en los hospitales de campaña, arriesgaba mi vida por una buena causa y una urgencia real. No hay un verdadero motivo para sentirse orgullosa de haber fingido, por prudencia, aceptar un soborno.

—¿Talara? —me lanza Silvia entre dos bocados de un enorme emparedado del que escapan algunas cosas.

Recupero mi lugar en el asiento trasero. Ella arranca su secadora y nos sumergimos en la contaminación que se cierra hacia el norte.

—No es un lugar para turistas. ¿Qué va a hacer usted en el Centro de Estudios?

Respondo que soy periodista y que preparo un artículo sobre la Virgen.

—¡No hable de Antonio Partugas! —dice con viveza—, o en todo caso cámbiele el nombre, su mujer no sabe que ha visto un ovni.

—Cuenta conmigo.

Cuarenta minutos después de la hora de la cita, me deja en un barrio residencial donde unos jóvenes acechan bajo los eucaliptos, apoyados en las rejas de unas villas

encerrojadas. El número 133 es una casa de dos pisos, con las contraventanas cerradas, la puerta hermética, y el buzón desbordante de periódicos. La placa «Centro de Estudios Guadalupanos» no indica las horas de apertura. Llamo varias veces, luego vuelvo al coche.

—¿Esperamos un poco? —propone tímidamente Silvia.

Sonríó para mostrarle que le estoy tomando la medida al país, que me aclimato. Ella parece feliz al verme algo menos estresada, sin comprender que, para mí, es perder un punto de orientación. Nunca me voy de vacaciones y una hora libre en mi agenda supone siempre una fuente de angustias. Solo soy eficaz, me siento bien y me preocupan los otros cuando estoy desbordada. Los abismos de indiferencia y de paraqué en los que me sumerjo en mis momentos perdidos me dan miedo. Y, luego, me cuesta cada vez mis volver a la superficie.

—¿Está lejos la basílica?

—En distancia, no.

Centenares de parasoles protegen a los vendedores de recuerdos y de buñuelos en la inmensa explanada a cuyo extremo se levantan, barrocas y amuralladas, las sucesivas iglesias que fueron cerrándose a medida que se hacían demasiado pequeñas o peligrosas. Unos paneles trilingües, puestos en los muros del recinto, entre prohibiciones de aparcar, le recuerdan al cielo los peregrinos víctimas de los últimos terremotos.

Un policía me arranca del taxi donde yo aguardaba mi cambio, ocupa mi lugar y suelta unas órdenes. Silvia me hace una mímica desolada, me guiña el ojo y vuelve a arrancar. Me deslizo entre los autobuses alineados ante la nueva basílica, una especie de estadio cubierto de cemento parasísmico, con un tejado estilo sombrero coronado por una cruz plantada en una M.

Silbidos, reunión de grupos por megáfono, olores de incienso y de salchichas asadas... Unas barreras móviles canalizan las colas de espera haciéndolas zigzaguear al estilo Disneyland. Cubiertos de un dibujo sin pie, unos postes indicadores dividen la muchedumbre en dos categorías: tipo de rodillas y cámara fotográfica. Me pongo en la cola de la segunda clase, donde los turistas avanzan con cuentagotas por un plano inclinado hacia una entrada subterránea, mientras los peregrinos aguardan ante las puertas de doble hoja, custodiadas por vigilantes.

Bajo la bóveda de cemento, serpenteamos al paso en una luz macilenta, sobre un enlosado de granito gastado por millones de pasos, colocado desde hace menos de treinta años y lustroso ya como una vía romana. Mientras el frío aumenta a medida que nos hundimos, una voz angelical salmodia en sordina, sobre un fondo de órgano, consignas de seguridad y prohibiciones diversas. El aire se enrarece, la iluminación baja, se hace el siendo. Y, de pronto, el corredor curvo desemboca al pie de una pared

de madera y cobre donde la imagen, protegida por el cristal, está colgada a diez metros del suelo. Para evitar que los fotógrafos y las cámaras de vídeo provoquen demasiados atascos, tres cintas transportadoras los hacen pasar bajo la tilma y la cuarta les devuelve al punto de partida. Dan vueltas en redondo, con el ojo en el visor, tropiezan al llegar, se hacen un esguince en el tobillo y piden a Juan Diego que les cure en el siguiente paso.

Consternada, contemplo ese fervor maquinal y pueril, esa circulación giratoria de zooms, gemelos y flashes, esos pantalones cortos, flotantes, esos muslos con varices, esas pantorrillas peludas, esas panzas prominentes y esas señales de la cruz que puntúan las fotografías.

Y, luego, me encuentro a mi vez en la acera mecánica, levanto la cabeza hacia la Virgen que ora y suelto un taco. ¡Tiene los ojos cerrados! Me han hecho venir a México con mi oftalmoscopio para peritar la mirada de una Virgen con los *párpados cerrados*. ¿A quién estarán tomándole el pelo? ¿Qué esperan de mí, que rasque la pintura para examinar sus ojos?

Mi talón tropieza contra el umbral de llegada, me agarro al hombro de un tipo lacrimoso, le pido perdón. Me estrecha las manos desbordante de gratitud, me pone por testigo del estado de su pierna izquierda. Le felicito y tomo prestados sus gemelos para pasar de nuevo bajo el marco. Ajusto las ruedecillas, enfoco el rostro. De hecho, los párpados dejan ver unos milímetros de mirada, bajo el reflejo de unos focos. Pero la trama es ancha, los colores deslucidos y nada emana de esos ojos entornados. Ninguna expresión particular, ningún carisma, ninguna intensidad molesta. Una dulzura pintada, eso es todo. Una virgen trivial como se ven en todas partes, con las manos unidas, la cabeza inclinada bajo un manto turquesa salpicado de estrellas. Devuelvo los gemelos a su propietario. No sé si me siento tranquilizada o decepcionada.

Los paneles dibujados indican tres salidas posibles: la oración, los recuerdos y el incendio. Por curiosidad me dirijo hacia la primera, a lo largo de una avenida que asciende suavemente. Y sufro allí una verdadera impresión. Me encuentro bajo un inmenso tipi de cemento y madera, con las bóvedas grises afinadas por unos armazones claros de los que cuelgan todas las banderas del mundo. La tilma domina el altar desierto que se levanta a diez metros de la pared cobriza, sin que nada permita sospechar la muchedumbre de fotógrafos que da vueltas abajo, en el pozo de luz.

Se está celebrando una misa grabada y miles de personas, inmóviles, responden a las plegarias de los altavoces, cantan en su lengua. Otros llegan de rodillas mostrando sus palmas, desde la explanada de la que asciende, cada vez que se abre la puerta, el rumor de los regateos. Y en medio de ese apacible Cafarnaum, me domina una extraña emoción. Como una ligereza procedente de otra parte, que me arranca las lágrimas sin que pueda comprender el porqué. Probablemente la fatiga, la falta de

oxígeno o las guindillas de Aeroméxico, que me torturan a intervalos regulares. Pero he aquí que, mirando el marco de cristal y la Santa Virgen bobalicona, rodeada de rayos dorados, me sorprende hablando en voz baja, dando gracias a no sé quién por mi curación, mi recuperación o mi prórroga, y pido perdón por no haber hecho nada, por no haber cambiado ni aprovechado la suerte o la advertencia; digo ayudadme a ver claro, a sacar partido del suplemento de vida que me habéis concedido, seáis quienes seáis, mis colegas, Dios, mi cuerpo, mi voluntad, mi perro, mi madre o mi hombre. Y he aquí que cierro los ojos, que uno mi angustia a esta emoción colectiva que ha impregnado mi fatiga, mi enojo, mis negativas y mis dudas. Y algo nuevo se desliza en mí, una mezcla de fuerza y armonía; acojo la gratitud y la súplica de los miles de desconocidos que me rodean; tengo de pronto todas las edades, todas las esperanzas, todas las derrotas y todas las enfermedades, comulgo en la sinceridad del impulso que lleva a todos esos humanos hasta un pedazo de tejido, que tiene ya cuatro siglos. Pero nada es sobrenatural ni religioso en la emoción que me conmueve. Recibo las consecuencias de todas esas ondas que convergen hacia el marco de cristal, eso es todo. Es mi historia y es la suya, es un encuentro, un intercambio, un lugar común. Y yo, la solitaria, la agorafóbica, me entrego al encanto, al dolor, a la dulzura, a la plenitud en la que se insinúan esas voces discordantes, esos cantos del mundo, esos dramas y esos gozos interiores.

Vacilando, salgo al aire libre, recorro las avenidas entre centenares de Vírgenes en carteles, en alfombras, en toallas, caramelos, velas, alajúes y lámparas de cabecera, entre el humo de los asados; empujo a la gente, me dejo empujar, zigzagueo hasta el monte Tepeyac, por el que trepan las escaleras entre una vegetación pintada. Camino como una autómatas, inicio la ascensión por este paisaje que, ciertamente, nada tiene que ver ya con la colina de las apariciones; intento que se esfume la muchedumbre, los arriates de rosas, los cucuruchos de helado y las jarras de cerveza, las palmeras, las estatuas cursis junto a la cascada, las tiendas libres de impuestos y el rumor de la capital asfixiada por la bruma; procuro seguir con mis pasos los del pequeño indio de 1531 y me pregunto si dudaba, también él, antes de haber visto, o si sólo recibió la confirmación de su fe, la calderilla de sus plegarias.

En la reja de un cementerio en bancales hay una placa de mármol:

*El panteón es civil
Aquí no se encuentra Juan Diego.*

La advertencia me hace sonreír, antes incluso de haber verificado su sentido.

Seguro que no se me encuentra, ni en las impecables hileras de este bonito cementerio sin alma viviente, ni en esas tiendas de buñuelos, películas y medallas piadosas, ni en esa lujosa rosaleda para tarjetas postales, ni ante esa fuente artificial con sus pequeñas rocas muy lisas donde los bobalicones vienen a llenar bidones de agua milagrosa, aunque el único milagro sea que no haya envenenado aún a nadie.

Para seguir mis pasos, Nathalie, tendrías que cerrar los ojos, taparte las orejas y la nariz e imaginar México levantándose sobre una isla en medio de un lago desecado hoy; cuatro caminos con diques y puentes lo unían a la tierra firme, uno de los cuales pasaba por Tepeyac, este pequeño monte pelado donde solo crecían guijarros, abrojos y un único árbol.

Siéntate en ese banco, eso es, a la sombra de este quetzhincal que estaba ya aquí cuando yo era joven. Veinte veces fue cortado y renació del tocón, obstinado, enclenque, desagradable. Era el Árbol del Sacrificio, el Árbol de la Fecundidad donde las parejas venían a solicitar a Tonantzin, la diosa madre del collar de calaveras y las manos cortadas, que les concediera por lo menos dos hijos: uno para él, uno para ella; uno para asegurar la descendencia y compartir el trabajo, otro para dar al sol la fuerza de levantarse cada mañana.

Allí fue donde María Lucía y yo conocimos nuestros cuerpos por primera vez, para respetar la tradición, pero el árbol debía de estar distraído. Permaneció sordo a nuestras plegarias o rechazó nuestro deseo por nuestro bien. ¿Quién sabe qué habría cambiado en nuestro amor con la llegada de un hijo? María Lucía mantuvo su silueta de muchacha hasta el final, y fuimos siempre el uno para el otro, alternativamente, el padre y el hijo. Y luego los españoles cortaron el Árbol de la Superstición, pero lo dejaron crecer de nuevo. Tenía más de seis metros ya cuando gozamos bajo sus ramas nuestro placer postrero. Más tarde fueron unos campesinos quienes lo derribaron, luego los revolucionarios, luego los paisajistas. Hoy agoniza dulcemente bajo las lluvias de gasolina, los garabatos grabados en su corteza y los chicles que le impiden respirar. O tal vez finja que agoniza para impedir que vuelvan a cortarlo y no renazca ya. Pero ya nadie va a amarse a su sombra.

Quédate sentada un momento en este banco, tómate tu tiempo, Nathalie, para deslizarte en el mío. Imagina mis ascensos cotidianos, imagina las apariciones de la

Virgen y el matorral de rosas brotando de los abrojos, imagina la construcción de la capilla que me había pedido la Reina del Cielo. No, aquí, a tu izquierda, veinte metros más arriba, donde está el vendedor de helados. Estuvo terminada en dos semanas. El 26 de diciembre pusieron la Santa Imagen en un marco y una procesión, dirigida por el obispo Zumárraga, reunió al todopoderoso y al don nadie, a colonos e indígenas, conversos y relapsos, católicos fervientes y adoradores clandestinos de los dioses aztecas, cada cual echando en su molino el agua de los símbolos estampados en mi vestido, cada cual oyendo la voz de su religión en el doble lenguaje del Cielo.

Toda la población de México acompañó mi túnica hasta su nueva morada. Eran pues miles en el camino del vado que llevaba a Tepeyac, y centenares en el agua circundante, en canoa. Algunos tensaban su arco hacia el sol, en señal de júbilo. Una flecha cayó sobre uno de nosotros y se clavó en su garganta, le mató de golpe. Entonces un gran impulso de esperanza llevó hasta él la imagen de la virgen y se la hicieron tocar con su mano inerte y resucitó. En fin, eso es lo que cuentan. Mientras yo me abría paso entre la muchedumbre que me agradecía haberlo salvado por la mediación de mi túnica, él estaba ya de pie, como una rosa, a pesar de la flecha que le atravesaba aún, luego se arrojó a mis pies para besarlos, imitado por todo el mundo, y no resultaba desagradable, lo confieso, sentir en mis dedos y mis talones tantos labios de nobles.

Aquel 26 de diciembre comenzaron la exageración, la leyenda y el culto a mi personalidad. Desde la llegada de los españoles se sucedían las epidemias de gripe, viruela, sarampión, tifus; la mitad de la población enfermaba y las oraciones no hacían efecto. Mis compatriotas me pidieron que intercediera ante mi Virgen, y la esperanza que había suscitado su aparición tal vez reforzó sus defensas; lo cierto es que el contagio cesó. Las enfermedades no cesaron de la noche a la mañana; la fatalidad, sí. Procuré permanecer modesto, pero era un trabajo de cada instante, algo por encima de mis fuerzas, una protesta continua, un imposible desmentido que se parecía a la ingratitud. ¿Por qué responder a los satisfechos que yo no hacía milagros, cuando su fe en mí les transformaba, les curaba, les salvaba? No veía la necesidad de desengañarlos puesto que no había engaño: la Madre de Cristo no me había elegido para negarles mi compasión ni para privarlos de su agradecimiento, y por lucidez acepté, poco a poco, convertirme en un ídolo.

«*Tu alma, ¡oh Santa María!, está como viva en la pintura*», cantaban al unísono los conquistadores y los conquistados, reconciliados en torno a mi vestido, desde que lo habían colgado en su marco, por encima del altar, al día siguiente de la Navidad de 1531.

Y oraban clavando la mirada en los ojos de la Virgen donde la muerte iba a encerrarme muy pronto. Qué doloroso me resulta este recuerdo, cómo detesto verme en sus ojos devotos, llevado en triunfo y uniendo las manos con aire orgulloso; cómo

lamento aquel 26 de diciembre donde, como se dice hoy en día, *me lo creí*.

Ven, no nos quedemos aquí, fijémonos en María Lucía, vuelve cinco años atrás y contempla conmigo la fiesta de la Última Vez: el placer y la nostalgia, el dolor y la decisión de gozar otra vez juntos, sabiendo que nuestros cuerpos no volverían a unirse nunca más, puesto que el límite de edad, según nuestro confesor, había transformado en pecado mortal el débito conyugal.

Déjate dominar por mis emociones, en este lugar impregnado aún por nuestro sacrificio. Intenta comprender mi soledad, ahora que has sentido ya, en la basílica, la fuerza de las plegarias que me retienen en la Tierra...

Pero ya no me escuchas. Te levantas y vuelves al presente, bajas por la colina y me abandonas porque tus pies te duelen, porque tienes sueño, porque comienza a anochecer y añoras al hombre al que amas en tu país.

Hasta luego, Nathalie, como se dice cuando se está vivo.

Replegados al fondo del vestíbulo, ante la entrada del vacío restaurante, los viejos con galones parecen tramar un golpe de Estado. Se separan rápidamente cuando entro. Uno corre cojeando a buscar mi equipaje, el otro se pone firmes, el tercero se abotona y los dos últimos dan palmadas para que el soldador encaramado en una viga deje de hacer caer pedazos de vidrio. No se juega con la vida de un cliente que deja propinas de mil pesos.

Esta vez mi habitación está lista, pero no encuentran el fax de la reserva. Digo que no es nada grave, pero al parecer sí. Significa que no podré beneficiarme de la tarifa acordada. Le hago comprender al recepcionista que me importa un bledo y que quiero dormir. Le doy mi pasaporte y empieza a copiarlo con el cuidado de un falsificador, mientras el camarero del piso, que debe rayar en los ochenta años, espera ante mi maleta. Otro entrega con solemnidad un sobre gris. Contiene un mensaje de bienvenida en mi lengua firmado por el padre Abrión Díaz, presidente del Centro de Estudios Guadalupeños. Le será un placer conocerme mañana a la hora de comer, me da la dirección del restaurante pero no concreta la hora. Sin duda sería descortés, en una invitación.

El recepcionista me devuelve el pasaporte y da mi llave al camarero del piso, que vacila entre las dos cajas de ascensor, de hierro forjado, que están cara a cara, una a cada extremo del vestíbulo. Acaba eligiendo la de la izquierda y parece lamentado en cuanto la reja se cierra a nuestra espalda. Mascullando, mete la mano entre los barrotes salomónicos, con flores oxidadas, y palpa un botón nacarado. Luego manejar al fondo de la cabina, una palanca de máquina tragaperras, y despegamos con una serie de respingos puntuados por chirridos. Llegados al tercer piso, me precede por un pasillo decorado con personajes históricos que se pavonean en sus marcos de estuco: revolucionarios, eclesiásticos, generales, navegantes, todos parecen tener un aire de familia o haber nacido del mismo pincel y reflejar un estilo. El último retrato de la serie, el mayor, representa a Juan Diego con su túnica mariana. Tal vez el artista haya pintado a los demás a su semejanza, para subrayar su influencia sobre la identidad nacional: gracias a él, los indios de México, tienen alma, oficialmente, desde la bula de Pablo III, en 1537; su olor de santidad transformó el exterminio en mestizaje. Sean cuales sean las recuperaciones y los excesos que he venido a denunciar, tuvo razón al

inventar su encuentro con la Virgen.

El camarero del piso se detiene ante Juan Diego. Se cambia la maleta de mano; sospecho que va a persignarse, pero sólo quiere poner derecho el cuadro.

Veinte pesos más tarde, me encuentro en medio de una antigua habitación, inmensa, con las molduras interrumpidas por un tabique de yeso, que huele a insecticida y a mantequilla rancia. Dos puertas cristaleras de hierro colado, incerrables, dan a una pared ciega donde ronca un ventilador, los dobles cortinajes de terciopelo ciruela se aguantan por su mugre al extremo de sus soportes, sueltos, hay tres colgadores de plástico sobre el minibar, y el cuarto de baño está dividido en dos partes: bañera e inodoro detrás de una puerta, lavabo en la habitación, separado de la cama por un panel de cristal opaco en forma de cebolla. Es la pincelada de diseño.

Abro los gigantescos grifos para prepararme un baño: obtengo un concierto de siseos y vibraciones seguidos de un hilillo de agua marrón claro. Renuncio y voy a instalarme ante el teléfono. Me gustaría escuchar la voz de Franck, hablarle de esa turbación que he sentido en la basílica y, luego, en la colina; de esa impresión de cosa ya vista que no puedo explicarme. No he *reconocido* nada del paisaje que veía en Tepeyac y, sin embargo, me *dice* algo. Por muy agotada que esté, con las piernas pesadas, la garganta inflamada, la nariz tapada por las costras de sangre, me siento a la vez más ligera y más densa que de costumbre. Como si una presencia diera vueltas a mi alrededor y, de vez en cuando, filtrara la vida a mi paso, tomara mi energía y me transmitiera, a cambio, emociones, alientos, tristezas.

Viví esta situación durante algunas semanas, cuando murió mi perro. Es esta llamada. Esta certidumbre de ser *dos*, bruscamente. Estas invencibles ganas de cerrar los ojos y acariciar el vacío, de responder al silencio. Nunca sucedió eso cuando enterré a mamá. Ella lo había absorbido todo en vida: yo no tenía ya nada que darle, salvo la pena de rigor, la compasión de principio y esa liberación que ella no había dejado de prometerme a lo largo de sus enfermedades, como un entrenador enarbola el señuelo de la victoria ante el jugador al que acapara. *Jef*, por su parte, había recibido tan poco en comparación; ¿cuántas horas le había consagrado en sus ocho años de vida? Nos decíamos buenos días al despertar, lo paseaba diez minutos y volvíamos a encontrarnos por la noche. Ni los humanos ni los perros vuelven a aparecérsenos: lo que nos persigue es el tiempo que no les dimos, las ocasiones perdidas, el recuerdo de las expectativas a las que no supimos responder.

¿Por qué todo eso vuelve hoy a mí, en México? Es la primera vez que me detengo, desde hace años. La primera vez que salgo de mi marco, que pierdo mi ritmo. Franck es el único a quien podría confiar mis desconciertos y las sensaciones extrañas que experimento desde que el abogado del diablo introdujo a ese Juan Diego en mi cabeza. Necesito que me escuche, necesito sus burlas, sus silencios y sus pretextos... como el otro día, mientras los sandwiches se abrasaban. Necesito ese

malestar común, virgen de cualquier malentendido, esa distancia púdica que nos sirve de intimidad desde que ya no estamos, oficialmente, juntos. Pero mi teléfono móvil no funciona en este país, la telefonista no comprende mi acento y me sumerjo de nuevo, por despecho, en las carpetas del Vaticano, al tiempo que ceno con los cacahuets del minibar regados con whiskies en miniatura.

Despierto diez horas más tarde en plena pesadilla, con la garganta atravesada por una flecha. Apago el aire acondicionado, antediluviano, ordeno los arrugados documentos mientras chupo pastillas contra las anginas. Tras haber tomado una ducha tan marrón como la víspera y combatido la oxidación con crema hidratante, me pongo un vestido campestre para salir a buscar un desayuno. En la sala llena de viejas damas volubles y acicaladas, algún congreso de scrabble o algún viaje arqueológico, las bandejas de tortillas-habichuelas-buñuelos que chapotean al baño María me revuelven el estómago. Los cruasanes en los que me refugio están medio congelados aún y el café se parece a mi ducha. Pero, metiendo lo uno en lo otro, me estuco el estómago y salgo a la plaza de la Constitución, entre las brumas de un calor asfixiante ya.

Tengo dos o tres horas que perder antes de mi cita. Doy la vuelta a la explanada, invadida por los turistas rodeados por los atascos. Bocinas bloqueadas, camiones de negras humaredas brotan de cada avenida para insertarse en el tapón que un poli desengañado mira formarse mordisqueando una cerilla. Con la nariz en mi kleenex, procuro admirar con la mejor voluntad la catedral que recibió un buen papirotazo en el último terremoto. Las aceras a la sombra me llevan a una especie de terreno de excavación, al aire libre, entre dos museos donde se meten los grupos. No me gustan los museos, no me gustan las ruinas, no me gustan los grupos y no me gusta el sol. Deshago lo andado. Me vuelvo, varias veces, de pronto o como si nada. Me siento seguida, espiada, tengo la impresión de que alguien adivina mis desplazamientos, que se anticipa a mis reacciones. La paranoia provocada ayer por la tarde por el funcionario corruptor aumentó el malestar que acarreo desde la consulta del cardenal Fabiani, esa certeza de haber sido estudiada a distancia, escudriñada por los espías de la fe, pero no es sólo eso. Me siento *acompañada* a cada paso, como si unos gemelos o la lente de un tirador de élite estuvieran apuntándome sin cesar.

Mis pasos me devuelven a la avenida 16 de Septiembre. Ante mi hotel se levanta un bloque de cristal ahumado, bautizado en letras de mármol «El Nuevo Mundo». El deseo de frescor y trivialidad me hace empujar la puerta. Inmóvil en la escalera mecánica, bajo una luz de neón, me encuentro en ese ambiente neutro de las grandes superficies, ese microclima idéntico en cualquier lugar del planeta, ese plan de ocupación del espacio común a todos los puntos de venta, esa división de las horas, de las edades y sexos en departamentos, en deseos sugeridos, en respuestas a la

demanda; esta zona franca donde los distintos países sólo representan lugares de fabricación, donde la identidad se resume en la etiqueta, el valor en un código de barras. Cada vez que voy al extranjero para un coloquio, un seminario y los recreos organizados que de ellos se desprenden, siento la necesidad de huir del exotismo, de lo auténtico y lo típico yendo a perderme en unos grandes almacenes.

De piso en piso, en mi escalera mecánica, siento que vuelvo a la vida. Desde mi llegada a México, es la primera vez que me siento cómoda, que el aire me parece respirable, la gente concentrada en lo que hace, los hombres corteses y las mujeres rápidas. Paseo buscando marcas, advirtiendo matices en los acondicionamientos y la presentación. Todas las vendedoras me comprenden y es un placer preguntarles ciertas informaciones sobre productos que no me interesan en absoluto.

En el departamento de lencería, una muchacha encantadora y delgada como para hacer llorar me ve dando vueltas alrededor de los expositores, escéptica, evalúa mi pecho, juzga mi estilo y me ofrece cosas que nunca me atrevería a llevar, con una complicidad alentadora en la voz y la mirada, un modo de darme a entender que tampoco ella creía que iba a dar, algún día, el paso. Conmovida tanto por su delicadeza como por su eficacia de vendedora, la veo envolverme un tanga de seda translúcida y un sujetador de abertura frontal. Liberada del peso de la angustia que me oprimía en la calle, prosigo el paseo balanceando suavemente la bolsa a lunares rosas destinada al tercer cajón de mi cómoda, el cajón de las liviandades, esa muestra de recuerdos de viaje que nunca vuelven a ver la luz. Otros llevan a sus países especialidades, artesanía local o tarjetas postales... Yo completo mi colección con ropa interior nada ponible.

Voy a dar una vuelta por el mobiliario, exploro ilusiones de salones, cocinas, habitaciones de niño, El aire acondicionado sigue siendo agradable, pero ahora tengo frío; siento una tensión en la nuca, De pronto, me doy la vuelta obedeciendo al instinto, una orden interior como nunca la había recibido. Encuentro la mirada azul, intensa, de un tipo muy apuesto, a rayas beige, dos metros por detrás de mí. Da un respingo, retrocede un paso. Me sonríe. También yo, como reflejo. Luego, tuerce por un pasillo y prosigo mi camino sin saber que acelera mi respiración, el miedo retrospectivo, la vergüenza de ser tan paranoica o la perfección de aquel físico. Es el tipo de hombre que nunca se encuentra, que sólo existe para vender tejanos o crema de afeitar en los spots televisivos. No habla, no piensa, sonríe y una vibra. Termino mi recorrido por el departamento, me siento en distintos sofás, en camas de gente importante, con acolchados festones, o de enamorados estilo mimbre, ante las mesas de despacho, de caoba sintética, y tocadores Luis XVI, con tablas de aglomerado. Adoro esas filas de decoraciones que al parecer definen un estilo, esos fragmentos de patéticas alcobas que intentan sugerir la vida, la intimidad, lo cotidiano, los gustos de cada cual...

Un súbito rumor me obliga a levantarme. Gritos, empujones. Me asomo a la barandilla.

Alguien baja en dirección contraria por la escalera mecánica. Entre los anuncios publicitarios creo reconocer la camisa y la melena del *sex-symbol* a rayas beiges. Corro hacia el grupo que se ha formado donde yo estaba cinco minutos antes. Una mujer está tendida en el suelo, en estado de shock, con las mejillas cubiertas de sangre. Le han arrancado los pendientes. De pronto, las orejas me arden, toco los aros de oro con pequeños rubíes que habían pertenecido a una bisabuela, que tanto le gustaba a mamá que yo llevara y que no tuve valor para venderlos cuando murió. No le había dado nietos; llevaría al menos un recuerdo de familia.

Unos hombres me apartan para acudir junto a la víctima. Esa mujer temblorosa y mutilada que hubiera podido ser yo. El flujo de los curiosos me empuja hacia la balaustrada. Suenan silbatos en la planta baja; un timbre, gritos, respuestas negativas. El ladrón ha debido de disolverse en la muchedumbre, en la plaza.

Con los dedos agarrados a mi bolsa de ropa interior, me deslizo entre los clientes que se cuentan el acontecimiento, con aire ávido, y bajo por la escalera de emergencia. Dejo mis compras en una papelería de la galería comercial, un irrisorio modo de anular el recuerdo. ¿Qué me angustia más? ¿Haber escapado por tan poco a una agresión o hallarme en un estado emocional tal que oigo voces en mi cabeza? Un brutal deseo de tomar el primer avión, de abandonar esa ciudad donde nada tengo que hacer, se apodera de mí en la acera. La manipulación, las presiones, los peligros reales o fantasiosos, todo para intentar desmentir un milagro en un país sin ley donde la fe es, tal vez, el último asidero... La conciencia de no tener nada que hacer, tampoco en mi país, en esta semana vacía de citas, agrieta mi decisión mientras cruzo la calle.

Entro en el hotel petrificado ya en un clima de siesta, corro hasta la telefonista que está llenando un test de una revista de moda, le pido un listín telefónico de México. Hojeo el enorme adoquín que va de la L a la N, acabo encontrando al oftalmólogo que, cinco años antes, realizó el primer diagnóstico del niño con el ojo reventado por un anzuelo. Obtengo la comunicación al cabo de unos minutos. Suelto mis títulos, menciono la razón de mi presencia en México y el objeto de mi llamada. Mi colega responde, en un inglés apresurado, que nada tiene que añadir a las declaraciones contenidas en el informe que poseo. Ante mi insistencia se limita a confirmar que los daños en la órbita del chiquillo hacían imposible cualquier intervención quirúrgica, incluido el injerto de un ojo vivo. Para mi información personal, le pregunto si hay muchos injertos humanos disponibles en México. Me responde un prolongado silencio. Repito la pregunta. Me suelta, fríamente, que existe un mercado.

—¿Un mercado?

—Un mercado negro, en caso de absoluta necesidad. Si necesita usted un ojo, lo obtiene. Pero a qué precio...

—¿Es decir?

—Un banco de órganos, oficioso, contrata a unos proveedores que raptan a un chiquillo en los barrios pobres.

Cierra la entrevista afirmando que siempre ha rechazado este recurso y que mejor haría dirigiéndome a un servicio de urgencias para evaluar el número de niños tuertos, más que cuestionar la intervención sobrenatural de Juan Diego. Le digo si puede, de colega a colega, comunicarme la dirección de su joven milagroso. Cuelga.

¿Crees que fui yo? ¿Que yo conseguí avisarte del peligro que corrías? Oh, Nathalie, sería maravilloso... Tan inesperado, tan inesperado... Haber conseguido comunicarte una información que sólo se refería a ti, independiente de las reacciones que te inspira mi expediente, mi historia, mí país... Una información *gratuita*, llevada sólo por mi deseo de protegerte.

Nunca he sentido un intercambio de este orden, semejante dilatación de mi pensamiento... Y aunque todo ello sea sólo ilusión, aunque sólo te hayas vuelto por efecto de una intuición, de un instinto de supervivencia que nada me debe, eso no tiene importancia alguna. Haya o no logrado avisarte, lo que cuenta es que puedas pensarlo: entonces habremos dado un verdadero paso el uno hacia el otro.

No podía soñar con un momento mejor para que superaras esa etapa. Lo que te espera ahora no vas a recibirlo del mismo modo; estarás dispuesta a escuchar lo inadmisibile, a encontrar en ello cierta resonancia. Espero sencillamente que mi deseo de preparar del mejor modo tu encuentro con el padre Abrigón no sea el origen de la agresión que has estado a punto de sufrir.

Ante el hotel están aparcados tres ruinas de escarabajo y un Buick relativamente limpio que un austero chófer está bruñendo con un trapo sucio. Le doy la dirección del restaurante donde me espera el padre Abrigón Díaz. Entusiasmado, me abre la portezuela diciendo que tengo suerte: es la mejor mesa del país.

La circulación es tan densa y caótica como la víspera. Tras un cinturón de circunvalación, atravesamos glaucos arrabales donde el chófer pone el seguro a las portezuelas. Una hora más tarde, las barracas se espacian, los gallineros proliferan y nos hallamos en una especie de carretera nacional, rectilínea, que atraviesa una sucesión de pueblos y de almacenes, hasta una cerca electrificada que señala la entrada en un desierto pedregoso. Carteles blancos con letras rojas se alternan, en las cunetas, con señales de estacionamiento prohibido, y el taxi reduce la marcha acercándose a una cuadrada fortaleza de hormigón, defendida por torreones y tres cercas de alambre de espino, tan altas como los muros que rodean, sembradas de calaveras donde las tibias han sido sustituidas por relámpagos.

—Es la mejor cárcel del país —me dice con respeto—. Aquí se aloja el hermano de un antiguo presidente de la República.

Pone el intermitente y se detiene al otro lado de la carretera, en el aparcamiento sombreado de un albergue de estilo hacienda, entre los Mercedes de cristales opacos y los alargados Cadillac. Me anuncia el precio de la carrera y me desea buen provecho.

Un calor implacable me hace añorar enseguida la nevera con ruedas de la que salgo. Incongruente entre los chóferes con corbata que discuten alrededor de las limusinas negras, un joven en pantalón corto me mira comiéndose un helado en una silla plegable, junto a un minibús. Mueve su cucurucho para indicarme la pesada puerta de roble con una mirilla enrejada, que recuerda más un club nocturno que un hostel campestre.

Al tercer golpe del picaporte, la mirilla se abre, se cierra y, luego, la llave gira en la cerradura, el batiente se entorna. Una afable matrona, con delantal, me recibe entre la cerámica y las ancestrales marmitas que decoran la entrada del albergue. Pregunto por la mesa del padre Abrigón Díaz y frunce el ceño, me da la espalda y hace un gesto para que la siga. Atravesamos tres salas atestadas, silenciosas, donde familias y

guardaespaldas comen con mala cara entre exuberantes geranios trepadores agarrados a las vigas que, agitados por la brisa del aire acondicionado, cuelgan como lianas por encima de los platos.

La matrona abre la puerta de una especie de patio: tres muros decorados con trampantojos que dan a un jardín ligeramente ametrallado por el riego automático. Hay dos mesas en el suelo de terracota: una rectangular a cuyo alrededor discuten, ruidosamente, cinco personas y, al fondo, otra pequeña, oval, con un único cubierto que la posadera me señala antes de salir cerrando la puerta. Las miradas se vuelven hacia mí y se hace, entrecortadamente, el silencio mientras me dirijo con ostentosa discreción al lugar donde me relegan como enviada del diablo.

Una silla chirría a mi espalda, unos pasos pesados hacen vibrar el hierro forjado del mobiliario. Me vuelvo hacia un gigante gordo y sonriente, coronado por unos mechones grises en tirabuzón, que agarra mi mano y la sacude con forzada alegría. Una cruz de plata brilla en su polo amarillo y se expresa en un inglés cuya voluble rapidez compensa las aproximaciones.

—¿Doctora Krentz? Sea usted bienvenida, hemos empezado ya: el programa va muy cargado y sus colegas se morían de hambre. Soy el padre Francisco Abrigón Díaz de Gardúño, puede usted llamarme Paco, venga, voy a presentarla, ¿le gusta México?

—Lo adoro. Le ruego que me perdone por lo de ayer por la tarde.

—¿Por qué?

—Mi retraso.

Suelta la carcajada y me arrastra hacia la mesa grande.

—Esta es una palabra que mejor hará tachándola enseguida de su vocabulario, de lo contrario corre usted el peligro de esperar mucho. ¿De modo que fue al Centro de Estudios? No importa, surgió un contratiempo. ¿Se lo dijo la secretaria?

—Estaba cerrado.

—Ah, bueno. Este es el profesor Wolfburg, de Stuttgart, doctor en química, especialista en fibras y pigmentos.

El pelirrojo indicado deja su buñuelo en el borde de su plato y me tiende una mano aceitosa levantando una nalga, con la mirada huidiza.

—Ivan Sergeievitch Traskine, del Instituto Internacional de Astrofísica.

Un barbudo flaco de ojos enfebrecidos me examina con aire chocarrero, pregunta quién soy con un movimiento del pulgar.

—La doctora en oftalmología Nathalie Krentz —responde el padre Abrigón con la boca pequeña—; nos la envía el promotor de la fe.

—*Muchas gracias, abogado del diablo* —dice con pastosa aplicación el astrofísico, apoyando la mano en la mejilla y clavando sus ojos en mis pechos.

El sacerdote le felicita por sus progresos en español, luego me señala a una mujer

sudorosa, con un traje sastre, que me saluda con una ceja chupando las patas de un crustáceo.

—La doctora Leticia Galán Turillas, nuestra mayor historiadora de la conquista española y del siglo XVI en general, y el profesor Kevin Williams, que trabaja con la Nasa sobre el tratamiento de las fotos tomadas por la sonda que han mandado a Marte.

Manteniendo un pedazo de pulpo en la punta del tenedor, mi salvador del aeropuerto me mira con una expresión que va de la perplejidad a la confusión, sin que yo pueda saber si me reconoce o no. Le recuerdo la maleta despanzurrada por los perros antidroga. Deja el tentáculo, esboza una sonrisa de tímida ironía y me pregunta si mi estancia en México prosigue como empezó.

—Poco más o menos, gracias.

El presidente del Centro de Estudios nos mira altanero, aparentemente contrariado por las relaciones que hayamos podido mantener al margen de su patronazgo.

—¿Se encontraron en el aeropuerto?

—Sí. ¿Estaba completo su minibús?

—No, pero el fax de monseñor Fabiani decía que un coche de la nunciatura se encargaría de usted. ¿No lo esperó?

—No estaba al corriente de las costumbres.

Vuelve a tomarme del brazo, me lleva en un movimiento circular hasta la mesa aislada.

—No es segregación —dice—, pero alguien desea hablar con usted a solas.

Tras una breve ojeada al hombrecito pálido de gafas oscuras, alpargatas y chaqueta tejana que toma el sol en el jardín, el padre Abrigón retira mi silla, la coloca cortésmente bajo mis nalgas, me pone la servilleta en las rodillas y se reúne con los partidarios de su causa, que reanudan animadamente su discusión en español. No dejan de servirles una orgía de platos chorreantes de salsa entre jarras de cerveza, y vuelven a atiborrarse sin dejar de hablar, aparentemente olvidando mi existencia. Sólo Kevin Williams me lanza, de vez en cuando, breves miradas ansiosas.

El macilento de las gafas oscuras que recorre el jardín fingiendo interesarse por las plantas acaba dirigiéndose hacia el patio. Con la frente levantada, se acerca a mi mesa y se sienta ante mí, sin preguntarme mi opinión.

—No se vuelva, nos observan —me suelta en mi lengua, con un acento que recuerda, aunque más sibilante, el del cardenal Fabiani—. Soy Guido Ponzo, he intentado llamarla al hotel, pero no la conocen. ¿Sabe quién soy? —verifica bruscamente.

—No.

—¿No le han hablado de mí? —se extraña, suspicaz, haciendo un gesto hacia la otra mesa—. ¿Y no la puso en guardia el abogado del diablo? Bueno. Escuche, no

voy a andarme por las ramas, pueden interrumpirnos de un momento a otro. Hice estudios de biología y química en la Universidad de Nápoles, soy periodista y experto, también.

—¿En qué?

—En supercherías, mangoneos, abuso de confianza. Cazo milagros, los desmonto y los explico. Sólo en mi región natal, Campania, he revelado el secreto de treinta y ocho imágenes de vírgenes que lloran lágrimas de sangre: un simple tubo tapado con yeso, a través del que acaba chorreando cuando se acciona la bomba. Pero mi mejor golpe fue el de la ampolla de San Gennaro. ¿Lo conoce?

Niego con la cabeza.

—O San Jenaro, si lo prefiere. El patrono de Nápoles. Cada año, desde el siglo XIV, su sangre, conservada en estado sólido en una ampolla, se licua. Sin duda ha visto usted imágenes por la tele, ¿no? El arzobispo de Nápoles se pasea por las calles agitando su ampolla, para mostrar que la sangre está coagulada, hasta que, de pronto, se vuelve líquida y toda la ciudad cae de rodillas. Pues bien, yo me dije: ¿de qué sustancias disponían por aquel entonces? Puesto que el Vaticano se niega a abrir la ampolla para que pueda analizar el santo plasma, hice mi pequeño cóctel, mezclando cloruro ferroso disuelto en agua con cáscaras de huevo, obtengo una solución de un rojo oscuro a base de carbonato de calcio que, almacenado en frío, se solidifica al cabo de seis días. Luego, y ahí me ayudó el azar, podría decir la providencia pero no sería adecuado, agito la ampolla en mis manos para comprobar el estado sólido y, de pronto, ¡puf!, mi mezcla se licua. ¡Como la sangre de San Jenaro, caramba! ¡Qué divertida coincidencia! ¿No? Exactamente el gesto que hacen agitando el frasco para ver si se ha producido la licuación. Y se produce *precisamente* porque agitan el frasco. Fui a realizar mi pequeño manejo ante el arzobispo, que me puso en la calle, y luego lo repetí en público en el atrio de la catedral donde estuvieron a punto de lincharme. Así está el patio.

Dejo pasar en silencio unos instantes, para que el hombre del plasma recupere el aliento, luego le pregunto qué relación tiene eso con la Virgen de Juan Diego.

—Conozco el truco —revela tres tonos más bajo—. Sé cómo lo hacen, puedo probarlo, pero no estoy acreditado, de modo que la necesito a usted. Róbeme una fibra.

—¿Cómo dice usted?

—Quitarán para usted el cristal de protección —murmura al límite de lo audible—. Mientras esté examinando los ojos, como si nada, agárreme una fibra. Con unas pinzas de depilar. Ellos estarán en la inopia, yo analizaré el tejido de pita y me bastará para echar por los suelos todo el misterio.

Sofocada por su cara dura, mojo los labios en el vaso de cerveza que la camarera ha puesto ante mí.

—¿Y por qué voy a hacerlo?

—Quiere usted tener éxito en su misión, ¿no?

—No se trata de éxito o fracaso, señor Ponzo. Me han pedido mi opinión imparcial, tras un examen: voy a darla, eso es todo. No comparto sus motivos ni su deseo de hacer sensacionalismo a costa de la Iglesia.

—Y un huevo —se ríe sarcástico—. No va a hacerme creer que ha venido a arriesgar su vida en este país de enfermos por amistad hacia el cardenal Fabiani. ¿Sabe usted quién es Fabiani? La mayor basura de la cristiandad. ¿Conoce usted el Instituto para las Obras de Religión? Púdico nombre del Banco del Vaticano. Cuando su patrón, monseñor Marcinkus, cayó a causa de los novecientos cincuenta millones de dólares blanqueados en beneficio de la Santa Sede, Fabiani salvó el banco. Depuró las cuentas, si puedo decirlo así. Y estuvo más o menos metido en el asesinato de Juan Pablo I, que quería echar del Vaticano a la mafia y la logia P2. A cambio de estos manejos, Fabiani pidió encargarse de la Riserva, los archivos secretos; un refugio atómico de setecientos metros cuadrados enterrado bajo el patio de la Biblioteca Vaticana. Tiene en sus manos la mitad de los gobiernos del planeta, entre expedientes financieros y carpetas de profecías: los secretos de Fátima, la plantilla cifrada de las *Centurias* de Nostradamus, el tesoro de Rennes-le-Château, el Santo Grial, el supuesto hijo de Cristo llegado a las Saintes-Maries... ¿Ve de qué estoy hablando?

Asiento, para no excitar más aún el furor del mitómano.

—Son dos los que manipulan al papa: Damiano Fabiani y Luigi Solendate, el prefecto de la Congregación de Ritos, que es un tipo relativamente honesto, pero que está dispuesto a tapar las peores cerdadas si es por el interés de la fe. Hace más de setenta años que el Partido Revolucionario Institucional persigue a la Iglesia en México: para que ésta recupere el poder en las elecciones de julio, a través del candidato liberal Vicente Fox, es vital que Juan Diego sea canonizado. Es el héroe del pueblo, y el fervor irá directamente a las urnas, de modo que el abogado del diablo fue a buscarla porque es usted como yo, no tiene crédito alguno, la emprendió con los milagros de Lourdes, está catalogada como anticlerical y, además, es judía: sus reservas, si las hay, no valdrán un comino en el expediente, salvo si las consolida con mis revelaciones.

—¿Qué revelaciones? ¿Que no es pita, que es poliéster?

Barre con la mano mi sugerencia, luego cambia de opinión subrayándola con un índice acusador;

—No está usted lejos de la verdad, doctora. Si la ayudo a probar que Juan Diego es puro cuento, Fabiani no lo superará: le harán pagar el fracaso de la canonización y eso supondrá un podrido menos en el Vaticano. ¿De acuerdo?

Planto mis codos en la mesa y le replico a la cara:

—No le necesito para probar nada, señor Ponzo.

—¿Usted cree? —sonríe burlándose de mí.

—¡Pero por qué se me echan todos encima, mierda! ¿Han puesto mi foto en Internet o qué?

Me ordena que baje la voz moviendo unos ojos asustados, añade entre dientes que él está de mi lado, en un tono angustiado que insinúa una conspiración general urdida contra mí.

—No necesito a nadie, gracias.

Sorbe con la nariz, hastiado de mi inconsciencia.

—¿Cree usted que va a encontrar una anomalía en los ojos? Pero si han tomado todas las precauciones, ¡pobrecilla mía! Los sótanos secretos del Vaticano albergan los mayores talleres de falsificación del mundo. ¿De dónde cree que sale la sábana de Turín? ¿Y el sudario de Oviedo? ¿Y la santa toca de Cahors, con la imagen negativa de la cabeza de Cristo en su interior? Los mayores especialistas han puesto a punto, para usted, toda la fanfarria que descubrirá en la mirada de la Virgen. Las trece personas, los reflejos de Burchini-Simpson...

—Purkinje-Samson.

—Perdone... ¿De qué se trata, exactamente?

—Si acerco una vela a su ojo, veré tres imágenes de la llama: dos reflejos del derecho, en las caras interiores de la córnea y el cristalino que actúan como espejos convexos, y un reflejo invertido, en la cara posterior del cristalino. Fenómeno descubierto, en 1832, por Purkinje de Bratislava y Samson de París.

—Podrían decirle que en 1531 ya había velas.

—¿Cuál es su teoría, señor Ponzo? ¿Acaso la imagen es obra de un pintor miniaturista del siglo XVI?

—Al principio, sí.

—¿Qué quiere decir?

Lanza una mirada nerviosa a la mesa oficial que, sin prestarnos la menor atención, despedaza crustáceos riéndose de las bromas que suelta el astrónomo ruso.

—Mi teoría es que cambian la tilma cada diez años. Para que se conserve. Y en cada ocasión utilizan los mismos descubrimientos destinados a los instrumentos más recientes; cada vez añaden detalles que les proporciona la ciencia para embrollar a los científicos. La ausencia de enlucido subyacente, confirmada al microscopio, la posición de las estrellas adecuada al cielo del 12 de diciembre de 1531, los motivos simbólicos aztecas que ocultan ecuaciones, los fenómenos que obedecen las leyes ópticas, los pequeños protagonistas que se reflejan mutuamente en la ampliación... No se ría: no sabe usted de qué son capaces sus ilustradores, que se transmiten desde la Edad Media el secreto de los pinceles de dos pelos, endurecidos con hiel de buey. Tanto más cuanto, hoy, manejan por añadidura la paleta gráfica y la fotoquímica. El

Vaticano posee los mejores especialistas en todos los campos. Y una tecnología punta. Y medios ilimitados. Y un envite colosal: sin milagros para alimentar la fe, se acabaron los creyentes, se acabo la Iglesia, se acabó el banco y se acabó el poder.

Agarra mi copa, la vacía de un trago y se inclina hacia delante, con el chaquetón hinchándose sobre sus hombros.

—Mire a sus amigos los expertos regodeándose con total inocencia: ¿cree usted que fueron elegidos al azar? El ruso, que es cristiano ortodoxo desde la caída del comunismo, llevó a cabo hace ocho años un descubrimiento fundamental sobre las leyes matemáticas que rigen las constelaciones: se lo sirven en la túnica y, naturalmente, certificará el origen divino de la imagen, puesto que le da la razón. El alemán publicó unas investigaciones sobre la iridiscencia de las fibras: comprobará el fundamento de sus trabajos y va a convencerse de que no se trata de una tela pintada, puesto que teóricamente la bifracción de la luz es una técnica imposible para manos humanas. Y la historiadora autentificará el simbolismo místico-azteca sobre el que ha parido tres libros. Por lo que se refiere al tipo de la Nasa, que amplía por el escáner las fotos del espacio, caerá de rodillas ante un prodigio de miniaturización de los reflejos que es, tan sólo, la aplicación de su técnica, al revés. En resumen, consígame una fibra y me bastará para probar que la pita actual tiene menos de diez años.

Cierra rápidamente la boca, mientras la patrona coloca sin miramientos ante mí un plato de legumbres fritas que me salpica de salsa. Me limpio la blusa y prosigo:

—¿Y no cree que el experto alemán es más competente que usted en la datación de tejidos?

—Claro está, siempre que se lo pidan.

Miro a través del humo de mi plato.

—Eche un vistazo al protocolo del peritaje que va a realizar: se refiere a la naturaleza de los pigmentos, no a la edad del soporte. Y los pigmentos que no existen en la tierra puedo fabricárselos, yo, en mi cocina, sólo mezclando espinas de cactus, pepino y bacterias para fosa séptica. «Nada se pierde, nada se crea, todo se transforma»... Ya conoce la fórmula... Desde el agua que se convierte en vino, los católicos nunca han variado el menú. ¿Puedo contar con usted? Trabajamos para la misma causa, doctora Krentz: la verdad. Contra las fuerzas del oscurantismo, los proveedores de sectas y los mercaderes de lo paranormal.

De pronto, cuatro policías en mangas de camisa, con la porra en la cintura, irrumpen en el patio. Los tres primeros se apostan en las distintas salidas mientras el cuarto blande una matrícula aullando;

—¿De quién es esto?

El padre Abrigón y su colegio de expertos vuelven discretamente la cabeza hacia nuestra mesa. Mi interlocutor inclina la nariz, se muerde los labios y, luego, se quita las gafas de sol para lanzarme una mirada implorante.

—Puedo contar con usted, ¿no es cierto? —repite con chirridos de angustia.

Tras ello, traga una gran bocanada de aire y se levanta enfrentándose con el policía, levanta el dedo para señalar la matrícula. Los otros tres le agarran enseguida y le arrastran con violencia. Me levanto para protestar, pongo por testigo al padre Abrigón que detiene mi impulso con un gesto conciliador, se limpia la boca y viene a sentarse en el lugar abandonado por el ladrón de fibra.

—Estaba mal aparcado —dice con una gravedad de elogio fúnebre.

—¿Cómo es eso?

—Probablemente al otro lado de la carretera. Ya sabe usted, es la única cárcel de alta seguridad de México. Los policías no bromean en este sector.

—¿Y por qué le han arrancado su matrícula?

—A lo mejor no saben leer. Por aquí es el procedimiento corriente. En vez de levantar acta, toman su matrícula y usted tiene que ir a buscarla a comisaría, a cambio de una pequeña suma de dinero que evita las formalidades administrativas. Hay que adaptarse: así funciona el país.

—Ya lo veo, sí.

El coloso de amarillo modera mis apriorismos con una mano bendecidora:

—Los salarios son muy bajos entre nosotros, doctora, la pobreza y el analfabetismo van a la par con la superpoblación, y cada cual debe arreglárselas como puede, en su pequeño nivel. Dicho eso, imagino que habrá tenido usted tiempo de oír las elucubraciones de este infeliz escéptico. Perdone que le haya infligido esta prueba... No es peligroso, sólo un poco cargante con todas sus teorías, pero se mantendrá tranquilo ahora que ha hablado con usted.

—¿Cree que hay algún vínculo entre su escepticismo y su detención?

El presidente del Centro de Estudios hace una larga inspiración, une las manos ante su nariz y deja escapar el aire, lentamente, entre sus labios antes de responder:

—Somos una vieja civilización, doctora Krentz. Y una administración, ¿cómo decirle?, eternamente joven. Una democracia siempre adolescente. El espíritu revolucionario, con sus tics y sus chifladuras, sigue animando nuestras estructuras estatales... El clero mexicano fue maltratado durante mucho tiempo, y es un eufemismo. Todavía hoy, un cura no tiene derecho a salir a la calle con sotana —precisa señalando su polo amarillo— o, si lo hace, le interesa ser rico. Pero el fervor religioso ha resistido todas las dictaduras. ¿Sabía usted que, en lo más fuerte de la represión anticatólica del presidente Calles, la única iglesia que el PRI no se atrevió a cerrar fue la basílica de Guadalupe?

—He leído todo lo que se refiere al culto de su Virgen.

—Eso me conmueve mucho. Sobre todo no crea que sus posiciones cartesianas y el papel que valerosamente ha aceptado representar están mal vistos por mi parte. El abogado del diablo es una institución respetable y necesaria. Por lo demás, me

entrevisté largo tiempo con Su Eminencia el cardenal Fabiani, cuando vino a México, a investigar personalmente. Es un hombre notable, de elevado pensamiento, un humor y una delicadeza raros. Y muy gastrónomo —añade con una mirada al plato que yo ni siquiera he tocado—. ¿Sabe usted que está en el mejor restaurante de la región? No me gusta la maledicencia, pero se murmura que el hermano de nuestro antiguo presidente, que se aloja enfrente, tiene una mesa siempre dispuesta aquí. Pruebe pues esos chiles en nogada, es uno de mis caprichos, lo confieso. Guindillas verdes de Puebla rellenas de cerdo con salsa blanca y crema de granada: habrá reconocido usted los colores de nuestra bandera nacional. Es un plato inventado por las monjas de Santa Mónica para el banquete de 1821, en honor de Iturbide, cuando firmó el tratado de independencia de México. En una palabra, quería decirle que no está usted obligada a mantenerse aparte. Ahora puede reunirse con nosotros, en nuestra mesa, y será bienvenida en el minibús.

Le expreso mi agradecimiento con toda la frialdad requerida y le pregunto cuándo tendrá lugar el peritaje. Se ensombrece un poco, baja la vista hacia la maleta Metálica colocada junto a mí silla.

—Veo que ha traído usted su material. Perfecto. Pero en cualquier caso, no será antes de esta noche, cuando la basílica esté cerrada al público. Además, el doctor Berlemont, de Lausanne, que debe también examinar a la Virgen, ha perdido su avión y, por razones de seguridad, sólo podré quitar el cristal una vez.

—Monseñor Fabiani no me habló de un peritaje colectivo.

Tose protegiéndose la boca con el puño.

—De hecho, tenemos un problema y una oportunidad. El problema es monseñor Ruiz, el rector de la basílica, que rechaza categóricamente los exámenes sin cristal. Considera que es peligroso y superfluo, que todo está ampliamente probado y basta para la canonización. Y la oportunidad es que está de viaje. El cardenal Fabiani ha creído oportuno hacer coincidir su llegada con la fecha que le comuniqué...

—¿Tengo un número de orden?

—No tema: dispondrá del tiempo y de la serenidad necesarios para sus investigaciones. ¿Cómo va a proceder?

—Haré un fondo de ojos para medir el emplazamiento, la distorsión y la asimetría de los eventuales reflejos descritos por mis predecesores. Si el oftalmoscopio revela imágenes antero-posteriores, verificaré utilizando distintas lentillas que cada uno de los reflejos ha registrado bien las distancias focales en ambas caras del cristalino, como en un ojo vivo. De no ser así, la cosa demostraría, por defecto, que se trata de un accidente de la tela o un efecto de la pintura.

Inclina la cabeza, concentrado en la jerga disuasiva que utilizo a propósito, sonrío, sin duda para indicarme que mi protocolo no le inquieta en absoluto, y concluye:

—Hasta entonces, aprovéchelo para relajarse, visitar nuestras ruinas, apreciar

nuestra cocina... ¿Está usted bien alojada?

—Es un sueño.

—Si puedo hacer algo, cualquier cosa, para hacer agradable su estancia...

—¿Cuáles son sus relaciones con el Instituto Mexicano de Cultura?

Frunce el ceño.

—¿A qué viene esta pregunta? —responde con un tono falsamente despreocupado.

Dejo en el mantel el recibo que le arranqué a mi corruptor, ayer por la tarde. El padre Abrigón le echa un vistazo y se frota la barbilla, dubitativo.

—No conozco a este individuo, ni su departamento. En cualquier caso, nada tienen que ver con mi Centro de Estudios ni con la investigación del Vaticano...

—¿Podría ser una tapadera para alguna agencia de información?

—¿Es decir?

—Los servicios secretos mexicanos o algo así...

—No. Creo que es el organismo que se encarga de los museos nacionales. ¿Le pidió algo en particular este caballero?

—Mi cooperación, creo. Mi opinión o mi silencio, realmente la cosa no estaba clara. Me citó en esta dirección, esta noche.

Le enseño el dorso de la tarjeta de visita. Se yergue apretando las mandíbulas y declara con una autoridad de guardaespaldas que vendrá conmigo. La franqueza y la brutal energía que barren de pronto su reserva eclesiástica me gustan. Debe sentir que me relajo e indica a la camarera que traiga a mi mesa su siguiente plato. Y me sirve una especie de potaje azulado donde nadan cosas fritas, que yo paseo con la punta del tenedor mientras él prosigue:

—¿Hay otros problemas que yo pueda ayudarle a resolver?

—El nombre de la Virgen. ¿Por qué Guadalupe? He leído muchas explicaciones contradictorias.

—Contradictorias no, querida: complementarias. Pruébelo, es succulento. *Huachinango* salteado con maíz azul. Toda la grandeza de nuestro milagro está ahí, diré incluso que su sentido profundo: bicultural. En sus palabras a Juan Diego como por medio de los símbolos de su manto, la Madre de Dios quiso dirigirse a las dos comunidades. Las distintas interpretaciones no son sólo legítimas sino también *deseadas*. Tras sus cinco visitas a Juan Diego, se materializó ante Juan Bernardino, que era su...

Hace una pausa para ver hasta qué punto domino el tema.

—Su tío. Al que curó de la peste.

—Eso es. Se presentó ante él con el nombre de «Virgen de Guadalupe». Refiriéndose a las apariciones que había efectuado, dos siglos antes, junto a ese río de España, cuyo nombre no podía conocer un indio, algo que constituiría una prueba de

autenticidad a oídos del obispo Zumárraga. Pero algo que tenía significado para los aztecas puesto que, en nahuatl, pronunció *Cuahtlapcupeh*: «La que viene volando de la región de la luz». O también *Coatlaxopeh*: «La que aplasta la serpiente». Al dios serpiente Quetzalcoatl.

—¿El que llevaba un collar de calaveras y manos cortadas?

—¿Por qué?

—No, es una imagen que se me ha ocurrido...

—Nuestra historiadora le hablará de ello mejor que yo, pero Quetzalcoatl llevaba una especie de collarín de plumas gigantescas, creo. El collar de calaveras es, más bien, cosa de la diosa Tonantzin, a la que los indios rendían antaño culto en la colina de las apariciones. Le felicito por su conocimiento del expediente.

Sonríó, incómoda. El último nombre que ha pronunciado, Tonantzin, me ha hecho un efecto extraño, como si estuviera asociado a algún recuerdo desagradable que no consigo encontrar ya.

—Juan Diego era un personaje maravilloso, ¿sabe usted? —prosigue—. Un verdadero iniciado, con sus falsos aires de bobalicón. Un niño eterno, ingenuo pero armado con una fe y un sentimiento nacional que ampliaba los límites de lo imposible. Veía su país lastimado, sus hermanos destrozados por las exacciones de los colonos. Sufría en lo más hondo de su carne y de su fibra étnica, lo que no le impedía seguir estando infinitamente agradecido a los españoles que le habían proporcionado la revelación del verdadero Dios. Decía a su confesor que oraba todos los días a la Virgen María para que aportara paz y comprensión entre ambas comunidades. Soñaba ante la historia de las cruzadas que le enseñaban en el catecismo. Se veía con la armadura de San Luis, marchando a guerrear contra los infieles y, más aún, se imaginaba un poco en la piel de Juana de Arco, la pastorcilla analfabeta como él y que, sin embargo, veía cómo se le aparecían San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita ordenándole liberar Francia del yugo inglés...

—¿Quiere usted decir que Juan Diego fabricó su milagro personal inspirándose en Juana de Arco?

—Oh, sí... Estoy íntimamente convencido de ello. Pero no en el sentido reductor en que usted lo entiende. Su pureza, su plegaria y su fe le valieron la gracia divina. La Santa Virgen no decide aparecerse por azar...

¡Bobadas, Nathalie, bobadas! Nada tengo que ver con ese meapilas loco por las cruzadas, ese militante entusiasta de los colores de la Virgen. Nunca imploré a Nuestra Señora para que se me apareciera y me encargara una misión. Nada pedí para mis hermanos de sangre. Todo me daba igual, ¿me oyes? La suerte de los vivos ya no me afectaba, la probable extinción de mi raza me dejaba indiferente, no tenía más «sentimiento nacional» que ideal sacrosanto: era un enamorado amputado, eso es todo, que se atrincheraba metódicamente en la oración y la fe en el más allá, para mantener a su lado a la mujer que había perdido.

¿Quieres saber la verdad? Lo que la Virgen hizo conmigo fue puro acoso celestial. ¡Nada más! Me persiguió sin descanso, sin miramientos por mi insignificancia, por mi dolor, por mi trabajo y mis deberes de cristiano. Me utilizó y, luego, me abandonó. ¡Eso es! Creo en ella, la amo, la reverencio y sigo sirviendo su causa, ¡pero eso no me impide ser lúcido!

Tal vez otros, en mi caso, se alegran de haber pasado a la posteridad, de ser venerados, beatificados, canonizados, solicitados en cualquier instante, no lo sé: nunca pude relacionarme con los «contactados» de mi estilo, las Lucía de Siracusa, las Juana de Arco, los José de Copertino, las Bernadette de Lourdes, las Catherine Labouré, las Teresa del Niño Jesús... Supongo que cada cual sobrevive, con mayor o menor fortuna, enclaustrado en su misión, en su símbolo y en su notoriedad. Pero ésos sufrieron, lo sé por haberlos captado en el espíritu de los creyentes que me asocian a ellos; desafiaron los peligros, se enfrentaron con lo imposible, recibieron sanciones, conocieron los estigmas, la exaltación y el martirio o, al menos, la contradicción... A mí no me ocurrió nada, ¡nada! Llegué, vi, dije y viví. Ni siquiera fui un verdadero portavoz, serví simplemente de percha. No corrí peligro alguno con mi testimonio, no fui acusado de herejía ni de falsificación porque tenía una prueba. ¡Sigue todavía ahí! Nadie intentó perjudicarme, ni me persiguió, ni se irguió ante mí para negarme, ¡muy al contrario! Me mimaron, educaron, cultivaron para que difundiera mi relato con toda tranquilidad. «Iniciado», ¡qué cosas! Cuando vivía, no hice más que prefigurar esa máquina que instalaron, a la entrada de la basílica, en 1979, y que martillea a todo trapo la aparición de la Virgen en quince lenguas, a cambio de cinco pesos.

¡Y me rinden culto! ¡Y me dicen misas! ¡Y me atribuyen el poder de hacer milagros! ¡Y los intrigantes del Vaticano quieren canonizarme por razones políticas, para que sea para siempre el lucrativo servidor de la leyenda que han edificado sobre mí! Consagré mi existencia terrenal a la Virgen, pero ella no me necesita ya, ya no se manifiesta, me abandona al fervor que le robo, ¡basta pues! No puedo pasarme el más allá escuchando a las viejas hablándome de sus varices, a los viejos de su gota, de su pene y de su fondo de pensiones, a los jóvenes implorándome para tener un hijo o para quitárselo de encima, a los amputados reclamándome sus piernas, a los diputados un escaño, a los aficionados un gol, a los cornudos su cónyuge, a los parados un trabajo, a los incurables un remedio, a las mujeres maltratadas la tranquilidad y a los soldados una guerra. ¡Estoy harto! Nada puedo hacer por vosotros, ni siquiera transmitirlo. Dirigios directamente a la Virgen o exigíos lo imposible a vosotros mismos. A veces funciona, lo sé, estoy bien situado para saberlo. Yo no provoqué milagro alguno, pero los he visto realizarse ante mí, en las aceras mecánicas de la basílica. De modo que dejadme en paz, resolved vuestros problemas, vivid vuestra vida y preparad vuestra muerte. O rezad por mí, para que me destruyan, para que me olviden, para que me desacrediten... Piedad... Yo no era nada. Dejadme volver a ser eso.

¿Quieres la verdad, Nathalie, quieres saber lo que ocurrió realmente en 1531? ¿Quieres que te cuente mi historia con la Virgen como nunca lo he hecho, por respeto, por pudor, por miedo a comprometerla?

El sábado 9 de diciembre, salgo de mi casa al alba para ir al catecismo, en Tlatilolco. Llego a la colina de Tepeyac y, de pronto, escucho el canto de los pájaros, como en pleno verano. Me detengo y los cantos callan de inmediato. Entonces suena una voz muy suave que me llama por mi nombre, en lo alto de la colina. «Juantzín... Juan Diegotzín...» Allí donde, antaño, habíamos celebrado nuestra fiesta de la Última Vez, reconozco las inflexiones, el modo de hablar de María Lucía. Loco de felicidad, trepo por nuestra colina en busca del fantasma de mi mujer y, de pronto, me doy de narices con una desconocida que brilla como si el sol se levantara a su espalda, pero sin que esté a contraluz. Es una muchacha muy joven, es muy hermosa, pero con una belleza segura de sí, preñada de serenidad y de experiencia; una belleza que no es de su edad. Y se dirige a mí en nahuatl, mi lengua natal, con un acento en todo semejante al de mi difunta esposa.

Me dice: «Soy la siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios por el que todos existimos». Le deseo buenos días y le digo que me dirijo, justamente, al catecismo. Lo hice para poner las cosas en claro: con las matanzas, las mutilaciones llevadas a cabo por los colonos, como ejemplo, y la viruela que nos habían importado, quedaban en circulación pocos indios válidos para las muchachas de mi pueblo. Me cortejaban con frecuencia y yo lo detestaba, aunque nunca me hubieran

hecho aún el truco de la Virgen. Ella sacude lentamente la cabeza, me dice: «No, Juan Diegotzin, querido, hoy no irás al catecismo; tienes algo mejor que hacer». Respondo que no soy el que cree, le deseo buena suerte y una mejor elección y, con aire atareado, doy media vuelta.

Y entonces la encuentro de nuevo ante mí, siempre con el sol a su espalda y los rasgos claros. Como si hubiera dado una vuelta completa, pero era ella la que había desaparecido para formarse de nuevo en otro lugar. Eso me enojó un poco, porque la colina era antaño el santuario de Tonantzin, cuyos sumos sacerdotes afirmaban que se materializaba cuando necesitaba sangre fresca, y por mi parte me parecía bastante mezquino disfrazarse de Madre del Dios del amor para exigir que le sacrificaran un bebé. Le digo que no soy tonto y que, de todos modos, no ha dado en el blanco: no tengo hijos. «Muéstrame tu collar de calaveras y manos cortadas», añado para que comprenda que la he reconocido.

Ella sonríe, imperturbable. Me impaciento: «Vamos, apártate de mi camino, Tonantzin, sé razonable, ya no creo en ti, soy católico bautizado», y concluyo haciendo la señal de la cruz para devolverla a sus adoradores. Pero sigue allí, sin inmutarse, en absoluto molesta, con su sonrisa indulgente y su dulce voz: «Hijo mío querido, pequeñuelo, la más humilde de las llamas atizada en la hoguera de mi corazón, tu diosa Tonantzin no es más que uno de los rostros que me disteis antes de conocerme y que vuestros sacerdotes desviaron para fortalecer su poder con sangre y terror. Pero no estamos ya ahí y eso es lo que espero de ti: irás al palacio del obispo de México y le dirás que me has visto».

Algo trastornado, olvido mi desconfianza y le respondo que lo haría con gusto, pero que no hablo la lengua de los españoles. Y, además, es preciso ser muy ingenuo para creer que puedes ver así a monseñor el obispo: toc-toc, soy yo, Juan Diego, vengo de parte de vuestra Santa Virgen. Pero ella insiste: «Cuando estés ante él, pídele que me construya aquí mismo una capilla, para que pueda dispensar mi ayuda y mi salvación, mi amor y mi compasión a todos los que se acerquen a mí, cristianos o no. Las iglesias de abajo están mancilladas por las torturas y los crímenes perpetrados en mi nombre: tú debes mostrar el verdadero camino del cielo».

Sin pretender ofenderla, le respondo que nunca Su Señoría dará crédito a un pobre indio de la última casta y que, si quiere una capilla, mejor haría dirigiéndose a un verdadero católico de pura cepa, meritorio, español y bien vestido. Pero ella se empecina: «Te he elegido a ti, el más humilde de mis hijos en la miseria, el menor de mis niños, mi pequeño mensajero en la Tierra, mí ínfimo aliento de vida a quien nadie prestaba atención, oh tú, Cuauhtlatatzin, mi Juan Diego que trabajas la tierra de los demás, tejes esteras para que ellos descansen y perdiste a tu querido amor, María Lucía. Pero serás recompensado por el servicio que me prestas y por el trabajo que te doy. Ve a ver al obispo y, por tu sincera humildad, te creerá».

Entonces se produjo un milagro extraordinario para mí, que sólo había levantado la nariz del suelo para pedir perdón a Dios por ser tan miserable. Fue como si la confianza de la Madre del verdadero Dios se vertiera en mí para incitarme al pecado de orgullo. Me vi, al instante, hablando con el obispo y trayéndolo aquí, con su cruz y sus albañiles. He aquí que, simple impío converso, sentí que me convertía, a mi vez, en misionero, en elegido, en profeta inspirado, el Moisés de México. Corrí a la residencia del obispo. Ya nada era insuperable para mí, Nathalie, pero no era la fe que levanta montañas, era la vanidad que da alas. Y, como correspondía, al acercarme demasiado al sol me quemé las plumas.

Monseñor Zumárraga había llegado al Nuevo Mundo tres años antes. Era un viejo franciscano encorvado, calvo y barbudo, que apenas soportaba el clima y la esclavitud a la que nos reducían sus compatriotas, so capa de evangelización. Había hecho traer asnos de España, para aliviarnos un poco, pero los cardenales madrileños le habían llamado al orden. Sus servidores me dejaron entrar cortésmente, como si me esperaran, y llegué a la conclusión de que les había tocado la gracia de la que estaba investido, aunque en realidad el obispo abría sus puertas, sin distinción, a todos los don nadie.

Me escuchó. O, mejor dicho, me vio representar la escena, la aparición con el efecto luminoso, la construcción de la capilla y los beneficios cayendo sobre todos los peregrinos que tomaban al asalto la colina sagrada donde cantaban unos pájaros desconocidos. Incliné la cabeza, me bendijo en su lengua y me despidió dándome unas tortas y miel.

Volví a la colina, desengañado, entristecido, con la cabeza gacha. «Todo ha ido bien», me dijo la Virgen, que me aguardaba con su aire sereno. Le mostré las tortas y la miel, me encogí de hombros, reconocí mi fracaso y, en un acceso de rencor, como para reprocharle mi exceso de vanidad, le solté: «Ya ves, yo tenía razón: ¡no me ha creído!». Sin perder su calma, me pidió que volviera a hacerlo a la mañana siguiente. Respondí que no sólo no me había creído sino que ni siquiera me había comprendido. Me dijo que tomara un intérprete y se esfumó ante mis ojos.

¿Qué habrías hecho en mi lugar, Nathalie? Fui a llamar a la puerta de Juan González, un converso como yo, pero de la casta superior y por razones financieras. Sin querer tirar piedras a los de mejor cuna que yo, los indios más ricos habían ofrecido espontáneamente sus servicios a nuestros invasores, para explotar a los más pobres con un mejor rendimiento. No era exactamente el caso de Juan González, que era un poeta y sólo explotaba su talento, pero digamos que los poetas necesitan hacerse oír y ser leídos, y al ritmo en que nos diezmaban los españoles, con sus malos tratos, el pillaje y los microbios, mejor era invertir en su lengua para asegurar la perennidad de nuestra cultura.

Juan González me abrió la puerta, le ofrecí las tortas y la miel y le expliqué la

situación. El obispo había recurrido ya a sus servicios de traductor y, juntos, al día siguiente, nos presentamos ante él. Esta vez Zumárraga escucha, incrédulo, conmovido, suspicaz y prudente alternativamente. Hace que me digan que pida a la Madre de Cristo una prueba de su identidad. Prometo transmitir el mensaje y me voy. El retiene a mi intérprete. No me cree, o aún peor, piensa que soy sincero y que una falsa Virgen abusa de mi ingenuidad para ridiculizar la religión católica. Juan González asiente, como de costumbre. El poeta, en su interior, se inflama y sopla en la dirección del viento: me manipulan los secuaces de la diosa-madre Tonantzin, que desean restablecer un lugar de culto en su colina sagrada. El obispo ordena a sus criados que me sigan y me espíen para verlo claro. Los descubro y me digo: muy bien, serán testigos de la aparición y no tendré ya que jugar al intermediario. Reduzco pues el paso, para esperarles, como si nada; paseo, contemplo la vista. Pero pierden mi rastro, pese a lo que podía esperarse, aunque mi gorro puntiagudo se vea de lejos y tome siempre el mismo camino. ¿Era preciso, decididamente, que el milagro se realizara sólo a través de mí?

Como estaba previsto, Nuestra Señora me aguarda en su roca. Le transmito el encargo, me responde que no habrá problema alguno: a la mañana siguiente, cuando vuelva a casa del obispo, tendrá el signo que reclama. Estoy un poco cansado de tanto ir y volver entre la Santa Virgen y su clero, pero me inclino. Sólo que, cuando regreso a casa, encuentro a Juan Bernardino, el anciano tío que me había criado como a un hijo, postrado en el lecho. Corro a buscar un médico que lo examina desde el umbral, a cinco metros. Me dice que tiene la peste, que no es cosa suya y que hay que buscar un sacerdote. Velo toda la noche a mi tío, cuidándole con las plantas que curaban nuestras enfermedades, antaño, antes de que los españoles trajeran las suyas. Cuando sale el sol, está muy mal y pide confesarse; me pongo de nuevo en camino hacia Tlatilolco. Salvo que, esta vez, doy un rodeo para evitar la colina, de lo contrario la Virgen me dará de nuevo la lata con su capilla, y no es el momento.

Pero, a mitad del camino que tomo por primera vez, hela aquí que me aguarda, flotando por encima del suelo. Y suelta su canción habitual; vete a ver al obispo y que si eso y que si aquello. Le digo que, con todo el respeto, se está poniendo pesada, que mi tío agoniza y que ya veremos más tarde lo de la capilla: tengo otras cosas en la cabeza. Ella se volatiliza para dejarme pasar. Al principio me digo que se ha enojado y que no volverá a manifestarse, que irá a buscar a otro emisario mejor vestido y más digno de fe, pero cuando regreso a casa con el sacerdote y la extremaunción, doy con mi tío que está limpiando la casa, en plena forma. Nos dice que una tal María de Guadalupe se le ha aparecido para anunciarle que está curado, que tenía que ir a informar al obispo y transmitirle el mensaje: ahora que estoy libre de mis preocupaciones, tengo que ir a coger rosas en la colina. ¡Rosas! ¡En pleno invierno! ¡En una colina pelada donde sólo crecen abrojos y un árbol! Pero, por otro lado, mi

tío tenía la peste y ya no la tiene, de modo que... vayamos a por las rosas.

Y, de hecho, el monte Tepeyac está perfumado y me encuentro entre matorrales floridos, ante Nuestra Señora, que me dice que son rosas de Castilla, muy apreciadas por monseñor: le recordarán su jardín de Madrid. Cojo una docena, las envuelvo en mi túnica para no llamar la atención durante el trayecto y voy a llamar, de nuevo, a las puertas de palacio.

Los servidores me reconocen, se niegan a dejarme entrar y, luego, ven las rosas, pasmados, y me llevan ante el obispo, que estaba recibiendo, en audiencia, a un hidalgo y a una familia de esclavos indios que solicitaban su arbitraje, según la libre traducción de Juan González, el poeta. Todos se vuelven hacia mí. Cuento lo que me trae y, para probar mis palabras, desenvuelvo mi tilma en un gesto teatral que hace caer las rosas al suelo. Estupor general. Todo el mundo me mira, sin conceder la menor atención a mis rosas. Se arrodillan, se persignan. Luego se levantan, me rodean, me tocan y monseñor Zumárraga ordena a sus criados que me desnuden. Entonces descubro la imagen de la Virgen estampada en mi tilma. Ya conoces el resto.

Como en la visión provocada tres días antes por mi acceso de vanidad, he aquí que trepo la colina seguido por el obispo, vestido de gala, con su cruz y sus albañiles, y que me pregunta el lugar exacto de la aparición. Cuando le indico la roca habitual de la Virgen, una fuente brota del suelo para confirmar el emplazamiento, pero ahí comienza la leyenda. El trabajo de Juan González, el poeta, que fue el primero en escribir mi historia para la posteridad, a su modo, adornando, añadiendo episodios y sensacionalismo y fervor dulzón y melindres, convirtiéndome en ese arrobado del belén, en cuyo papel me petrificaron las generaciones siguientes. Todos los documentos que os han llegado, el *Nican Mopohua*, el *Nican Motecpana*, el *Codex Tetlapalco*, la *Tira de Tepechpan*, el informe de la investigación eclesiástica de 1666 se inspiraron en el primitivo relato, acentuando las exageraciones del poeta y poniendo cada vez, sobre mi personaje, una capa de ingenuidad mística para mantener el fervor.

Durante los diecisiete años que iba a pasar aún en mi cuerpo de Juan Diego, fui secuestrado, educado, exhibido por el obispo, arrastrado a repetir a porfía, dócil y minucioso, en español y en nahuatl, a los investigadores de Madrid y a los peregrinos procedentes de todos los rincones de México, mi aventura con la Virgen, y el día en que, por fin, morí de vejez, pasados los setenta y cuatro años, creí haberme ganado, no sin mérito, la felicidad celestial junto a la mujer de mi vida. Pero el Cielo había decidido otra cosa: me hallé contra la pared, dentro de mi vestidura, prisionero en los ojos de Nuestra Señora, en compañía de los testigos del «milagro de las rosas»: Zumárraga, sus servidores, el hidalgo, la familia india y Juan González; inmóviles figurantes que ya sólo son reflejos deshabitados pues, como nadie les reza, nadie les

invoca, nadie les retiene en su encarnación pasada, el general olvido ha permitido a su alma llegar a la paz del Señor, o eso supongo, llegar a ese Paraíso cuyo acceso me impide la prevención de santidad desde hace cuatrocientos cincuenta y dos años.

Ésa es la verdad, Nathalie. *Mi* verdad. Cautivo de mi leyenda, estoy condenado a ver lo que la Virgen observa, a seguir la dirección de su mirada, a escuchar todo lo que se dice y se piensa en torno a su imagen, lamentablemente indestructible. ¿Qué hice yo para merecer eso o qué debería haber hecho para evitar semejante castigo? Pues lo es, Nathalie, créeme. Mi única evasión de vez en cuando se efectúa por medio de vuestros espíritus, de los que trabajáis en mi caso en toda la Tierra, de los que *pensáis* en mí en vez de dirigirme oraciones. Estéis animados por intenciones hostiles o benevolentes, iluminados por la intuición o cegados por el horror, me hacéis tanto bien... Me distraéis un poco, me invitáis cada vez a vuestra época, me hacéis compartir vuestra lengua, vuestra cultura, vuestra fe o vuestras dudas, vuestras preocupaciones, vuestras soledades y vuestras alegrías; me devolvéis, por espacio de una fusión, la conciencia del tiempo que pasa y me permitís ver, con vuestros ojos, horizontes distintos; me traéis al presente en un mundo que cambia, entre los comportamientos humanos que son hoy los mismos, pero que resultan aún imprevisibles para mí. La inmortalidad, en lo que me concierne, nada cambia de los límites del juicio, no permite predecir el porvenir, ni sustraerse a las ilusiones, ni mantener por más tiempo el interés que uno suscita. Disminuís mi resignación, por algún tiempo, y luego pensáis en otra cosa, os concentráis menos en mí, abandono vuestro espíritu y me encuentro aquí, tras este cristal blindado, por encima de las aceras mecánicas; nuestra breve unión es sólo una ubicuidad sin consecuencias, un sueño; el sueño de una evasión por el que siempre, es mi naturaleza, me dejo atrapar.

No esta vez, Nathalie. Esta vez iré hasta el fin de tus fuerzas; no dejaré que me abandones. Tomando un hilo de mi tilma no vas a contradecir el milagro. Sé que con tus conocimientos y tu material tienes un medio de devolverme la libertad, y conseguiré hacértelo descubrir.

Desde hace una hora, el minibús nos sacude de grietas a baches, por carreteras destrozadas que zigzaguean a través de la nada. Unas colinas peladas, cementerios de coches, aldeas de piedra y planchas onduladas, sembradas cada veinte metros de gigantescos montículos que impiden la velocidad y nos revuelven el estómago. El padre Abrigón, que comenta con entusiasmo el menor detalle del paseo digestivo, nos revela que los llaman topes. Cuando le pregunto por qué son tan numerosos, me contesta que el suelo está muy seco: en cuanto hay un asesinato, en lugar de enterrar el cuerpo, lo tienden atravesado en la calzada y vierten por encima un montón de asfalto, que protegerá la vida de los niños de la aldea contra la velocidad de los malos conductores. Soy la única que sonrío. O mis colegas no tienen sentido del humor o conocen el país mejor que yo.

Me hubiera gustado aprovechar el trayecto para intercambiar algunas informaciones con los distintos expertos, pero el alemán hace que el minibús se detenga cada cuarto de hora y mantiene, el resto del tiempo, los dientes apretados, concentrado en su problema intestinal, la historiadora corrige un manuscrito, el ruso borracho de cerveza Corona ronca en el asiento del fondo y Kevin Williams habla en voz baja por su teléfono móvil, informando por vigésima vez a una tal Wendy de que no la oye y no es el momento de volver a hablar del acuario.

—¡Y éste es el paraje de Calixtlahuaca! —trompetea orgullosamente el padre Abrigón.

Resulta evidente que no sabe qué hacer con nosotros mientras no estemos al completo para iniciar el peritaje, de modo que nos pasea. Detiene el minibús ante una estación de servicio abandonada, caminamos diez minutos bajo un sol plúmbeo por un camino de piedras que nos tuerce los tobillos, hasta un montón de ruinas reconstruidas con cemento armado, que él bautiza generosamente como pirámide. Un mocosito en traje de baño y con una gorra verde oscura corre hacia nosotros con un talonario de boletos para hacernos pagar el derecho a dar una vuelta. Lo aprovecho para acercarme al alemán, que, con el rostro dolorido, se mete la mano bajo la camisa a la espera de un nuevo retortijón. Tras haberle ofrecido mis comprimidos para darle confianza, le pregunto si ha observado ya la tilma. Con entrecortadas palabras, que se adaptan al ritmo de sus contracciones, el ingeniero químico responde que ha

trabajado sobre muestras y fotos con luz infrarroja y que su veredicto es indiscutible: la imagen impregna directamente la túnica, sin apresto alguno, lo que hace inexplicable su visibilidad e imposible su conservación: no se distingue al microscopio pincelada alguna, no aparece el menor rasguño. En resumen, el tejido de pita se ha comportado como una película fotográfica en la que la Virgen se hubiera plasmado en el anverso y el reverso.

—¿Y los colorantes?

—No son de origen mineral, ni vegetal, ni animal, ni humano. Usted misma.

—¿Dios?

—O los extraterrestres. Ya en tiempo de los aztecas, México era un lugar especialmente sobrevolado por los ovnis; sus testimonios se encuentran en todos los santuarios del antiguo culto.

Me vuelvo hacia la historiadora, que asiente con gravedad. Conteniendo mi irritación, les pregunto si creen sinceramente en estas bobadas.

—Somos científicos —protesta el especialista en fibras—. No creemos: estudiamos, comprobamos y relatamos. El hecho de que no exista capa preparatoria subyacente a la imagen no basta para probar que sea de origen sobrenatural, es cierto. Pero si la hubiera, demostraría que se trata de una obra humana. ¿De acuerdo?

No sé qué responderle. Se excusa y nos abandona buscando un bosquecillo.

—No intente influenciarnos, señorita —me suelta con sequedad la gorda del traje sastre—. He consagrado veinte años de mi vida al estudio histórico de la tilma, el profesor Wolfburg prosiguió y confirmó los análisis efectuados en 1936 por el premio Nobel Richard Kuhn sobre los pigmentos del tejido, también él es nobelizable, nuestro amigo Traskine es la referencia mundial en materia de agujeros negros y Kevin Williams es el experto oficial de la Nasa para el tratamiento numérico de las imágenes enviadas por la sonda Pathfinder, No deje que sus prejuicios cieguen su competencia, éste es el consejo que le doy.

—Pero tal vez tengamos la nariz demasiado cerca, Leticia —interviene Kevin Williams con conmovedora torpeza—. Me encantaría oír la opinión de la doctora Krentz.

Contemplo su piel clara, bastante enrojecida en la frente y la punta de la nariz. Mi opinión consistiría en el inmediato empleo de un filtro solar, pero me trago el impulso curiosamente maternal que me inspira ese otro asunto, desplazado entre los perentorios. Interesándose por el menor cactus, por la más ínfima perspectiva en las colinas que emergen de la contaminada bruma, fotografiando el bloque piramidal por todas sus costuras, parece un boy-scout ansioso, preparando el informe que hará de nuestra excursión.

—Espero haber examinado la imagen antes de pronunciarme —le digo con más frialdad de la que hubiese querido—. Yo no soy una convencida de antemano, ni en

un sentido ni en el otro.

—¿Quiere usted que le enseñe mis ampliaciones de la córnea? —propone de pronto con la brutal audacia de los grandes tímidos—. Las tengo en mi maleta, en el hotel.

Le contemplo con ternura. Nunca un hombre ha recurrido a un pretexto tan expeditivo para llevarme a su habitación.

—Era sólo para preparar el peritaje —se defiende rápidamente adivinando mi pensamiento—. Incluso a un ojo profesional le cuesta distinguir los personajes, la primera vez. No olvide que son trece y ocupan la superficie de una córnea inferior a ocho milímetros.

—Me encantará —le digo con conquistada sonrisa, para que enrojeczca del todo entre sus quemaduras de sol.

—¡Ah, son las cinco! —observa el padre Abrigón dándose una palmada en la nuca—. Regresemos, pronto.

Los otros le siguen los pasos de inmediato por el sendero, y yo les alcanzo a la carrera, bajo las picaduras.

—Póngase eso —me dice tendiéndome un brazalete de plástico amarillo con una bolsita hermética, mientras el profesor Wolfburg sale de su bosquecillo maldiciendo—. Es un repelente contra la citronela, tiene que llevarlo todas las tardes a partir de las cinco. Los mosquitos, ellos sí, son puntuales.

Trepamos al minibús, interrumpiendo la siesta del astrofísico que levanta un párpado mientras el cura nos vaporiza con un insecticida, prohibiéndonos respirar. El ruso vuelve a dormirse, el chófer baja el volumen de la música, arranca y volvemos a sacudirnos en dirección contraria.

Tras uno o dos kilómetros, los zumbidos se debilitan y el sonido de las palmadas se espacia. Nuestro guía, de pie en la parte delantera del minibús, con los ojos clavados en el horizonte y la mano diestra en el salpicadero, como un capitán en su pasarela, telefonea en español con un gran teléfono móvil, ya obsoleto, conectado al encendedor. Corta la comunicación, con aire contrariado, sacude el aparato como si fuera un cartón de zumo de naranja, y marca otro número. Tres frases más adelante, se vuelve de pronto hacia mí, cierra los ojos crispando los puños, luego me sonrío, desconecta el teléfono, enrolla el cordón y lo guarda todo en los grandes bolsillos de su pantalón campestre.

Le veo recorriendo el pasillo central, tambaleándose por los baches. Se deja caer a mi lado, me señala una aldea desierta, parecida a la precedente, y me dice que ambas se disputan el honor de haber visto nacer a Juan Diego.

—No están seguros de nada, vamos.

—Sí —protesta él, blandamente—; el catastro ha cambiado. La casa natal cabalga entre los dos municipios.

Le siento preocupado; está claro que quiere decirme algo más.

—¿Algún problema?

—He telefoneado a su hotel para saber si el doctor Berlemont había llegado.

—¿Y?

—Me han dicho que no... Pero me han informado de que había tenido usted visita.

—¿Visita?

—¿No se ha llevado consigo la llave?

—Pesa una tonelada. ¿Por qué?

—Nunca hay que dejar la llave en la recepción —me riñe—. La camarera del piso ha encontrado a un hombre registrando su habitación. Pero, bueno, no hay motivo para alarmarse: es frecuente. Afortunadamente —añade señalando la maleta que está a mis pies—, había cogido usted el material. ¿Desde el punto de vista del dinero y de los objetos de valor...?

Le tranquilizo: llevo encima mis papeles y mis tarjetas de crédito. He venido sin ordenador y mi maleta sólo contiene ropa interior.

—La delincuencia es un verdadero problema aquí —suspira casi maquinalmente, con la cabeza en otra parte.

—¿Y la policía no hace nada?

—Sí, atracos, en su día libre.

—¿Le preocupa algo más?

Inclina la cabeza palmeando su rodilla, con la mirada en el suelo.

—Sí. Monseñor Ruiz, el rector de la basílica, acorta su estancia. Estaba en el congreso episcopal de Caracas, ignoro lo que le habrán hecho pero regresa mañana.

—¿Y no podemos prescindir del doctor Berlemont?

—Ni hablar: es el único investigador laico investido por la Comisión Canónica para el Seguimiento de los Milagros. Y es el médico personal del cardenal Solendate. ¿Qué vamos a hacer?

Abre los brazos, incapaz de resolver su dilema. Cuando llegamos al hotel, deja que los expertos bajen recordándoles que el minibús les aguarda, en cuanto estén listos, para la conferencia de prensa seguida de las recepciones oficiales, me retiene cuando voy a seguirles.

—Nosotros iremos a su cita.

—¿Al Instituto de Cultura?

Asiente, indica al chófer que vuelva a arrancar. Formulo el deseo de subir un instante a mi habitación, para comprobar mis cosas. Mueve la cabeza:

—Después. Está a tres manzanas de aquí, pero se circula mal y prefiero que lleguemos con antelación.

—¿Ah, sí?

Sin atender a mi ironía, indica la dirección mientras regreso a mi asiento. Luego viene hacia mí y permanece de pie, apoyado en el respaldo de enfrente, con los brazos cruzados. Su mirada fija despierta el malestar que sentí ayer, ante el supuesto funcionario del Patrimonio. Tras unos instantes de reflexión, dice:

—Según el modo como vaya la entrevista, presentaremos o no denuncia por robo en su habitación.

El tono que emplea me hace levantar la cabeza.

—¿Cree usted que ambas cosas están relacionadas?

—Tal vez.

—¿Y que corro peligro?

—Voy a ser franco con usted, Nathalie. Su papel en el peritaje es, ¿cómo decirlo?, puramente formal. Nadie piensa seriamente aquí que pueda usted cuestionar la canonización de Juan Diego.

—Concédame al menos el beneficio de la duda.

—Lo decía para tranquilizarla. Me cuesta imaginar a un católico, incluso a un extremista, intentando algo contra usted para intimidarla o impedirle llevar a cabo su examen. En cambio, del lado de los enemigos de la Iglesia, y son todavía muchos en las altas esferas del Estado, es muy posible que un exaltado, diestramente manipulado, la tome con usted, para que acusen a los fanáticos religiosos de haber querido reducir al silencio a un enviado del diablo.

Aprieto los dedos en el brazo metálico del asiento, le observo para intentar evaluar su grado de seriedad.

—No olvide que estamos en período electoral. El Partido Revolucionario Institucional está dispuesto a todo para mantenerse en el poder.

—¿Y convertirme en una mártir les supondría votos?

—No creo que la cosa llegue a tanto y haré lo que esté en mi mano para que la dejen en paz. Hace diez años, cuando vino el papa para la beatificación, la tomaron con el pobre Guido Ponzo, durante su conferencia sobre los pigmentos desconocidos del manto de la Virgen, que eran según él una mezcla de óxido de cobre y metileno.

—¿Y qué?

—Le pintaron de azul con su mixtura.

Para conjurar un ataque de angustia, replico que realmente su don Diego se les ha subido a la cabeza.

—Juan Diego —corrige con suavidad—. Don Diego es el Zorro. Advierta que el lapsus no está desprovisto de sentido... No puede imaginar lo que nuestro futuro santo representa aquí para los más pobres, los indios, los niños de la calle, los abandonados... Y para mí, puesto que ocupa mis pensamientos desde hace treinta y cinco años; quisiera encontrar las palabras para poder compartir lo que siento. Emana de él tanta dulzura, tanta atención... Tantas expectativas, también. En México están

produciéndose grandes trastornos. Un cambio político como no lo ha habido desde hace setenta años. Una abertura al mundo, el final de este letargo corrupto, de esta pasividad crónica por la que tanto hemos sufrido. Y Dieguito simboliza todo eso. En el momento en que los odios raciales vuelven a asomar la nariz intentando encerrarnos en nuestra Edad Media, necesitamos más que nunca a nuestro pequeño indio, ver cómo se santifican los valores que encarna. La humildad, la dignidad, el valor de enfrentarse con la hostilidad de los incrédulos y la ceguera de los creyentes, la fuerza para superar los propios límites al servicio de una buena causa...

Escucho, conmovida por su sinceridad, su discurso tan fraterno y tan poco religioso.

—Usted misma, Nathalie, cuando batalla contra las fuerzas de la Iglesia para proteger a una muchacha de las consecuencias de su curación (leí el expediente que me envió monseñor Fabiani, el relato de sus enfrentamientos, en Lourdes, con la Comisión de milagros) actúa en nombre de Dios, aunque crea lo contrario.

—Depende de lo que usted llame Dios.

—¿Y usted?

—Yo no lo llamo.

—¿Cree usted en el azar, el caos, la inexistencia del alma, en la muerte y punto final?

—Pienso, y digo pienso, que las bacterias crearon la vida en la Tierra, inventando la síntesis de la clorofila y el reciclaje del calcio. En los orígenes era rechazado como desecho por las células. Sin estructura ósea, no se habría producido el desarrollo psíquico.

—Hay pues un pensamiento creador en el origen del mundo. Que lo llamemos Espíritu Santo o bacterias no me molesta.

—Ni a mí tampoco, salvo cuando se convierte en un principio moral, en una fuente de conflictos. ¿Cuál es el interés de las religiones, desde el punto de vista de la evolución? Proporcionar un código de conducta, bases de reflexión, un mensaje de esperanza y consejos de higiene. Lo demás es abuso de poder.

Inclina la cabeza con un profundo suspiro. Le pregunto si le he escandalizado. Con tristeza, mira fijamente los motivos de plástico del respaldo que está ante él y luego responde:

—Parezco un vividor, pequeña mía, pero estoy tan a menudo cansado de los hombres, de esta tierra sin amor... La Iglesia me ha decepcionado mucho. Las posiciones de este papa viajante de comercio, que inflama los corazones para apagarlos luego con sus discursos retrógrados... No le pedimos que cambie de opinión sobre el preservativo y el control de la natalidad, puesto que es sólo la voz del dogma, pero ¡que se calle al menos! ¡Que hable de otra cosa! Si supiera cómo se lo reprocho a los intrigantes que le pasean por todos los rincones del mundo para

gobernar tranquilamente el Vaticano... A los Solendate y sus secuaces, a todos esos príncipes de la Iglesia que sólo ven su púrpura y su ascenso personal a la sombra de la cruz... Sólo el cardenal Fabiani, para mí, se sale del lote. Intentó poner algo de moral, algo de limpieza en ese establecimiento bancario en el que se ha convertido la Ciudad del Vaticano, y todavía está pagándolo. Hacerle aceptar el cargo de abogado del diablo, a su edad, con su rango y sus problemas de artrosis... Es una vergüenza. Si lo hubiera visto, el mes pasado, recorriendo los barrios viejos de México con sus bermudas fluorescentes y su camiseta de Mickey... La policía le echó mano en cuanto llegó, por su sotana y su esclavina roja. Tuve que pagar la multa, lo saqué de la cárcel tapándolo con un poncho y, luego, lo llevé a comprar ropa de civil en El Nuevo Mundo, los grandes almacenes que están frente a su hotel. Dada la talla del pobre hombre, tuve que llevarle al departamento de niños.

Chasquea la lengua viendo el asombro en mi mirada. El retrato que traza se adecua muy poco a la impresión que guardo del viejo astuto y alambicado que cubría con su esclavina mi poltrona.

—¿Sigue siendo escéptica? Hay más humanidad en el honor que muestra despreciando las afrentas que en todos los discursos lenificantes que monseñor Solendate pone en boca del papa.

—Muy anticlerical me parece usted, padre.

—Soy cristiano, eso es todo, y reprocho al Vaticano que coloque los valores enseñados por Jesús tras los intereses bancarios, políticos y mafiosos.

—¿Y el deber de silencio?

—Es para los militares. Nosotros tenemos el secreto de confesión, ¡y eso basta! Por no hablar del celibato... A mí me conviene, pero tendría que ser una opción libre, como entre los ortodoxos, ¡no una obligación contractual! ¿Dónde dijo Jesús que los sacerdotes tenían que permanecer solteros? ¿Cómo quiere que se predique y se distribuya el amor cuando uno mismo padece la represión? La Iglesia católica se suicida, Nathalie, y diríase que lo hace adrede. Utilizando las palabras del cardenal Fabiani, hoy los mercaderes poseen el templo e intentan expulsar de él a los últimos creyentes verdaderos, que les impiden consagrarse plenamente a sus manejos.

La obstinada rabia que se ha apoderado de él me lo hace terriblemente simpático. Esos inesperados gritos en ese gran gigante blando, con su pequeño polo amarillo, esa arenga para mí sola, en pleno atasco, ese sermón herético en la improvisada nave de un minibús me complacen por completo. Me gusta esta luz de rebeldía y de lucidez mezcladas, ese modo de creer rechazando. Me pregunto qué habría cambiado en mí la elección de un Dios, si no me hubiera visto sacudida entre dos religiones, si no lo hubiera tirado todo en mi adolescencia, los curas de papá y los rabinos de mamá, para viajar ligera.

—Perdón, la aburro con mis rencores, pequeña. Pero me siento cómodo con

usted. Los científicos me han devuelto el gozo de amar a mi prójimo, que había perdido tratando demasiado con la gente de Iglesia. Soy sólo un cura de despacho, ¿sabe usted?; no comprendo todos sus descubrimientos ni su lenguaje técnico, pero a su lado me siento un poco de la familia. Me hablan ustedes de sus estrellas, de sus pigmentos, de sus cristalinos como si yo poseyera el secreto de sus conocimientos, me comunican sus pasiones, me cuentan la vida de mis antepasados como si yo estuviera allí... Les escucho, me maravillo, intento seguirles y tomar un poco de su inteligencia. Incluso los iluminados como el tal Guido Ponzio, con sus confusas y partidistas teorías, me gustan; están buscando una verdad, aunque se equivoquen. Son tan raros los buscadores de la verdad... Les añoro.

Deja que se haga el silencio mientras el motor del minibús se cala en el semáforo y vuelve a arrancar. Le interrogo con la mirada.

—Seamos lúcidos, Nathalie; en cuanto el papa haya pronunciado la canonización, los científicos carecerán de razón de ser. Monseñor Ruiz les cerrará las puertas de la basílica: ya sólo habrá peregrinos y vendedores de recuerdos, alrededor de mi querida tilma. E incluso, tal vez, mi pobre Centro de Estudios sea cerrado, para ahorrar. Molesto a todos mis rectores, lo sé. El anterior me trataba de ingenuo idólatra con mi reliquia, el actual me acusa de poner en peligro su Santa Imagen con sus instrumentos... Voy a sentirme muy solo, pequeña... Pero no importa: lo importante es que Juan Diego irradie en todo el planeta.

El chófer se detiene en doble fila, ante una residencia moderna con flores en los balcones. El padre Abrigón frunce el ceño, agachándose para comprobar el número; baja del minibús. Me reúno con él en una acera sucia, impregnada de olor a pescado. Se frota la garganta, se acerca a la placa de interfonos. Eso no parece un edificio oficial, ni siquiera un inmueble de oficinas. La tapadera ideal para una madriguera de espías. Pero, al lado del coloso de la cruz de plata, con unas manos como remos, su lúcida amargura y sus cóleras de muchacho, no tengo miedo de nada.

Abrigón busca el número marcado en la tarjeta de visita, pulsa un botón del interfono. La puerta acristalada se abre con un zumbido. Entra en primer lugar, echa una mirada vigilante a un trivial vestíbulo, con plantas de plástico y buzones. Una etiqueta escrita a mano, recién pegada según parece, sobre una placa grabada, indica: *Roberto Cárdenas - P. 3 i.*

Mi guardaespaldas cruza el vestíbulo a grandes zancadas, llama el ascensor, me señala la cabina con un dedo en la boca, luego sube las escaleras de cuatro en cuatro. Cuando llego al rellano del tercero, él está adosado al muro, con la mirada al acecho y me indica por signos que todo va bien. De puntillas, se dirige a la puerta de la izquierda, pega a ella el oído unos instantes, me invita a reunirme con él antes de pulsar el botón.

Resuena un timbre agudo. Un ruido de silla, una breve tos, unos pasos en el

parqué. Suena una música, un solo de saxo. Luego la puerta se abre ante mi funcionario de Cultura. Vistiendo un quimono, en una luz rojiza, luce una sonrisa que se petrifica y se contrae al descubrir a mi acompañante. Sus ojos parpadean, van de mi persona al padre Abrigón, se fijan en la cruz que cuelga en medio del polo amarillo. Tras él, junto el equipo de música, una botella de champán en una cubitera, y dos copas flauta enmarcando una fuente de canapés. La incredulidad que se pinta en su rostro se transforma en furor cuando el cura le dice amablemente «Buenas tardes». Nos cierra en las narices la puerta de su estudio. Con una perfecta elegancia y chiribitas en los ojos, el padre Abrigón se inclina hacia mí y me dice, con su voz grave:

—Sin querer faltarle, hija mía, pero creo que la tomó por una puta.

Y suelta una carcajada propinándome un empujón que me lleva hacia el ascensor.

Procuro compartir su hilaridad hasta el minibús, por gratitud y dignidad, luego una verdadera decepción toma el relevo. Me siento horriblemente ofendida. No por haber sido confundida con una ramera, lo que es más bien halagador, sino por haber montado todo ese circo a partir de la nada, por no haber dudado ni un solo instante que mi llegada a México ponía en peligro los superiores intereses de la nación. Es mucho más gratificante imaginar que te amenazan a causa de tu competencia. Detesto caer en este tipo de trampa, haberme dejado engañar por una situación tan trivial en un país de machos. Sobre todo cuando el testigo se divierte con indulgencia y compasión, me supone herida en mi pudor cuando me siento, sencillamente, frustrada por el peligro en el que creí. Me sentía un blanco en potencia; era apenas un buen polvo.

—Cinco minutos para prepararse —suelta en la escalinata del hotel— y pondremos rumbo a los ágapes municipales. Vestido de noche, si lo tiene.

Estando como estoy, respondo que ya veremos lo que me han dejado los cacos. Tragándose la alegría, me aconseja que registre bien mi habitación: tal vez «ellos» hayan puesto un micrófono. Hago una mueca, como una sonrisa contrita, y cruzo el mórbido vestíbulo donde los demás están ya en pie de guerra, en la zona de la moqueta, con pantalones de cuero negro y camisa bordada el astrofísico; un traje morcilla blanca, la historiadora; y cinturón de cuero sobre chaqueta de lino, estilo colonial bávaro, el ingeniero químico. Kevin Williams va de esmoquin. Me interroga con un movimiento de ceja. Le respondo con una mueca que todo va bien y siento su mirada en mi espalda mientras aprieto el paso hacia uno de los ascensores de forjadas volutas.

El excombatiente adosado a la reja, con su uniforme de botones, niega con la cabeza y me indica el montacargas al fondo del pasillo en obras. Al parecer, sólo se tiene una vez derecho a la cabina de lujo, cuando se llega con el equipaje. O tal vez haya horas de apertura. O sea una huelga. Salto sobre los cascotes hasta la puerta de

metal gris. Es increíble qué pronto la resignación se vuelve natural en este país. Se sangra por la nariz, los intestinos se trastornan, los policías te atracan, los camioneros te rematan, los científicos homologan los milagros, nada funciona salvo lo paranormal y, para las reclamaciones, les rogamos que se dirijan a Juan Diego.

La puerta del montacargas se cierra ante el perfil de Kevin, que ha desviado rápidamente la mirada. Me gusta, pero no sé en absoluto si me interesa. De momento, me conmueve. Perdí tanto la costumbre de los hombres a fuerza de mirar sólo a uno y, además, hacia atrás... ¿Qué ha ocurrido de nuevo, en mi vida, desde que estoy catalogada como «disponible»? Acepté una cena, cierta noche, con mi neumólogo. Y la mitad de un fin de semana con un estomatólogo, para no quedarme con una mala impresión. He llegado incluso a escalar una montaña con un abogado que conocí en mi club de *fitness*. Me niego a creer que todos los hombres se parezcan, salvo Franck Manneville, que sólo piensen en joder y que no les guste hacer el amor, que la novedad les excite pero que sólo les colme lo monótono, y que la parte infantil que creí descubrir en ellos fuera sólo una idea fija de adulto inmaduro. Pero por mucho que luche contra este tipo de prejuicios, la experiencia me confirma, todas las veces, cómo me equivoco siendo tan poco sectaria.

Dicho esto, el malentendido del funcionario del Instituto de Cultura me ha dejado una vaga excitación, no tan desagradable como todo eso. ¿Desde cuándo no he *jugado*? Jugado a ser una mujer, a seducir, a gustar... No es que el húmedo calor de este país afecte mis sentidos, sino más bien este licuante ambiente de sobrenatural admitido, este modo de considerar una ventaja adquirida la gracia divina, que despierta mi apetito de pulsiones concretas, deseos de maniobras de aproximación, deseos de una mano en la mía y un peso sobre mi cuerpo...

Intento ahogar el calor bajo el hilillo marrón que gime en la cañería de la ducha, luego me aclaro con el agua mineral helada que me proporciona el minibar. En bata; pongo sobre la colcha las seis posibilidades de ropa interior. El caco sólo se ha llevado el frasco de Guerlain tomado de las reservas de mi madre. Veo en ello una ocasión, si no un signo. Una ocasión para no ocultarme ya tras un perfume respetable. Para dejar que mi olor natural encuentre su camino, coincida eventualmente con las feromonas de un macho. Elijo el sujetador elástico, de color malva, y su tanga aerodinámico; comprados en el *duty free* de Tokio, tras un congreso de oftalmología, sonrío al reflejo y lo maquillo en el espejo resquebrajado. Siento cierta vergüenza, así, pero me disgusto menos. Y además no tendrá consecuencias: Kevin Williams es, sin duda, fiel, asexuado, inaccesible. Tengo pleno derecho a calentarme por nada, a permitirme una pequeña fantasía de dirección única, a ventilarme la cabeza de esas historias de curas.

Renunciando a la combinación que me protegería de los efectos de contraluz, me pongo directamente el vestido largo de gasa negra que llevo siempre de viaje, sin

atreverme nunca a usarlo. La ventaja de este país de guindillas es que, en tres comidas, he perdido ya una talla y media.

Vacilo ante el teléfono, me digo que, de todos modos, no funcionará y que, psicológicamente, mejor es que Franck no escuche mi voz antes de operar al paciente. Pero no es sólo eso. Hoy evalúo por fin cuánto sufrí por mí última noche en su casa, hace un año y medio. Por la mañana, en su ascensor, me di cuenta de que había olvidado mis pendientes en el cuarto de baño; subí y llamé de nuevo. Mi toalla daba ya vueltas en la lavadora. Eso me dio ganas de llorar, habría preferido, incluso, que la hubiese sustituido por una nueva, en previsión de otra mujer. En cambio, sencillamente, su primer gesto después de mi partida había sido tirarme a la ropa sucia.

Kevin Williams pasea por la acera del hotel, entre los grises humos del motor encendido. Sin especial reacción ante mi atavío de vampiresa arácnida, me invita a subir rápidamente al minibús donde los demás aguantan el plantón en un ambiente de crisis. Recorro el pasillo con una sonrisa relajada. La historiadora tamborilea en el cierre de su bolso con la punta de su uña cuadrada, el químico hojea ostensiblemente un cuaderno de notas y el astrofísico dibuja monstruos en el vaho de su cristal.

Abandonamos el centro de la ciudad cuando el sol se pone, con la garganta abrasada por los atascos vespertinos, en el gélido ambiente de la climatización. Sentado mi lado, Kevin se tambalea en los baches, acaba apoyado su cabeza en la mía. Se me ocurre una curiosa idea. Soy sin duda la única, en este minibús, que piensa que no hay nada después de la vida. Suponiendo que acabemos aplastados bajo un camión y que mi pensamiento consciente sobreviva, sólo tendré dos reacciones posibles: reconocer mi error o negarme a admitir que estoy muerta. Si nuestra percepción de las cosas crea la realidad, como afirma la física cuántica, entonces no hay más allá para quienes no lo desean, y la cuestión está cerrada. A menos que los demás difuntos tengan el poder de componernos una estructura de acogida, un jardín de aclimatación... Me pregunto cómo me recibiría Juan Diego. Y María Lucía, si pasan la muerte juntos, ¿cómo toma ese acoso terrenal de los idólatras que quieren santificar a su marido, ella cuya existencia ha olvidado todo el mundo? Me despierta un trueno. Es de noche ya, el padre Abrigón ha tomado el micrófono para turistas que cuelga del salpicadero y se aclara la garganta por el altavoz fijado encima de su cabeza. Mis colegas, huraños, se desperezan.

—Estamos llegando. Por razones de protocolo y de cortesía que les será fácil comprender, vamos a cenar dos veces. Probablemente sea el mismo restaurador, de modo que les recomiendo que eviten los mariscos y el zumo de naranja. El tequila sigue siendo lo más seguro...

—... para obtener unos peritos unánimes —completo al oído de Kevin.

Él rompe el contacto apoyándose en el brazo que da al pasillo, sin que yo sepa si

es por culpa de mis feromonas o de mi burla. Limpio el vaho de mi cristal. Tras una decena de topes, entramos en uno de los pueblos que hemos atravesado esta tarde, a la hora de la siesta. Ahora la calle central está invadida por una excitada muchedumbre que nos aclama o nos abuchea, es difícil saberlo, martilleando los flancos del minibús entre pancartas que recuerdan que Juan Diego nació aquí.

Damos vueltas en un aparcamiento defendido por militares en uniforme de combate y el chófer estaciona ante una especie de motel neozteca, iluminado por antorchas, Bajamos a una alfombra roja rodeada por una orquesta de mariachis con grandes sombreros y encerados mostachos, que agitan bajo nuestras narices sus pompones y sus guitarras, con muecas de indecible sufrimiento.

Abriendo los brazos en una V de victoria, un oficial enguantado nos recibe en lo alto de la escalera. El padre Abrigón, con una bolsa de plástico en la mano, le da un abrazo, nos presenta y, luego, se dirige hacia los lavabos. Sale dos minutos más tarde, en sotana, con el polo enrollado en la bolsa, mientras el oficial termina de darnos la bienvenida, de perfil, sonriendo al fotógrafo de camuflaje que se encarga de immortalizar nuestros apretones de manos.

—Es un coronel de artillería —me dice el sacerdote en voz baja— que intentó pacificar a los indios rebeldes de Chiapas. Como era demasiado blando, lo trasladaron aquí.

El caído en desgracia se reúne con su estado mayor bajo un rutilante palio que se levanta al fondo de la sala, decorada con tótems. Tras habernos deseado, en posición de firmes ante el micrófono de pie, la bienvenida al pueblo natal de Juan Diego, gratifica a sus compatriotas con una especie de discurso electoral cuyo argumento dominante parece ser nuestra presencia. Al finalizar los aplausos, la historiadora se apodera de un micrófono inalámbrico para agradecerle, en nuestro nombre, su recibimiento, mientras nos tapamos los oídos a causa de los acoplamientos y el ruso se sirve cócteles en el buffet, ante la vacía mirada de los soldados que hacen guardia frente a las canastas de marisco.

Me acerco al sacerdote, le pregunto si están allí para protegernos o son pura decoración. Mueve gravemente la cabeza.

—El alcalde es un campesino valeroso que siempre ha rechazado la corrupción.

Paso revista a los oficiales alineados en el estrado.

—¿Dónde está?

—En la cárcel.

El sonido de un gong nos sobresalta. La gente se lanza enseguida, tomando al asalto los buffets. Nos encontramos solos, como pasmarotes, en medio de la sala.

—Vamos allá —nos dice nuestro guía al cabo de cinco minutos.

Le seguimos los pasos hacia la salida, cruzándonos con algunos retrasados que nos empujan con aire contrariado, corriendo hacía la masa de espaldas aglutinadas

alrededor de las bandejas.

—Monseñor Ruiz no desea molestar a nadie —articula con severidad el padre Abrigón.

El minibús vuelve a ponerse en marcha y, veinte topes más tarde, entra en un pueblo similar, entre una muchedumbre algo menos densa, como si fuéramos los figurantes de una escena que vuelve a rodarse con medios más reducidos. No hay ya soldados en la plaza, esta vez, ni alfombra roja ni tótems, sólo músicos que ponen menos mala cara y un alcalde gordo, floreciente, con la banda en la panza.

Mientras el electo expresa solemnemente su orgullo al recibirnos en el pueblo natal de Juan Diego, poso una mano en la muñeca de Kevin. Me mira, sorprendido. Señalo el taxi del que acaba de bajar un joven, unido por cable a su móvil, con cámara fotográfica al cuello y magnetófono en bandolera. Sin duda la «conferencia de prensa» de la que hablaba nuestro anfitrión.

—¿Hacemos novillos?

Kevin parece asustado, seducido, reprobador, asustado de nuevo.

—No sería correcto, ¿verdad?

—Vayamos a cenar al hotel: me enseñará usted sus ampliaciones de córnea.

Se pone como una amapola y agacha la nariz. Yo estoy ya hilvanando unas excusas para que olvide mi vergonzosa proposición pero, de pronto, él le hace una señal al taxi, me agarra del brazo y me mete en su interior. Cerrando la portezuela, da la dirección al chófer con la voz alterada de un evadido al que persiguen, Acurrucado en el asiento, con la esperanza de proteger su incógnito, le encuentro irresistible. Un aprendiz de fugado, corroído por los remordimientos, el primero de la clase que boicotea la entrega de premios. Al salir del pueblo, se incorpora y se muerde una uña:

—No lo había hecho en toda mi vida. ¿Y usted?

—Continuamente.

Parece decepcionado. Le tranquilizo enseguida para no romper el encanto:

—De hecho, no sé abandonar a la gente. Por eso, generalmente, no voy a parte alguna.

Inclina la cabeza con gravedad, identificándose. Luego hace una profunda inspiración y se vuelve hacia mí, mirándome como si me descubriera.

—No querría que hubiera algún malentendido entre ambos, Nathalie —me dice con voz cálida.

Yo le aconsejaría que me manoseara un poco, para disipar la ambigüedad, pero prosigue:

—No le muestro mis trabajos, en modo alguno, para influenciarla.

Trago saliva, le tranquilizo con una mueca.

—Lo que he descubierto en los ojos de la Virgen acabará con sus certidumbres, pero respeto el papel que debe usted desempeñar. El abogado del diablo es una

institución muy importante, a mi entender, para evitar abusos y supercherías.

Con un rencoroso pensamiento hacia el tanga que se mete entre mis nalgas, le pregunto secamente qué ha descubierto además de los trece reflejos que obedecen las leyes de Purkinje-Samson, Vogt, Hees y Tscherning. Aprieta los labios, escaldado por mi conocimiento del tema. Señala al chófer como si fuera un oído enemigo, cruza los labios y se apoya en la portezuela, poniendo mala cara.

—Espéreme en el bar —dice cuando el coche se detiene ante el hotel—. Iré enseguida.

Y le veo subir por las escaleras mientras pago el taxi.

¿No vas a dejarte impresionar, Nathalie? Relájate, cenad juntos, pasa con él la noche; te sentará bien si él sabe hacerlo o, de lo contrario, saldrás de ello más enamorada del hombre de tu vida, pero no habléis de mí. No escuches sus argumentos, su exaltación, su modo de extrapolar poniendo su técnica al servicio de su fe. No siento a ese muchacho. No me gusta el modo como cree en la tilma. Tiene esa temible fuerza de los espíritus débiles que acaban conmoviendo a los más escépticos por su sinceridad. Claro que es conmovedor. Y competente. Y está bien hecho. Y es desgraciado. Pero no permitas que su voz ahogue la mía. Te lo ruego...

He conocido, ¿sabes?, falsas esperanzas y auténticas oportunidades, decepciones repetidas, regresos a la realidad... Han estado tan cerca de olvidarme, a veces, de negar mi existencia, de ensuciarme, de destruirme... de soltarme. Pero la imagen era siempre más fuerte. La Virgen, de la que no tengo ya noticias, triunfaba siempre sobre mis detractores.

Estuvo primero, siete años antes de mi muerte, aquel Alonso de Montufar que había sustituido en el obispado al franciscano Zumárraga y que, como dominico, no le importaba ver cómo manchaban la obra de su predecesor. Los teólogos de su entorno afirmaban que la devoción hacía esa Virgen milagrosa, en una colina consagrada antaño a una diosa pagana, podía reducir a la nada treinta años de esfuerzos para apartar a los indios de sus ídolos. Pero el culto rendido a mi Virgen era ya tan fuerte que los dominicos tuvieron que tragarse la hiel y acabar, de buen grado o por fuerza, la nueva basílica de Guadalupe, que sustituía a la primera capilla, demasiado pequeña para mis adoradores.

Y tuve que esperar al Siglo de las Luces para que el rechazo recuperara sus derechos, en la persona del historiador Bautista Muñoz, un ambicioso que soñaba con entrar en la Real Academia de Madrid. Estando ésta, por aquel entonces, en manos de los racionalistas de la corriente ilustrada, redactó para complacerles una tesis negando un prodigio del que casi no sabía nada en un país al que no acudió, con el fin de preservar su imparcialidad.

La atracción y el ascendente que ejerció sobre mí, de 1792 a 1794, mientras trabajaba para disolverme, fueron mis primeras vacaciones póstumas. La sinceridad de sus mentiras, la solidaridad de su prejuicio y la profundidad de su ignorancia

prometían una resonancia que me llenaba de esperanza. Su argumento descansaba, por entero, sobre dos postulados cretinos pero eficaces: no podía confiarse en los testimonios de los indios, dispuestos a tragarse cualquier paparruchada siempre que les conforte en lo maravilloso, ni apoyarse en las declaraciones de los religiosos españoles, porque eran viejos y a partir de cierta edad, es bien sabido, la memoria se enturbia. Por mi parte, yo era un personaje de ficción, la criatura alegórica y vaporosa de un poeta indígena que, reía sarcástico Muñoz, había intentado hacerse pasar por historiador. Él fue admitido, con buena nota, en la Academia de la Historia, lo que acreditó retrospectivamente su tesis ante todo Madrid, pero no tuvo por desgracia influencia negativa alguna en el público de mi basílica.

Podía pensarse que le saldrían émulos; sólo hubo uno, y doscientos años más tarde: un investigador llamado Lafaye que se interesó tan poco por mí que nada supe de su vida, ni de sus pasiones, ni de sus razones, y que no consiguió librarme ni un solo instante del fervor abusivo de mis idólatras. La tesis que defendió en una universidad francesa se titulaba *Quetzalcoatl y Guadalupe: la formación de la conciencia nacional en México*. Mi historia era para él un simple mito construido por el clero para conciliar los distintos elementos étnicos, lo que sería un buen comienzo, pero yo no era ni siquiera discutido como testigo: se empeñaba en demostrar el mecanismo de la creencia más que en poner en duda la realidad de los hechos, y la imagen de la Virgen de Guadalupe le inspiró como único comentario: «Un metro cincuenta de altura».

Incluso en mi estado, ya ves, se dirigen a menudo las esperanzas en la mala dirección: aunque me decepcionaron mucho los hombres de letras, estuve a punto de deber mi salvación a una mujer de la limpieza, Hacía apenas veinticinco años que habían protegido con una placa de cristal mi túnica indestructible, y la persona encargada de limpiar el marco de plata dejó caer ácido sobre el tejido, por encima de la mirada en la que habito. Lógicamente, el producto debería haber reventado la tilma: sólo aparecieron unas manchas amarillentas y, podrás comprobarlo, actualmente están a punto de reabsorberse, como desaparecieron todos los añadidos de pintura del siglo XVI, aquellas florituras rituales y aquellos símbolos destinados a adecuar la imagen al arte religioso en vigor.

Pero mi auténtica posibilidad de liberación fue obra de un terrorista, el 14 de noviembre de 1921. Un muchacho jovial, impulsado por un ardor fanático, que dejó a los pies del altar una bomba oculta en un ramo en el que se leía «Gracias, Juan Diego». Yo era el que le daba las gracias, créeme, y de todo corazón. El mármol voló hecho pedazos, el crucifijo de bronce se retorció por la violencia de la explosión, los vitrales de la basílica y todos los cristales de las ventanas de los aledaños desaparecieron, pero ni la túnica ni la imagen sufrieron el menor daño. Era para llorar.

Luego llegó de nuevo el buen tiempo, cuando nombraron rector de la basílica a monseñor Schulemburg, que no creía en los milagros y quería descolgar la imagen, pero era ya demasiado tarde: la ciencia había tomado el relevo de la Iglesia. La ciencia en la que yo había creído tanto, esa ciencia que había triunfado sobre los cultos y lo oculto en todas partes del mundo. Y he aquí que, abrumadora paradoja, ahora comenzaba, con sus sucesivos descubrimientos, a probar el origen desconocido de la imagen.

Esperaba, una vez tras otra, que un experto se levantara y dijera: no, tengo una explicación racional. Pero nunca fue así. O, en cualquier caso, para negar lo sobrenatural, esbozaban hipótesis tan irreales que incluso los más cartesianos consideraban razonable la superstición. Tú lo has experimentado, hace un rato, con el pobre Ponzo, cuyo escepticismo es loable como fantasiosas, lamentablemente, sus teorías. No basta con atacar las reliquias para eliminar lo divino. Si pudiera reducirse a la nada mi recuerdo licuando la tilma con clara de huevo, sería maravilloso. Pero de los verdaderos científicos, me refiero a los espíritus libres, los intuitivos, los metódicos tanteadores... no puedo defenderme: inventan sin cesar aparatos que sacan a la luz nuevos enigmas, reforzando cada vez la evidencia del milagro que, sin embargo, no lo necesita en absoluto. Realmente, acabaré creyendo que se están encarnizando conmigo.

Así están las cosas. Hoy, Nathalie, mi última esperanza eres tú. Si el papa me proclama santo, mi destino quedará sellado para siempre tras ese cristal, y el mundo entero se dará de empujones para implorarme. Ya Juan Pablo II ha exigido que se coloque una reproducción de la tilma en la basílica de San Pedro, a la izquierda de la tumba del apóstol, el lugar más sagrado de la cristiandad romana. Y me ha hecho representar en una placa de bronce, mostrando mi túnica al obispo; de momento, los antiaparicionistas, muy influyentes en el Vaticano, han logrado que no haya inscripción alguna diciendo quién soy, y nadie se fija en mi capilla, pero sólo es un aplazamiento.

No escuches a los demás peritos. No te dejes conmover por Kevin Williams. Resiste. Deja que hablen tus prejuicios, tus rechazos, tus bloqueos. Busca la anomalía, el error. Hay uno. Penetrando en tus pensamientos, impregnándome de las informaciones almacenadas por tu memoria, he visto este aparato que permite ahora reconstruir el relieve de la escena en la que estoy cautivo, encontrar la respectiva posición de los personajes comparando los datos captados por cada ojo de la Virgen. Y advertirás que un elemento no concuerda. La familia, Nathalie. La familia india. Es demasiado pequeña. Dado el lugar que ocupa en el decorado, debiera ser mayor que el obispo. Además, la veis en el lugar donde debieran estar las rosas que yo dejo caer al suelo. No sé lo que ocurrió, ni si esta falta de perspectiva la quiso Nuestra Señora, si tiene un sentido que, algún día, descubriréis, pero de momento no es sino una

anomalía. Ponía de relieve, Nathalie. Apóyate en ella, Impútala a un error humano o pon en cuestión la infalibilidad divina, ignoro lo que será mejor... Siembra las dudas. Miente, si es necesario. Declara que esta ínfima negligencia es la prueba de que un genial falsificador pintó, con pigmentos desconocidos, una obra indeleble destinada a hacer creer que la Santa Virgen clava sus ojos en cada uno de sus hijos. Pero, te lo suplico, de un modo u otro, provoca una polémica: es la única solución posible para mí. El Vaticano es demasiado calculador, demasiado desconfiado para arriesgarse a una canonización con un expediente científico en el que la menor reserva puede hacerse contagiosa y conducir a los demás peritos a retractarse, a diferir su veredicto hasta una mejor información. Gáname tiempo, Nathalie. Es todo lo que te pido. El papa no es eterno y su sucesor no volverá a abrir mi caso si huele a azufre, satisfecho con alegar prudencia para reiniciar un proceso de canonización con un postulante fresco, reciente: *su propio bienaventurado*.

Si ganas esta carrera contrarreloj, Nathalie, estoy salvado. Basta con que dejen de creer en la divinidad de la imagen que me secuestra para que ésta se disuelva. Al menos es la única esperanza, la única ilusión que me queda.

Destruyeme, Nathalie, que acabe de morir en paz, que conozca el otro mundo, que encuentre allí a mi mujer, que pueda abandonar mi vestido y mis ataduras terrestres, como cada cual. Es mi derecho, es mi deber, es mi condición de ser humano; fui elegido al azar y perduto por error o por omisión, artificialmente prolongado con desprecio de la ley común. No quiero estar solo, Nathalie. No quiero sufrir la excepción.

Ayúdame...

La terraza del bar es un largo balcón estrecho donde se alinea una decena de mesitas, bajo las chimeneas de descoyuntados ladrillos y los salientes del techo, que se desmenuzan. Encajada contra la barandilla que unas cadenas sujetan en la pared, domino la plaza de la Constitución, desde el antiguo palacio del gobernador a la catedral asegurada con vigas. Una bandera mexicana se hincha y ondea sobre la explanada, por encima de una piscina de gravilla blanca donde unas gallinas de estuco, monumentales, representan las fichas de un juego de ajedrez, islote de arte moderno en el centro de ese gótico que está derrumbándose. La circulación es curiosamente fluida, el aire casi agradable de respirar, el silencio insólito.

Kevin Williams cruza el umbral de la puerta cristalera, con su esmoquin demasiado pequeño y una carpeta de acordeón en las manos. Me busca con la mirada, inclina la cabeza para pasar bajo las cadenas, se sienta ante mí.

—¿Ha pedido usted algo?

—Se lo dejo a usted.

—Tequila —ordena a una camarera que se inclina, inmóvil, en medio del balcón.

Quita luego las gomas que cierran su clasificador, con provocadora lentitud, sin apartar de mí los ojos, como si iniciara un *strip-tease*.

—¿Dispuesta para la impresión?

Asiento con un parpadeo. Sujeta la tapa de cartón con el cenicero y me tiende, con solemne movimiento, una fotografía en la que dos chiquillos, haciendo muecas, abrazan a una rubia marchita contra un fondo único.

—Wendy y los chicos —dice ante mi aire perplejo.

Y cubre la foto con una ampliación cuadriculada.

—El ojo izquierdo de Wendy, aumentado mil veces. Puede verme en él, por tres veces, tomando la foto. Pero no estoy diciéndole nada nuevo. Ahora he aquí el mismo plano, con un tratamiento numérico análogo, pero aplicado a la mirada de la Santa Virgen.

Dirijo las ampliaciones hacia el farol que oscila sobre la puerta cristalera. Aunque haya descubierto fácilmente los reflejos en Wendy, allí me cuesta ver algo más que unas sombras o unas manchas.

—Es normal —me tranquiliza en un tono comprensivo—: Hay demasiada gente.

Demos un salto de tres años y he aquí el resultado de mis investigaciones.

Al mismo tiempo llega la bandeja. Kevin, contrariado, dobla su brazo ocultando la foto, mientras la camarera deja en la mesita el tequila y sus accesorios: zumo de tomate, salero, limones y unas tapas. Luego me alarga con orgullo una especie de garabato infantil, recortando trece siluetas en el ojo en blanco y negro. Con breves chasquidos de lengua, saborea mi silencio, deja que me consuma unos segundos, luego me muestra una tras otra las fotos que aíslan cada personaje con su ficha descriptiva. El hidalgo barbudo, Juan Diego, el obispo Zumárraga, su sierva negra, un indio sentado con una calabaza, Juan González el traductor y una familia al completo, del anciano al bebé. Toma de nuevo la segunda ficha, señalo la línea de contorno blanco que delimita el reflejo con gorro puntiagudo y largo babero bautizado «Juan Diego».

—¿Dónde lo encontró usted?

—En la córnea izquierda. Está enseñando su tilma al obispo.

—¿La tilma en la que acaban de estamparse los ojos de la Virgen donde se refleja esta escena?

—Eso es —dice sin olerse la trampa.

—¿Y cómo es posible que se le vea en los ojos del vestido que está mostrando?

Kevin aspira sus labios, luego agacha la cabeza. Me reprocho haber echado por los suelos, con tanta brutalidad, tres años de investigaciones, pero él responde con una voz suave, como si tuviera que tener cuidado conmigo:

—Ahora, se lo advierto, abandonamos el terreno de la ciencia. Lo que voy a decirle es una suposición sin la menor prueba, una intuición dictada sólo por la lógica.

—Le escucho —digo en tono vibrante, para darle confianza.

—Ella estaba allí. La Santa Virgen. Cuando su imagen se materializó en el tejido, ella estaba contemplando la escena, invisible, a sesenta centímetros del suelo y treinta grados a la diestra del obispo. Es, según mis cálculos sobre la posición respectiva de los personajes en ambos ojos, el punto de vista más probable.

—¿El punto de vista de una Virgen invisible que visualizó en los ojos del tejido todo lo que veía su mirada invisible?

Hace una pausa, turbado por mi formulación, acaba respondiendo que sí. Dirijo los ojos a la plaza por la que ya no circula coche alguno. Es extraña esa impresión de toque de queda, ese silencio artificial, puntuado por sonidos que no debíamos oír: el chasquido de unos tacones altos en el adoquinado, el gemido de un perro, el timbre de un teléfono en un apartamento, un aletear en el campanario de la catedral, el correr del agua en el piso de abajo. Nunca hubiera pensado que podría encontrar, en una de las metrópolis más ruidosas del mundo, esa atmósfera de velada romántica sobre una fuente de pueblo.

—He aquí en lo que me baso.

Vuelvo al presente en las gafas redondas del investigador de la Nasa. Aproxima la silla a la mesa y, a guisa de supremo argumento, me hace advertir en la siguiente ampliación que la tilma que se refleja en el ojo izquierdo no muestra aún la imagen de la Virgen. Y luego suelta alegremente:

—Bueno... ¿Qué opina usted?

Con la mejor voluntad del mundo, no se me ocurre contestar más que:

—Es usted católico.

En un doble impulso de fervor, se rebela y reivindica:

—¡Protestante! ¡Y la fe nunca ha influido en el rigor de mis trabajos!

—Salvo que llega usted, como conclusión, a la hipótesis de Dios.

—No es una hipótesis y no llego a conclusión alguna. Me limito a poner de relieve un fenómeno científicamente inexplicable: ¡que cada cual saque las conclusiones!

Tomo las distintas fotografías, las comparo, las miro de lejos y luego las acerco. Él se relaja y el orgullo sustituye en su voz al acento agresivo del inocente que, a su pesar, se ha sentido culpable de ser falsamente acusado.

—Estoy acostumbrado a los juicios de intenciones, ¿sabe usted? Todo el mundo se burló de mí, al principio, en la Nasa. Ahora ya se ríen menos. En el programa Pathfinder, en mi equipo, he tenido ya tres peregrinaciones. Bueno, bebamos para que se recupere.

Retiene mi mano que se dirige al zumo de tomate.

—¡No, sobre todo no en ese orden! Haga como yo.

Su mirada brilla, su sonrisa se desborda, la excitación de sus descubrimientos le quita diez años de encima. Creo que es del todo sincero y que tengo algo mejor que hacer que intentar socavar sus certidumbres.

—Primero un trago de tequila, luego se pone usted una pizca de sal en el limón verde y lo exprime sobre su boca, así, luego bebe de un trago el zumo de tomate, come dos tapas y vuelve a empezar.

El minucioso ritual me pone un nudo en la garganta. Pienso en los sandwiches de Franck, en la letanía pan-mantequilla-jamón-gruyère-pimienta. En nuestras apasionadas discusiones sobre los experimentos con córnea artificial, que terminaban bajo las sábanas. Entre la nostalgia del pasado, el deseo de novedad y los esquemas que se repiten, no sé ya dónde situar a ese tipo alto y febril que contempla cómo bebo «por orden» con agradecimiento y ansiedad.

—¿No le gusta?

Le tranquilizo con una sonrisa. Es innoble, sobre todo hacia el final, con esa especie de pedazos de pizza de habichuelas rojas. Repito todo el proceso, con la esperanza de que el tequila borre el sabor de las tapas. La segunda vez es menos

malo, la tercera casi bueno y a partir de la cuarta no consigues parar. El limón salado exalta el alcohol al tiempo que neutraliza el picante del zumo de tomate. Eso debe de cauterizar las papilas: cuanto más se bebe menos fuerte resulta, cuanto más te embriagas menos borracho te crees. Le comunico mis impresiones. Lo confirma, añade que eso explica el número de asesinatos al salir de los bares. Pide otra ronda, se arremanga el esmoquin y planta, con aire glotón, los codos en la mesilla.

—Espero sus objeciones, Nathalie. Vamos.

Para no atacarle de frente enseguida, le pregunto cómo llegó, técnicamente, de los reflejos oculares a esta galería de retratos-robot.

—Con el mismo tratamiento que para las fotos de Marte —responde simplemente.

—Pero ¿cómo?

—Primero numeré las imágenes utilizando distintos tamaños de cuadrícula, de veinticinco a seis micrones, para obtener hasta veintiocho cuadriláteros por milímetro cuadrado.

Acompaño con una cortés mueca unas cifras que no me dicen nada.

—Luego empleé un escáner de una precisión de mil doscientos píxels por pulgada, y realicé ampliaciones que tenían dos mil veces el tamaño original. Sin ninguna deformación, muy al contrario, porque cada imagen es luego mejorada digitalmente. A partir de ahí trabajé con tres tipos de filtros: los suavizantes para reducir las formas regulares de las subimágenes, los combinados para contrastar ciertas partes y los intensificantes para facilitar la interpretación visual. Le he mostrado ya los personajes contenidos en cada uno de los ojos: puede advertir que están en situación correspondiente, que ocupan las mismas posiciones relativas y, sobre todo, que el conjunto coincide con esto.

Haciendo un gesto de mago, blande ante mis narices una tarjeta postal.

—Es un cuadro del gran pintor mexicano Miguel Cabrera, pintado en 1760, que representa, fiel a los relatos de los testimonios, el episodio llamado Milagro de las rosas. Verá usted que están todos los protagonistas y que su lugar, su tamaño, sus rasgos y sus vestidos se adecuan a las escenas que reconstruí en las córneas de la Virgen.

—Pero ¿de qué modo la reconstruyó, Kevin?

—Por Morphing.

—Tengo pues ante los ojos unas imágenes potenciales elaboradas por un programa informático.

Asiente.

—Es decir, una creación de formas debida a un programa que opera por analogía. Analiza manchas y las interpreta. Si le facilita usted la foto de una nube, verá una casa, un perro o el mapa de África.

—El azar no debe aquí tenerse en cuenta —replica sin enojarse, aureolado por una serena certidumbre—. Trabajé con los programas más serios del mercado: APL, Micrografx, Photomorph...

Mi pie encuentra el suyo, bajo la mesa. Como no lo retira, prolongo el contacto, sin encontrar el menor eco en su voz que prosigue, imperturbable:

—... Y, en último lugar, empleé la codificación matemática que utilizo en la Nasa para tratar las fotos del espacio. A partir de las cifras representativas de la imagen, efectué operaciones aritméticas que actúan como un filtro óptico, para subrayar los cuerpos realmente presentes en la imagen, detectando sus formas. ¿Qué le hace sonreír?

—El adverbio «realmente».

—No comprendo qué le sorprende. ¿Que haya descubierto trece personas en una córnea de ocho milímetros de diámetro?

Una inesperada excrecencia contra el pulgar de mí pie me da a entender que me estoy timando con la pata de la mesa. Retiro la pierna.

—No es una cuestión de tamaño, Kevin, sino de punto de vista. Creo que todo lo que usted encontró se debe a que lo *buscó*. Sus programas tenían la misión de detectar los testigos de la escena en casa del obispo. Partió usted de un cuadro del siglo XVIII e hizo caber en los ojos de la Virgen todo lo que el pintor había representado.

—Pero ¿qué está diciendo? ¡No introduje en mis programas directriz alguna!

—No, pero rechazó todas las interpretaciones que no se adecuaban a su *visión* de la escena. Júreme cara a cara que ningún programa le propuso nunca un reflejo de Batman, un camión cisterna o la sierva negra mamándosela al obispo.

Se encoge de hombros y cierra su clasificador.

—Es imposible discutir con usted.

Pongo una mano en su muñeca, dulcemente.

—Perdóneme, Kevin. Estoy provocándole, eso es todo. Puesto que no puedo excitarle.

Retira su mano, aplasta en su nuca un imaginario mosquito, vuelve a poner los dedos en mi palma.

—No lo crea, Nathalie. Moralmente me plantea usted un verdadero problema.

—¿Por qué?

—Si se empeña en llamar a las cosas por su nombre...

Sus puntos suspensivos y su mirada clavada en el campanario pueden significar tanto un estado de erección como su cruel ausencia. En la duda, respondo gracias.

—De nada. No es sexual. Quiero decir: no tengo nada contra usted, pero... no me atrae en el plano físico.

—Dispénsame. Buenas noches.

Retiene mis dedos, los separa y los dobla uno tras otro.

—Estamos tomándonos mal, Nathalie.

—Tómeme mal.

Mi suave sonrisa le arranca una mueca contrariada.

—No, hablo en serio... Lo que me conmueve terriblemente de usted es el hecho de que comparta mis trabajos, de que pueda por fin expresar en un contexto privado lo que me obsesiona desde hace tres años. Abordar el tema con Wendy es inútil. No soporta mi pasión, el tiempo que consagro a la imagen...

—¿Está celosa de la Virgen?

Una sonrisa de chiquillo le fuerza, de pronto, a meter la barbilla en su pajarita.

—Claro que tiene motivos. He colgado en nuestra alcoba dos carteles de un metro por tres. El ojo izquierdo ante la cama, el derecho entre las ventanas.

—Debe de ser muy agradable, cuando hacen el amor.

—No hemos vuelto a hacer el amor desde que nacieron los gemelos.

Archivo la noticia con una cortés discreción, mientras él recoge sus pruebas y las coloca, una a una, en el clasificador. Por una esquina de la plaza aparece un grupo de jóvenes que caminan en línea, ante una camioneta con altavoz, envuelta en una lona del FRENTE POPULAR INDEPENDIENTE. Decenas de portadores de pancartas siguen al paso, blandiendo la efigie de un carnicero de mueca tranquilizadora, entre el rumor del megáfono en el que reconozco algunas palabras clave: *libertad, revolución, compañeros...*

—¿Qué edad tienen?

—Tres años y medio. La incomunicación es total entre Wendy y yo, pero mantenemos la farsa. Todo Seattle nos envidia.

Repitiendo los eslóganes, otros manifestantes llegan, codo con codo, por las seis avenidas que desembocan en la plaza. El cortejo aumenta y rodea la explanada con un sinuoso cordón. Visto desde arriba, es muy hermoso. Mientras la camarera nos enciende una vela, le pregunto a Kevin cómo fue reclutado por el Vaticano.

—Del mismo modo que usted, supongo —responde con aire preocupado—. Y volviendo a Wendy...

Espero la continuación, con la mirada dispuesta y la sonrisa en espera. Contemplo con aire de hastío la manifestación de la que brotan, ahora, sonos de trompeta.

—¿Sí? —digo para alentarle.

—No, nada.

Observo las cadenas negras que sujetan, cada tres metros, lo alto del muro a la barandilla. Cada vez que las muchachas traen un pedido, caminan con la cabeza inclinada hacia un lado para evitar que los eslabones estropeen su peinado.

—¿Las cadenas están para estabilizarnos en caso de sismo? —propongo para poner algo de pimienta en el deseo que se entibia ante el clamor popular.

—Sobre todo para evitar que el balcón caiga sobre los que pasen.

Me aparto del borde fingiendo espanto, busco la risa en su mirada. Sólo veo resignación, seriedad, sufrimiento.

—Me habría gustado tanto seguir conectando con Wendy —suspira—. Compartir los mismos intereses...

Apuro mi copa, lamo los últimos restos de sal.

—¿Sabe usted, Kevin?, viví cinco años con un hombre que estaba obsesionado, como yo, por la córnea artificial. Tener una pasión común no evita los problemas en la pareja.

—Es muy amable.

—¿Por qué?

—Por impedir que me haga ilusiones.

Su aire de castigado, su timbre sin tono me oprimen el corazón.

—*¡Libertad sí, mundialización no!* —se desgañita un altavoz.

—Bueno, mejor es que vaya a acostarme —dice agitando la mano.

No respondo. Le entregan la cuenta, la firma. Se levanta, mira el cortejo que gira en torno a la plaza, con creciente ruido. Me acodo a su lado, en la barandilla. Dice:

—Tampoco sería justo cargarlo todo en las espaldas de la Virgen.

—¿Cómo?

Aclara su frase levantando tres tonos la voz, para cubrir los eslóganes.

—Quiero decir que Wendy está deprimida por mi causa. Primero mi ascenso en la Nasa: sé muy bien que se sintió relegada. Ella es profesora de lingüística, esperaba ser titular en Columbia, y hubo ciertos obstáculos... Al mismo tiempo, mis trabajos sobre Pathfinder eran la comidilla de los medios de comunicación. Tuvimos incluso las cámaras de la tele en casa... La vida privada de un investigador. La comedia de la felicidad modélica, el desayuno en el jardín, el béisbol con los niños, la madre que prepara una tarta mientras el padre corta el césped; las sencillas alegrías de una familia floreciente... Wendy se prestó a la mascarada con tanta... tanta facilidad... Quiero decir: eso fue tal vez lo que más me dolió. Comencé a pensar: si hace comedia con tanta naturalidad, tal vez esté representando continuamente. Perdóne que siga hablándole de ella...

—¿Y los peces?

—¿Los peces?

—Hablabas de un acuario, por teléfono, hace un rato...

—No, es por Zelda. Una tortuga que los niños trajeron de nuestras vacaciones en Disneyworld y que, precisamente, devoró a los peces. Los cíclidos de Wendy, una especie muy rara, peces de colección... Pero me negué a actuar, a tirar a Zelda al váter. Me puse del lado de los gemelos. Fue dramático, con Wendy. Sé muy bien que no debería haber puesto la tortuga en el acuario, sé muy bien que tiene razón; es un

síntoma, una dimisión, una negativa a asumir la autoridad paterna... ¿No le parece a usted?

Me parece, sobre todo, que es genial vivir sola, sin cónyuge, sin chiquillos, sin relaciones de fuerza ni tragedias cotidianas por una pecera. Enternecida por su angustia, le digo que tal vez no estemos obligados a seguir gritando en el balcón y que, si me ofrece tomar una copa en su habitación, prometo no violarle.

Una detonación petrifica a la muchedumbre. Los eslóganes cesan.

—No se burle de mí —murmura—. Me gustaría mucho desearla.

Los manifestantes se miran, se vuelven, se apartan buscando la procedencia del disparo, el lugar del impacto. Una salva de petardos estalla en la esquina de la catedral. Kevin se vuelve de pronto, recoge su clasificador de acordeón, entra en el bar. Le sigo. Pasa ante las rejas del ascensor de honor, toma por un inmenso pasillo de macilentas luces. En un extremo, ante el ventilador de la lavandería, mete su llave en la cerradura, abre la puerta, me indica que entre. Su habitación es mucho mayor que la mía, con un baldaquino, dos tronos con incrustaciones de cristal y una mesa de piedra con las patas esculpidas, donde una serpiente emplumada estrangula a un asno que debió de perder una oreja mientras pasaban el aspirador.

—¿Puedo hacerle una confidencia muy íntima?

Asiento con voracidad. Mi entusiasmo le enfría un poco, pero cierra la puerta, deja el clasificador y hace acopio de valor, de pie ante mí.

—Fue durante las vacaciones en Disneyworld, precisamente. Habíamos ido con otra pareja. Un colega de la Nasa que tiene también dos hijos y cuya esposa se lleva bastante bien con Wendy: tiene un problema de obesidad. Ella se quedaba en la piscina del hotel mientras nosotros llevábamos a los niños al parque. Solíamos montar en las atracciones juntos, pero una vez... Eran demasiado pequeños y subí solo con Bob en las Space Mountains. Tuvimos mucho miedo, en la oscuridad; el descenso es vertiginoso y...

Las palabras se espacian, le falta la saliva. Tomo su mano, suavemente, para ayudarle. Levantando la frente, con la mirada fija, intenta valerosamente ir hasta el final de su recuerdo. Pero, de hecho, me describe sobre todo la atracción, un tipo de montaña rusa con refinamientos y efectos especiales. Es extraña una confesión que se parece tanto a un folleto turístico.

—No puedo decir que ocurriera algo concreto entre ambos —concluye—, pero fue recíproco. Lo sé. Aquella turbación, aquel... Aquel deseo de... Y, sobre todo, aquella represión... Luego, durante toda la estancia, nos comportamos como si fuéramos culpables ante todo el mundo. Y ahora, en la Nasa, no nos atrevemos a hablarnos. Todo el mundo debe de imaginar que tenemos una aventura juntos. Creo que Wendy ha recibido llamadas anónimas. Desde entonces, no es la misma... Hay algo distinto en su hostilidad. Un desprecio que antes no había.

Poso las manos en sus hombros, hago que se siente lentamente en su cama. Me mira con tanta angustia como confianza.

—¿La escandalizo?

—Soy yo la que va a escandalizarle, Kevin. Creo que debería llamar a Bob e ir a echar una canita al aire, juntos, un fin de semana en San Francisco.

Se encoge de hombros.

—¿Cree usted que es tan sencillo? El siente, exactamente, el mismo bloqueo moral que yo. Si éste es el único consejo que puede darme...

Suspiro devolviendo a la horizontal su pajarita.

—Tengo otro, Kevin. Pienso que el mejor modo de resolver su problema con Wendy es, en efecto, tener una experiencia homosexual. Pero sería, de todos modos, más sencillo si evitara enamorarse de otro hetero.

Aparta el rostro. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Si supiera el dilema que soporto... El reproche vivo —añade señalando el clasificador de acordeón.

—Deje tranquila a la Virgen... Ha hecho usted su trabajo, va a testificar en el proceso de Juan Diego, y eso es todo. Pase a otra cosa.

Se levanta, corre hacia el armario, saca un tubo para carteles y lo abre con un «blong» que suena a dibujos animados. Se acerca a la cama y extiende una ampliación coloreada de lo que él denomina el «grupo familiar»: un joven con sombrero mira a una mujer que lleva un bebé atado a la espalda, los abuelos que les contemplan y una niña que busca piojos en el pelo de su hermano.

—Nada tienen que hacer en la casa del obispo, ¿está usted de acuerdo? Fíjese en la posición que ocupan en el centro de la pupila. Con respecto al decorado, y a los demás personajes... No están a escala. No están en situación. No se han vuelto como los demás hacia Juan Diego que desenrolla la túnica. *Se miran*, sonriendo, aislados. ¿Comprende usted? No forman parte de la escena. No es un reflejo real impreso en la córnea de María, es un mensaje que ha querido entregarnos. Un mensaje que se refiere directamente a nuestra época, por lo mismo que las distintas razas cohabitan en sus ojos: los blancos, los indios, la sierva negra... La aparición multiplicó unos detalles que sólo la tecnología actual nos permite apreciar, pero también las alusiones a las que los peligros de hoy dan un sentido crucial.

—¿Adónde quiere llegar? La familia es un valor en peligro en nuestras sociedades, y entonces ¿la Virgen María hace sonar la alarma? Pero ¡deje ya de proyectar sus problemas personales en esos ojos, Kevin! También yo puedo hacer una interpretación que me corresponda. Lo que veo es una tribu replegada sobre sí misma, que se autovigila, sin advertir el gran acontecimiento que está sucediendo a dos pasos.

Sus dedos sueltan el cartel que vuelve a enrollarse solo. Me mira con una especie

de horror, da media vuelta y va al cuarto de baño. Silencio. Si vuelve desnudo, encenderé un cirio.

Cremallera. Ruido de agua. Tintineo no identificado. De nuevo cremallera. Desplazándome levemente hacia el espejo, le veo dejar su neceser de aseo en la repisa del lavabo. Se peina con los dedos, vuelve a la habitación.

—He tomado un somnífero —dice para marcar el final de la entrevista.

Acepto su elección con un gesto fatalista, me dirijo hacia la salida. Lamento un poco haberle herido en sus convicciones, pero me reprocho, sobre todo, haberle tirado los tejos por nada. Es la primera vez que me siento humillada por un deseo.

—No se vaya —murmura.

Me vuelvo por completo.

—¿Y qué hacemos? ¿Jugamos al scrabble a la espera de que actúe el somnífero?

—Hay algo más que no le he dicho.

—Escúcheme, Kevin, no tengo nada contra usted, pero también yo tengo un hombre en la cabeza, he estado a punto de engañarle y, ahora, deseo hablar con él, eso es todo. Buenas noches.

—Mándele un e-mail —responde dulcemente señalando el portátil en la mesa de piedra.

Le observo, desarmada. Dobla el cubrecama, se quita la chaqueta, desanuda la pajarita, sin apartar de mí su mirada implorante. Como si el hecho de verme comunicándome, ante él, con el hombre al que amo fuera a aliviar el peso de las confidencias que me ha hecho. Para que estemos en paz equilibrando de nuevo la turbación. Soy muy sensible a esta delicadeza. Tal vez no fuera juicioso decírselo, pero creo que son sus complejos, sus frustraciones y sus tabúes los que le han permitido seguir siendo un ser humano, casi intacto. Me acerco a él, deposito un beso en sus labios, me retiro cuando él me responde. El «mua» que emite en el vacío acaba de reconciliarme con ese muchachote infeliz.

—¿Y si nos prometiéramos algo, Kevin? Dejar de sacrificarnos por tonterías, tanto el uno como el otro. Hay un solo Dios en el que, a veces, siento la tentación de creer. Una especie de voz interior que se dirigiría a nosotros, en nuestra tumba, riñéndonos por todas las ocasiones de felicidad que no hemos aprovechado.

—¡Prometido! —farfulla levantando la mano con aspecto pastoso.

Sus párpados se cierran mientras se despoja del pantalón, se quita los mocasines con la punta del dedo gordo y se acuesta con calcetines grises, calzoncillo azul y en mangas de camisa. Tendré que preguntarle el nombre de su somnífero, mañana por la mañana.

Me siento ante su portátil, lo enciendo. Mientras espero el acceso a Internet, pienso de nuevo en el ligón anónimo que pirateó mi discusión con los colegas japoneses. *Pronto me conocerás, hermosa Nathalie, y me alegro de ello...* Esta

intrusión sin consecuencias sigue perturbándome más de lo razonable, asociada a la visita del cardenal Fabiani, y ahora la imagen de Kevin Williams se injerta en el malestar mientras le envío a Franck una frasecita tímida y vaga. Pero ¿qué más decirle? La mezcla de ternura, enfado y deseo en el vacío que he experimentado esta noche por una tercera persona me lo ha hecho más cercano, más lejano que nunca. ¿Qué porvenir, qué presente podemos tener aún, con mis impulsos contradictorios, mis resbalones y mis quebrantamientos de las resoluciones? Soy agotadora. Me gustaría tanto renunciar a él, o poder amarle en paz.

Suena el teléfono. Doy un salto ante el ancestral cascabel que conmueve el aparato de la mesilla de noche. Al tercer timbrado, viendo que Kevin Williams no se inmuta, con la respiración regular y la frente relajada, descuelgo.

—Dígame.

—Ejem... ¿Es la doctora Krentz? —verifica la voz del padre Abrión.

—La misma.

Tras un silencio, el sacerdote me pregunta si el profesor Williams está ahí. Se lo confirmo. Dice que siente mucho molestarnos pero que el avión del doctor Berlemont acaba de aterrizar: se nos reunirá directamente en la basílica para el peritaje, los demás están en el vestíbulo del hotel con su material y el minibús nos aguarda. Tomo nota y cuelgo mirando a Kevin, que sonríe mientras duerme. Le sacudo, dulcemente. Nada. Insisto. Agarra mi mano gimiendo en su sueño y la mete bajo las sábanas. Bueno. La carcajada que contengo debe de transmitirle unas vibraciones cuyo efecto comienza a hacerse sentir. Suelta de pronto mis dedos y despierta de un brinco.

—¿Qué ocurre?

—El peritaje va a realizarse enseguida —digo sacando la mano de las sábanas con la mayor elegancia posible.

—Mierda —masculla—, he tomado dos Morphenyl.

Corro a tomar una Coca-Cola del minibar, se la abro mientras se pone de nuevo el esmoquin.

—¿He dormido mucho?

—No. Sólo el tiempo de mandar mi e-mail.

Vacía la coca, me pide otra, saca del armario una maleta y un trípode articulado.

—Pero ¿por qué tienen siempre tanta prisa, en este país, cuando dejan de retrasarse? —maldice Kevin—. Es un momento solemne, una ocasión única y actúan como en un viaje organizado, un rally con sorpresa...

Se incorpora de pronto, me pregunta con voz cohibida si ha ocurrido algo entre ambos. Lo desmiento. Responde «Ah, bueno», con un porcentaje igual, creo yo, de decepción y de alivio.

En el centro del vestíbulo, los tres especialistas con ropa de trabajo, plantados

alrededor de sus respectivos equipos, se vuelven en un hermoso movimiento de unánime condena hacia mi vestido de noche y el esmoquin de Kevin. Al ir a tomar mi maleta, he estado a punto de cambiarme, pero finalmente he preferido que fuéramos a juego. Dudo en caminar tres pasos por delante de él y, luego, me digo que aún estoy presentable y que, psicológicamente, eso sólo puede sentarle bien: le tomo la mano con ostentosa alegría y les pregunto si han pasado una buena velada. La historiadora nos da la espalda mientras el ruso me guiña un ojo y el alemán suelta un suspiro. Kevin me lo agradece con una presión de sus dedos, ahoga un bostezo que acaba de homologar nuestra relación.

Sin manifestar la menor reacción, el padre Abrigón nos ayuda a colocar el material en el minibús.

—He aquí cómo vamos a hacerlo —expone por su micrófono, con las nalgas despegándose del salpicadero por la brutal arrancada—. Unos artificieros están retirando el cristal de protección, no teman, no hay peligro alguno: son, sencillamente, las manos más seguras de México. Por razones de seguridad, la imagen no abandonará su soporte. Subirán, sucesivamente, a la escalera de los artificieros y realizarán sus distintos exámenes en el orden siguiente: el señor Berlemont, la señora Galán Turillas, la señorita Krentz, el señor Traskine, el señor Williams y el señor Wolfburg. No vean en ello una cuestión de privilegio, es sencillamente el orden alfabético.

—No estoy de acuerdo —interviene el alemán—. No acepto, en absoluto, ir después de Williams, que trabaja con infrarrojos. Exponer los pigmentos a la radiación puede falsear mis análisis.

El sacerdote se vuelve hacia Kevin, que ha vuelto a dormirse apoyado en mí. Asiento de su parte. Abrigón corrige su hoja.

—Siento el mayor respeto por la doctora Krentz —declara pausadamente el ruso—, pero yo no me limito a las estrellas que hay en el manto: necesito toda la superficie de la imagen para proyectar mi mapa del cielo. Si se cuelga un panel de aumento ante los ojos...

—Sólo utilizo mi oftalmoscopio —digo para tranquilizarle—. Pero no me molesta ir después de usted.

—Gracias.

Abrigón añade una flecha en su lista, suspirando.

—No sé qué aparatos va a instalar el doctor Berlemont —se inmiscuye la historiadora—, pero ya nos ha retrasado bastante: yo sólo necesito comprobar unos detalles a simple vista: me parece lógico ser la primera.

—Salvo que no ha sufrido usted la diferencia horaria —objeta con acritud el alemán—. Piense en quienes no han dormido desde hace veinticuatro horas.

El ruso asiente y la mexicana responde señalando a mi compañero: los hay que no

han cruzado el Atlántico y a quienes eso no impide dormir; que cedan pues su turno.

—¡Ya es el último en pasar! —le hace observar el sacerdote, con una paciencia que va deshilachándose.

—Dicho eso —se apacigua ella con aire ofendido—, ya he formulado mis conclusiones sobre las fotos: el atavío de la Virgen se adecua al de las jóvenes judías del siglo I, los ornamentos son típicos de finales de la Edad Media española y los motivos tienen todos un origen alegórico, azteca. Si mi presencia les parece superflua, puedo esperar perfectamente en el minibús.

—No se lo tome a mal —suelta el alemán condescendiente—, pero admita, de todos modos, que un análisis de pigmentos y una proyección cosmográfica son más delicados de efectuar que una descripción del vestido.

—¡Descripción del vestido! —se atraganta ella—. Hice un descubrimiento fundamental sobre el doble significado azteca de cada símbolo cristiano. Sabemos que la imagen no está hecha de pintura y que en ella se reflejan las estrellas de la época.

—No, precisamente no sabemos nada en absoluto —se enoja a su vez el ruso—. Al proyectar el mapa de las constelaciones del 12 de diciembre de 1531 a las diez cuarenta, se obtiene la posición exacta de las estrellas que figuran en el manto azul pero yo les revelo también lo que ustedes no ven. La Corona boreal estaría sobre la cabeza de la Virgen, el signo de Virgo a la altura de sus manos unidas y el signo de Leo en su vientre.

—Esta terminología no tiene sentido alguno —interrumpe la historiadora—. Para los aztecas, el signo de Leo no se identifica con el león, sino con un círculo rodeado por cuatro pétalos, el Nahui Ollin: el centro del mundo, el centro del cielo, el centro del tiempo y del espacio.

—Eso viene a ser lo mismo —replica el ruso—. La estrella más importante de Leo se llama Regulus, «el reyezuelo», y se proyecta a la hora de la aparición en el vientre que contiene el embrión de Jesucristo.

—¿Y cómo habrían comprendido la alusión los aztecas? Lo importante es que la posición de las estrellas forma el signo simbólico del rey, convergiendo hacia la flor de cuatro pétalos que fija el centro del mundo en el vientre de la Virgen: ¡sólo por eso recibieron los indios el mensaje!

—¡Siempre que las estrellas sean originales! —decreta el alemán—. A mi entender son un añadido del siglo XVII, como los rayos dorados y la luna bajo los pies, una adecuación a la visión del Apocalipsis de San Juan, y se lo demostraré con un simple tritest oxidante-decolorante-disolvente, siempre que me permitan acceder a la imagen.

—¡Le prohíbo que toque mis estrellas!

—¿Han terminado ya? —grita bruscamente el sacerdote—. Bastante me ha

costado organizar este peritaje, no me compliquen más las cosas.

Kevin se incorpora en su asiento, sorprendido. Los demás apartan los ojos como los niños de una colonia de vacaciones cuando el monitor se enoja.

—Siento tener que recordarles que sus exámenes se llevarán a cabo en un lugar sagrado, donde el silencio y la humildad son tan necesarios como la competencia.

Y el padre Abrigón cierra el micrófono para acabar la discusión y se vuelve hacia el parabrisas.

En el gran tipi de hormigón vacío, una carga de angustia y soledad cae sobre nuestros hombros. En posición de firmes, alrededor de las inmóviles aceras mecánicas, los artificieros observan la imagen de la Virgen con contagioso recogimiento.

Uno tras otro, los expertos, vistiendo un mono estéril, suben por la escalera bajo la iluminación necesaria para sus trabajos. El padre Abrigón, nervioso, mira constantemente a su alrededor, como si temiera una protesta divina o el inesperado regreso de su rector.

La historiadora aplica calcos, comprueba la posición de los símbolos, toma medidas con un metro de costurera. Luego, el doctor Berlemont, un calvo reservado, agarra los barrotes, sube para mirar con la lupa el vientre de la Virgen y baja para confirmarnos que está preñada de tres meses. Le sigo con la mirada mientras se dirige a la salida.

—¿Sólo ha venido para eso? —susurro al oído del padre.

Abrigón mueve la cabeza, murmura que el investigador canónico debe examinar, mañana por la mañana, los dos casos de milagro alegados en favor de Juan Diego. Dudo en reunirme con mi colega, pero como el ruso se ha retrasado con la instalación de su retroproyector y el alemán no está todavía listo, absorto sobre su maleta de redomas y pipetas, el sacerdote me propone ocupar su puesto.

Saco el oftalmoscopio, subo por la escalera intentando dominar el vértigo, del que he preferido no hablar. Jadeando, efectúo mis regulaciones, invadida por un olor que desconozco, una mezcla de lodo y desván caliente, que poco a poco compone un perfume homogéneo. La cabeza no me da vueltas ya. No siento ya vértigo, la tentación de mirar hacia abajo. Una tranquilidad total se apodera de mí, aumentando mi precisión, mi atención mientras me sitúo junto al ojo izquierdo. Y efectúo el examen según el procedimiento normal, procurando olvidar que se trata de una pintura.

A la luz del oftalmoscopio, la pupila se ilumina. Reflejo en el círculo exterior, difusión, relieve en hueco... Aparto la cabeza, parpadeo, vuelvo hacia el objetivo, intentando dominar mi respiración, tranquilizar mi corazón. Lo que estoy observando es imposible en una superficie plana que, además, es opaca. Los ojos están vivos. No

sueño; el iris se contrae. Si proyecto la luz sobre el segmento trasero, lo veo brillar más, aunque menos que la pupila. Y eso no basta para explicar la impresión de profundidad. Ni los movimientos que se producen de un instante a otro.

Podría evocar todas las razones del mundo: la fatiga, la comida, el estado emocional, la impaciencia de los de abajo que esperan que termine... De todos modos, la sensación de contracción es demasiado subjetiva, demasiado dependiente de mi propia visión para tener derecho a sacar la menor conclusión. En cambio, el fenómeno que acabo de descubrir, al mover el oftalmoscopio un milímetro hacia el borde del párpado inferior, debiera hacerme caer de la escalera. Y sigo tranquila. Y pido que me tiendan mis lupas y mi biomicroscopio, y compruebo su presencia en el ojo derecho, y advierto que no es una irregularidad de la tela, ni una consecuencia de una hebra suelta, ni un efecto de empaste debido al pincel.

En cuatro lugares he advertido, y cada nueva observación me lo confirma, signos perfectamente claros de microcirculación arterial.

¡Socorro! No la escuches, no te fíes del fax que te ha mandado, se equivoca, Damiano, está bajo la influencia del ampliador de fotografías porque se enamoró de un hombre en una montaña rusa, entonces ve lo que él ve, no la creas, te lo suplico, olvídala, cámbiala, hay tiempo todavía para mandarme un nuevo perito que sólo escuche su razón y que sepa no ver nada, perdóname, Damiano, yo te orienté hacia ella, por su combate contra los milagros de Lourdes, yo dirigí tu atención al periódico que hablaba de ella o tal vez fue el azar y nuestros espíritus siguieron caminos paralelos sin concertarse, pero no tiene importancia ahora, lo que cuenta es que encuentres otra persona, pronto, en cuanto conozcas el fax que se imprime a tu espalda, en la consola de cristal, vamos, vuélvete, lee y reacciona, hombrecillo, yo te conjuro...

Escúchame... Cardenal Damiano Fabiani, vicedecano del Sacro Colegio, conservador del fondo reservado de la Biblioteca Vaticana y abogado del diablo, estoy hablándote a ti, yo, tu obsesión, tu lucha postrera, tu canto del cisne y tu venganza final. ¡Escúchame! No te duermas sobre tu plato de pasta en el corazón de tu antro de cemento emplomado, a seis metros bajo tierra, sé muy bien que no hay ya horas para ti cuando reinas en el centro de tu blindaje sobre la memoria de la humanidad, pero no es el momento de aflojar tus esfuerzos o mejor sí, duérmete, si tu espíritu no es ya capaz de reunirse conmigo cuando oras. Eres viejo, Damiano, ya no puedes más, estás demasiado solo y demasiado preñado de los secretos que llevas, los demás testigos murieron uno tras otro y tú vas a reunirte muy pronto con ellos, los dos lo sabemos, sabemos muy bien por qué el sucesor de Juan Pablo I te confió un puesto tan prestigioso como ignorado por el público, ese puesto que no figura en el anuario del Vaticano, ese puesto refrigerado que corroe tus pulmones a cada inspiración, ese puesto que hubiera debido resultarte fatal desde hace ya veinte años. Vas a morir, Damiano Fabiani, vas a poder morir porque estás a punto de lograr tu venganza, impedirás que el soberano pontífice me proclame santo y el juego de alianzas del próximo cónclave quedará por ello trastornado; los cardenales reaccionarios a quienes prometiste que la aureola nunca se posaría sobre la cabeza de un indio votarán así por tu candidato, habrás llevado a cabo sin que te hayan visto venir la voluntad de tu amigo Juan Pablo I, el nuevo Santo Padre será un verdadero

reformador, un pobre entre los pobres, y te cagarás en todos ellos desde lo alto de los Cielos, como tú dices, si llegas allí, yo estoy mal situado para asegurártelo, pero óyeme, Damiano, no te detengas tan cerca del final.

Eso es, te deslizas en el sueño y mi pensamiento se dilata en ti, siento que me percibes. Tienes que recusar urgentemente a la doctora Nathalie Krentz y encomendar la misión a otro oftalmólogo. ¿Por qué no al profesor Manneville, el dueño de su clínica? Mantienen unas relaciones muy tensas, por lo que he podido entender, y sin duda estará encantado de contradecir sus conclusiones, ¿no crees? Con un poco de suerte, será racista y compartirá la aversión que siente por mí más de un tercio de la curia romana. ¿Qué te parece, Damiano? ¿Estás de acuerdo?

Un sordo zumbido le hace dar un respingo. Alguien solicita audiencia. Se estremece, suelta una tos, aparta la Biblia de Gutenberg, en caracteres góticos, el libro más viejo del mundo, un facsímil cuyo original se halla encerrado para siempre en uno de los cofres de acero pulido empotrados en las paredes. Busca a tientas el mando de la pantalla, a su izquierda. La cabeza desmesuradamente ampliada del cardenal Solendate aparece vista desde arriba. Aprieta otro botón para ordenar a los guardias suizos que hagan esperar cinco minutos, en la superficie, al prefecto de la Congregación de Ritos.

No, no, Damiano, no pierdas tiempo con ese amargado taciturno que te influye, ese falso compañero de camino que te hace tropezar desde el seminario. Vuélvete, mira el fax que ha caído en el depósito, léelo, medita, recuerda el breve sueño que te ha aconsejado... No diluyas tu energía en querellas de capilla con esa figura de Cuaresma que, una vez tras otra, despierta tu úlcera.

Ya está, has visto el fax. Lo tomas, te pones las gafas y lees.

La abajo firmante, Nathalie Krentz, doctora en Medicina, certifica, tras el examen oftalmoscópico practicado hoy, que los ojos impresos en la tela llamada «tilma de Juan Diego» presentan, además de los reflejos adecuados a la ley de Purkinje-Samson, huellas de microcirculación arterial.

Por consiguiente, me declaro incapaz de afirmar que la reproducción perfectamente realista de estos fenómenos oculares haya podido ser obra de un artista pintor, sea cual sea su época. La distorsión de las imágenes correspondiente a la curva de la córnea, tal como podría advertirse por medio del mismo oftalmoscopio en una persona viva, hace esta observación inexplicable en una superficie plana, en el estado actual de la ciencia y en los límites de mi especialidad.

Para que conste a todos los efectos necesarios.

Damiano guarda sus gafas, sonríe, arruga la hoja y la arroja en el conducto del

tritador. No le hace más efecto... Dios mío, pero ¿cómo funcionan estos cardenales? Ya monseñor Zumárraga era para mí un misterio, cuando yo vivía, con aquel modo de secuestrarme para contribuir a la liberación de mi pueblo, y no puede decirse que mis relaciones con el alto clero hayan evolucionado mucho en cuatro siglos.

Fabiani toma su plato de pasta, va a abrir uno de los cajones de metal, pone en marcha el montaplatos, se ciñe a los hombros la manta de lana que le permite soportar la temperatura constante, a dieciocho grados, y recorre la sala de cajas fuertes, con las manos a la espalda, la frente adelantada, fijos los ojos en las junturas del mármol. Piensa, como cada vez que estamos juntos, en los diez días de felicidad que conoció en la Tierra, aquel verano de 1978 cuando, dos semanas después de su elección, Juan Pablo I le convocó, a él, simple obispo secretario de la Prefectura de Asuntos Económicos, para confiarle la investigación financiera del Banco del Vaticano.

Noche tras noche, sentado en el despacho que monseñor Marcinkus ocupaba de día, Damiano examinaba las cuentas, descubría las estafas, la falsificación de escrituras, el blanqueo y las evasiones organizadas hacia lo que llaman paraísos fiscales. Todas las mañanas, a las cinco menos cuarto, cuando el papa despertaba, subía a informarle ante una taza de café. La confianza del Santo Padre y su común voluntad de reformar en profundidad el Vaticano, de hacerle abandonar la pompa inútil, la especulación bursátil, los vínculos oficiosos con la mafia y la hipocresía oficial, daban a los dos montañeses nativos del Véneto la ilusión de que era aún posible restaurar el espíritu del Evangelio y expulsar a los mercaderes del templo.

Hasta el undécimo día, cuando el obispo Fabiani descubrió, a las cinco menos cuarto, al papa sentado en su lecho, envenenado. Avisó enseguida al cardenal secretario de Estado, que comenzó por imponerle voto de silencio, hizo desaparecer ante sus ojos el medicamento contra la hipotensión, que estaba en la mesilla de noche, confiscó el testamento del pontífice, vació sus cajones de todas las notas referentes a las históricas decisiones que iba a anunciar e hizo que se practicara el embalsamamiento para evitar la autopsia. Ante el mundo entero, el papa que había reinado treinta y tres días habría muerto de un infarto provocado por el peso de sus funciones, aunque su salud era magnífica y quería revolucionar la Iglesia para que volviera a seguir los pasos de Cristo. El carácter y las intenciones de Juan Pablo I fueron maquillados, reducidos a la nada en pocas horas. Sólo quedó ya un idiota tímido y sin cultura, un inofensivo inocentón superado por el papel que el Cielo le había asignado, y que Damiano Fabiani asocia siempre a mi imagen, algo que me conmueve infinitamente.

Para asegurarse de su silencio, ocuparlo y separarle del mundo, el secretario de Estado, confirmado en sus funciones, se las arregló para que el nuevo papa diese al

testigo molesto el capelo cardenalicio y la responsabilidad de la Riserva, esa caja fuerte subterránea de setecientos metros cuadrados, concebida para proteger de la contaminación romana y de una eventual explosión nuclear la memoria de la humanidad: trescientos mil manuscritos y los archivos secretos del Vaticano.

Ignoro lo que es cierto o no en los recuerdos de Fabiani, lo que su rumiante fidelidad oculta o magnifica, pero una de las cosas que lamento de mi supervivencia es que el papa de los pobres, como él se llamaba, no hubiese tenido la ocasión de pensar en mí. ¿Habría podido advertirle de lo que se tramaba contra él, si hubiese encontrado tiempo, durante sus cuatro semanas en el Vaticano, de examinar la petición de beatificación del arzobispo de México que dormía entre los expedientes de Pablo VI, habría podido salvarle la vida como hice, tal vez, con Nathalie Krentz en el departamento de camas y complementos de El Nuevo Mundo?

Pero aquí, en ese instante, quiero que olvides el 29 de septiembre de 1978, Damiano, quiero que vuelvas al presente, a este mes de marzo de 2000, que tomes la decisión y aproveches la visita del prefecto que dirige mi proceso para informarle del nombramiento de tu nuevo perito. Concéntrate, te lo ruego. Llévame a ti, tengo la impresión de disolverme entre tus recuerdos... Olvida al bribón de Marcinkus, puesto de nuevo a la cabeza del Banco del Vaticano y cubierto de honores por Juan Pablo II, olvida tu puesta a buen recaudo disfrazada de ascenso, olvida tu odio reconcentrado hacia Luigi Solendate que te evitó la muerte antaño respondiendo de tu silencio, olvida el pasado para consagrarte a mi porvenir.

Recupera tu compasión por mí, Damiano, te lo suplico... Soy desgraciado. Tengo miedo. Creí tanto en Nathalie y ahora estoy de nuevo solo contigo, que me olvidas. Tengo la impresión de que forjas otros proyectos, de que cambias de estrategia, de que te afecto menos, de que nuestro vínculo se afloja, de que voy a esfumarme de tu espíritu... ¿Qué debo hacer para que me oigas de nuevo, para que la Providencia nos haga concordar como antes? ¿Debo arrepentirme de nuevo? ¿Conmover tu corazón momificado con un acto de contrición, uno más? Sé muy bien que estoy viviendo el infierno que merezco. Mi deseo más caro, el ansia dominante de mi existencia, ha sido colmado: que nunca nada cambie a mi alrededor. Sé muy bien que la Virgen compensó la ausencia de mí mujer dándome, durante diecisiete años, el mejor remedio contra la soledad, el tiempo que pasa y las emociones que se olvidan: revivir incansablemente por la gracia del relato, en la exaltación egoísta y el interés general, el momento crucial de una vida. Me lo había avisado en la roca de Tepeyac: «Serás recompensado por el servicio que me prestas». Y cierto es que repetir cada día, para nuevos desconocidos, las apariciones de la colina y el milagro de las rosas me producía la ilusión de ser invulnerable porque me sentía útil, y era tan agradable. Ignoraba que su favor desbordaría el marco de mi encarnación. ¿Ese voto de petrificar las horas, de remontar el tiempo, de vivir hacia atrás era pues más fuerte

que el de encontrarme con mi mujer en el más allá? Debiéramos desconfiar siempre de lo que deseamos, aun inconscientemente: la vida adopta a veces nuestros sueños secretos, para lo mejor o para lo peor, y la muerte confirma entonces la elección.

Una luz parpadea sobre la pared blindada. Damiano vuelve a sentarse, aprieta con el pie el botón que abre la puerta corredera del ascensor privado. Erguido como un cirio con su sotana ribeteada, con la gran cruz pectoral colgando como un recordatorio sobre su faja roja, y con la larga cabeza caballuna, sombría, que no expresa más sufrimiento que la dificultad de perdurar, el cardenal Solendate entra en la sala de las cajas fuertes.

—Le veo en mejor forma que el mes pasado, monseñor —dice con la humildad condescendiente que le sirve de cortesía.

—Sin duda se lo debo a usted, Eminencia —responde Fabiani cruzando los dedos bajo la barbilla—. Si no me hubiera ofrecido una misión en México, no habría tenido otra ocasión para salir de mi tumba.

—¡Su tumba! —sonríe el prefecto con un aire de indulgente reproche—. Qué reductora palabra, monseñor, para un privilegio que toda la curia le envidia. Es usted el más valioso de todos nosotros, con respecto a la posteridad.

—Y el más inútil para lo cotidiano —precisa el conservador—. Los técnicos escanean, sobre mi cabeza, los más antiguos manuscritos del mundo, y vienen luego a encerrar en mis arcas los originales que no volverán a salir de ellas. Firmo un recibo y valido un código informático que ignoro. No es un privilegio, es un tormento.

—Vamos, Eminencia... Qué exaltante debe de ser, para un bibliófilo como usted, cohabitar con tantos tesoros... El *Codex benedictus*, la *Primera Epístola* de San Pedro, *La Divina Comedia* caligrafiada por Boccaccio, los dibujos de Da Vinci, el primer manuscrito del *Romance de la Rosa*...

—Yo era un enamorado de los libros y soy el guardián de un depósito de cadáveres. ¿Cuál es el motivo de su visita, Luigi?

El prefecto de la Congregación de Ritos dirige los ojos al lugar donde debiera encontrarse un sillón para el visitante. El zumbido del aire acondicionado puntúa su silencio, que se debe menos a la turbación que siente que al misterio que alimenta. Esos viejos me exasperan, con su hiel confitada en melosidades protocolarias.

—Una noticia triste para nosotros, monseñor —acaba soltando el hombre de la superficie—. El decreto que fija la jubilación de los cardenales a los setenta años acaba de ser firmado por el Santísimo Padre. Entrará en vigor el mes próximo.

—¿Por qué era tan urgente? —articula Fabiani en un tono neutro.

—Para nombrar a treinta y ocho nuevos cardenales adictos para formar un cónclave que pueda votar como Su Santidad desea, ¿por qué?

Mi abogado del diablo dirige la mirada hacia las paredes de acero desnudo, para digerir la noticia que arruina todos sus proyectos. El otro prosigue, con las manos

formando una concha sobre su ombligo:

—A fin de cuentas, tal vez el Santísimo Padre se haya burlado de nosotros cuando pretendíamos manipularlo.

—Usted está mal situado para lamentarse, sobre todo ante mí. Quería dar marcha atrás: lo ha logrado. Acusaba a la modernidad de ser la causa de todos los males de la Iglesia: los tradicionalistas son los que le ponen de patitas en la calle. El papa ama a todo el mundo, salvo a las marionetas que tiran de sus hilos.

—No comprendo sus alusiones. Para mí el segundo Juan Pablo es tan admirable como el primero, tan carismático, tan valeroso, tan conmovedor en su mezcla de agotamiento físico y energía espiritual. Tal vez tengan todos razón, a fin de cuentas: sólo soy un ingenuo. Pero ¿por qué va a ser eso un defecto?

—Sea como fuere —prosigue Solendate—, siempre hay un medio de impedir la aplicación de la medida.

—Le escucho.

—El fallecimiento del Santo Padre anula automáticamente todas las disposiciones en curso.

—¿No irá usted a asesinar a otro papa, con el fin de poder elegir a su sucesor antes de que le afecte el límite de edad?

Un rictus deforma el rostro de Solendate que, en un instante, pierde su altivez, su desprecio, su contención.

—¡Dios le perdone sus insinuaciones, Fabiani! Le estaba recordando, sencillamente, que el Sacro Colegio debe reunirse para conocer el decreto. Es puramente formal, pero podemos hacer muy bien que no se logre nunca el quorum hasta que el soberano pontífice muera.

—¿Y consideraría una victoria el hecho de no tener ya más poder para ejercer que el del absentismo?

Los dos jubilados potenciales se contemplan. Por su mirada inmóvil pasa toda una vida de intrigas de pasillo, de necesarios dobles juegos y de ambiciones personales al servicio de Dios.

—¿Sabe usted en qué pienso, Luigi?

La cabeza del alto cardenal se mueve lentamente hacia la falsa luz opalina que humaniza el edificio, entre dos cortinas blancas. Sus labios se separan el uno del otro. Aguarda, sin incitación, sin impaciencia y sin pasión.

—Pienso en la respuesta de monseñor Bierens, en una situación como la nuestra.

El hombre que dirige mi proceso abre sus manos y las deja caer sobre su sotana, en señal de impotencia o de resignada aprobación. En el cónclave de 1978, del que los mayores de ochenta años habían sido excluidos por el testamento de Pablo VI, todos los cardenales, tras haber quemado según la costumbre sus papeletas de voto en la estufa, estuvieron a punto de morir asfixiados por el humo negro que invadió la

Capilla Sixtina. El cardenal Bierens, prefecto de la Casa Pontificia, de ochenta y dos años y medio, había «omitido» ordenar que limpiaran el conducto de la chimenea.

—Y pensar que, además —suspira Luigi Solendate—, vamos a ofrecer al Santísimo Padre su postrer triunfo con la canonización de Juan Diego...

—No habrá canonización.

El prefecto observa, con un aire de superioridad preñado de mansedumbre:

—¿Ah, no? Y sin embargo su perito acaba de declararse incapaz de refutar el milagro.

—¿Cómo lo sabe usted? —se sobresalta Fabiani—. ¿Acaso intercepta mi fax?

El otro une los dedos con sencillez:

—Digamos que me ha llegado una copia.

Con las manos crispadas en el borde de su mesa, el abogado del diablo salta del sillón impulsado por su indignación:

—¡Ha pinchado usted mi línea privada!

—No abusemos del sentido de las palabras, Eminencia. No por ser privada su línea deja de estar conectada a la centralita del Vaticano y protegida pues, como tal, por los servicios competentes, que tienen la obligación de remitirse a la vía jerárquica.

—¿Jerárquica? ¡No puedo ser, en modo alguno, su subordinado, Solendate!

—Como promotor de la fe en el proceso que yo instruyo, sí: usted lo es.

—¡Hizo que me nombraran abogado del diablo sólo para pincharme la línea!

—No me subestime, monseñor: tengo otras ventajas. Cuando puso usted bajo control mis cuentas en el Banco Ambrosiano, en 1978, yo no hablé de abuso de poder, ni devalué sus ambiciones para conmigo.

—Cumplí con mi deber sólo en interés de la Iglesia aunque, desgraciadamente, el examen de sus cuentas no me proporcionara pruebas bastantes para declararle cómplice de Marcinkus.

—¿Y cree usted que sus sosas conversaciones telefónicas me han ilustrado mucho más?

Callan por un instante, desafiándose con la mirada; acaban sonriendo. Pobre Iglesia en manos de esos vejestorios susceptibles que sólo defienden sus prerrogativas y se tienden pequeñas trampas metidos en su concha. Adelantar el momento de su jubilación sólo cambiará las caras, no las mentalidades. Los sumos sacerdotes aztecas de mi juventud tal vez no fueran unos angelitos, pero al menos mataban para alimentar al sol, por orden de sus dioses, con abnegación y sin dobles intenciones.

—¿Piensa usted nombrar otro perito? —prosigue el prefecto sin abandonar su suave sonrisa.

—No.

—¿Y entonces?

—Ya lo verá —añade con acritud Fabiani, señalando su teléfono-fax—. Pero ya puede, a partir de ahora, reservar una celda en su abadía de retiro: Juan Diego no sobrevivirá a mis conclusiones.

—Está muy seguro de sí mismo.

—Hágame esta merced.

El alto cardenal se dirige hacia la puerta del ascensor, da media vuelta señalando con un índice acusador.

—¡No tiene usted derecho a ocultarme una prueba, Fabiani! Cualquier nuevo elemento debe incluirse en la instrucción en...

—No es un nuevo elemento. Estaba ante las narices de todo el mundo, pero no ha interesado a nadie. Habría podido aprender muchas cosas aún, monseñor, si le hubieran dado tiempo.

Malhumorado, el prefecto le da la espalda, busca un interruptor en las paredes lisas. Fabiani extiende el pie bajo la mesa y aprieta el botón oculto por la alfombra. La puerta del ascensor se desliza con un siseo.

—¡Aproveche su refugio, Damiano, las pocas semanas que le quedan! No tendrá la oportunidad de evaluar su eficacia.

—No pierdo la esperanza.

El alto anciano se ríe para sí, con los labios cerrados, luego pregunta fingiendo preocupación:

—¿Cree que va a estallar un conflicto atómico antes de que le sustituyan?

—Sólo depende de mí.

—Creo que ya es hora de descargarle de sus responsabilidades, Fabiani. Se está volviendo senil.

—Yo debo decidir el cierre de la Riserva, Eminencia. En la guerra o en la paz, si tengo ganas de encerrarme con la memoria de la humanidad, nadie podrá abrir de nuevo esta puerta antes de cincuenta años, tiempo para proteger los manuscritos de cualquier contaminación radiactiva.

—Bromea usted.

—Es muy Ubre de creerlo. Buenos días, monseñor.

El ascensor se cierra y Fabiani devuelve a su hermano enemigo hasta la superficie, dejándome solo con él en su cripta blindada, incapaz de adivinar sus argumentos, de separar los arrumacos de las mentiras, de apreciar los objetivos reales y el cambio de situación, en ese combate del que me creí el envite y en el que sólo soy, para todo el mundo, un pretexto.

Sostuve a Kevin hasta su habitación. El esfuerzo sobrehumano que había tenido que hacer para tomar una foto del ojo izquierdo sin caer de la escalera le había vuelto a sumir en un medio sopor que me convenía. No quería hablar de lo que había visto. Con nadie. Escribirlo y mandarlo, enseguida, para estar en paz con mi conciencia e intentar olvidarlo. O admitirlo. O negarlo, con el tiempo. Acabar dudando de mi razón para poder algún día, de nuevo, rechazar lo irracional.

Redacté mis conclusiones de un tirón, entre los irregulares ronquidos de mi compañero de peritaje. Su ordenador se colgó cuando quise mandar el e-mail. Desperté a una operadora. La palabra Vaticano es una de las pocas que pueden sacudir la inercia: treinta segundos después un botones venía a buscar el fax y me traía, cinco minutos más tarde, el comprobante de emisión. Cambio de amura, como dicen los marinos al pasar de una bordada a otra.

Dudaba en volver a mi habitación. La espalda de aquel muchachote dormido atravesado en la cama, con los brazos en cruz y su esmoquin demasiado estrecho, me retenía, sin objeto y sin deseo. Yo estaba prisionera y libre, llena de impulsos y vacía de sentido. ¿De qué servía marcharme o quedarme, tenderme contra él o acabar junto al minibar? Yo era sólo una piedra de vado, sin vida, que le permitiría hundirse algo más lejos. Eso es todo. Su tipo me deprime, sólo se cura con el escalpelo y no sabe cortar nada, romper nada: es incapaz de tirar cosa alguna, ni siquiera una tortuga al inodoro para salvar su matrimonio. Nos parecemos tanto que es patético. Si al menos supiera cómo cambiar, y para quién. Si consiguiese formular claramente una demanda... Pero no voy tampoco a ponerme a rezar a la Virgen, con el pretexto de que acabo de confirmar su permiso de residencia en un viejo jirón de tejido. El hecho de que vea no quiere decir que exista. Yo me entiendo. Y tengo mérito.

El gran teléfono suena en la mesilla de noche. Esta vez espero que Williams descuelgue. Se sacude al tercer timbrado, alarga la mano a tientas hacia el auricular.

—¡Sí! —suelta con voz disuasoria, que se suaviza enseguida—. Buenas noches, monseñor, o buenos días, no sé qué hora es en su país.

Ha adoptado el tono falsamente desenvuelto de la gente que exagera el dinamismo, creyendo disimular así que acaban de despertarse.

—Claro está, he tomado las fotos sin cristal. ¿Cómo? No, aún no... Ah. Sí, es

posible, claro, le llamaré cuando haya terminado. Mis respetos, Eminencia. Vete a la mierda —concluye al colgar.

Rueda hasta los pies de la cama, se levanta, se rasca la espalda y va al cuarto de baño.

—¿Dónde he metido mi cámara? —masculla meando con la puerta abierta.

Es curioso cómo cambia el sueño a un hombre. Apenas el alba clarea en la ventana y ya somos íntimos, sin haber tenido que esforzarme, habiendo economizado nuestros cuerpos. Recojo de la alfombra el instrumento, increíblemente sofisticado, que dejó caer hace un rato, al entrar. Diríase una especie de cámara numérica con una suerte de embudo de filtros en vez de zoom, todo lleno de sensores y pantallas de control. Pregunto, para apagar cortésmente el chapoteo en la taza:

—¿Cómo es su cardenal? El mío se parece al extraterrestre de Roswell.

Regresa, se detiene para contemplarme, reconocirme y recordar lo que hemos hecho o no.

—No debo beber con esos somníferos —dice conectando la cámara a un chirimbolo no identificado unido a su ordenador portátil, que ahora parece funcionar sin problemas.

Algunos movimientos de ratón más tarde, aparece en la pantalla un mosaico de manchas cuadriculadas.

—¿7-6 o 6-5? —se pregunta.

Decide, examina el cuadro que acaba de aislar, borra la maniobra, hace clic en el cuadro siguiente y comienza a ampliarlo.

—¡Bingo! —dice, huraño.

Sin intentar descifrar las razones de su triunfo, tomo mi maleta y me dirijo hacia la puerta.

—¿No quiere usted asistir al éxito de su misión?

Me vuelvo, frunciendo el ceño.

—No del modo que usted lo esperaba —prosigue en tono absorto—, pero será lo mismo. He descubierto un decimocuarto personaje en el ojo.

Vuelvo hacia él. Me señala un montón de manchas parecido a los demás, teclea y unos pimpantes colores revelan una vaga silueta de pelo corto y nariz aguileña.

—¿Morphing? —aventuro.

—Mejor aún. Es la última generación de microdensitómetros. Donde la visión humana detecta como máximo treinta y dos matices de gris, él distingue hasta doscientos cincuenta y seis. Hice mi descubrimiento trabajando con fotos existentes, pero tenía que comprobarlo tomando un nuevo cliché del original con él... ¿Me está escuchando?

Mi espíritu va de una imagen a otra; me encuentro en el estado en que me hallaba durante el examen en la escalera.

—Si sigue siendo escéptica, no vale la pena que siga adelante.

—No sé ya lo que soy, Kevin. Los ojos están vivos, lo he visto. No... no puedo encontrar la palabra. Me miraban.

—Bienvenida al club. También yo pasé por ahí, créame. ¿Recuerda a Juan González, el traductor indio, a la derecha del obispo? Hice zoom en sus ojos y mire lo que he encontrado. ¿Lo reconoce?

Frunzo el ceño aproximándome a la ampliación que ocupa la pantalla. Niego con la cabeza. El abre su clasificador de acordeón, me tiende dos postales: una especie de calendario pintado donde los aztecas evocaban los acontecimientos del año 1531 y el cuadro de Miguel Cabrera inspirado en él, que representa a dos hombres de larga nariz aquilina; el primero muy viejo con aspecto astuto y un gorro puntiagudo, el segundo más joven con unos ojos ingenuos y levantando las manos al cielo, destocado.

—El tío y su sobrino —presenta poniendo un dedo sobre cada uno.

—¿No era Juan Diego el que llevaba un gorro?

—Ningún documento lo dice. Ningún dibujo de la época permite afirmarlo. En cambio, Juan Bernardino era apodado, en nahuatl, «El que oculta sus bienes bajo el gorro».

Teclea y en la pantalla aparece la ampliación de una forma gris, con gorro puntiagudo, que parece sacudir una sábana, poniendo buena voluntad. Un clic y la imagen pasa a colores virtuales, fondo difuso, contornos subrayados de negro. El cursor se detiene en la cabeza del indio, la amplía.

—¿Ve usted el gorro, doctora Krentz?

Asiento.

—Tenemos dos certezas: el indio que muestra su túnica al obispo lleva un gorro y el que he descubierto en el ojo del traductor, el decimocuarto personaje, no lo lleva. De modo que Juan Bernardino es el mensajero de la Virgen, habría que beatificarlo a él.

Le miro, atónita.

—¿Con quién hablaba usted por teléfono, Kevin?

—Con el cardenal Fabiani.

La sencillez con la que acaba de confesarme su doblez me deja desarmada.

—¿Está usted diciéndome que estamos trabajando para la misma persona? ¿Que actúa usted, de tapadillo, para el abogado del diablo?

Levanta un dedo para corregir mi formulación:

—Trabajo para la exactitud histórica, Nathalie, en el marco de un fenómeno sobrenatural que no por ello es cuestionado. Muy al contrario. Juan Bernardino vio a la Santa Virgen, también. A él le dijo el nombre de Guadalupe. Ella le curó de la peste y le mandó a casa del obispo, cuando Juan Diego se había escabullido. Nada impide

llegar a la conclusión de que fue el tío el que recogió las rosas. Por el camino, encuentra a su sobrino que regresa con el sacerdote para administrarle la extremaunción, le dice: «La Madre de Dios me ha curado, vayamos a decírselo al obispo». Y ya conoce el resto. Salvo que, de acuerdo con mis ampliaciones, la Virgen se estampó en la tilma de Juan Bernardino, mientras Juan Diego contemplaba la escena con la cabeza desnuda, como nos indica su reflejo en el ojo del traductor.

Hace clic de una imagen a otra, para que yo compare los dos personajes con colores artificiales. Le hago observar que, de todos modos, eso no es muy probatorio.

—Tampoco monseñor Fabiani desea un elemento de refutación que sea en exceso... probatorio.

—¿Cómo lo hizo para metérselo a usted en el bolsillo?

—Como con usted, sin duda. Me invitó a almorzar, el mes pasado, me expuso sus temores y supo encontrar las palabras. Yo tenía ya la misión de la Congregación de Ritos: él pensaba que me dejarían trabajar más libremente, creyéndome del bando de los «favorables». Mientras usted servía de chivo expiatorio.

—Pero ¡es asqueroso!

Parece tan sorprendido como yo por ese grito del corazón que ha brotado de mis labios. ¿Por qué he reaccionado de ese modo, en nombre de quién y en virtud de qué?

—Hay que comprender al Vaticano, Nathalie. No pueden canonizar a cualquiera, sobre todo cuando hay una duda sobre su identidad. Un eventual error cuestionaría, por los siglos futuros, la propia realidad del milagro. Lo que importa es la Santa Virgen estampada para siempre en la tela. No el nombre del portador.

Caigo sentada en la cama, desconcertada por la estrategia que se ha tejido sin que yo lo supiera.

—Pero ¿por qué todos los textos hablan de Juan Diego? ¿Por qué habría mentido durante diecisiete años? ¿Y por qué el obispo de México iba a acreditar esta impostura?

Kevin se sienta a mi lado, sonrío siguiendo con el dedo una arruga de mi vestido, en mi rodilla.

—Porque Juan Bernardino no era realmente creíble como testigo. Había engañado a algunos mercaderes de esteras, según el rumor, y además, curado o no, de todos modos había contraído la peste...

—¿No habría tenido buena prensa?

—Los peregrinos habrían temido el contagio, tanto con él como con su tilma. En fin, son sólo suposiciones... Pero, de todos modos, era demasiado viejo; habría muerto antes de ser oído por los investigadores de Madrid. En cualquier caso, Juan Diego era una opción mejor. Sin querer ofender a la Virgen, las autoridades católicas de la época estimaron que había cometido un error de *casting*.

Enmudezco. Decepcionada, traicionada en mi confianza y, a la vez, recorrida por

un impulso de júbilo que no consigo explicarme. Será mejor que vaya a dormir.

—¿No se queda? —se extraña.

—¿Para qué?

Su vago gesto deja la puerta abierta a todas las interpretaciones.

—Tengo la impresión de que me siento mejor desde que la conozco a usted.

Le respondo que me alegro por él, recojo mis cosas y regreso a mi vida.

No te lo tomes a mal, Nathalie. Tampoco yo esperaba este cambio e ignoro cuáles serán sus consecuencias para mí. Estaba tan concentrado en tu persona, ya ves, que en momento alguno he advertido que el abogado del diablo tenía otro as en su manga. Nunca me acostumbraré a la maldad de los hombres.

¿Qué va a ocurrir ahora? ¿El abandono de mi canonización apartará a los fieles, mi reflejo acabará disolviéndose en la mirada de la Virgen? ¿Mi pobre tío, sobre quien tantas maldades sin pruebas se han dicho, será arrancado de su purgatorio para venir a relevarme en la tilma? «San Juan Bernardino»... Eso habría dado risa a nuestros vecinos, por aquel entonces... A menos que, y es más verosímil, la artimaña del cardenal Fabiani no logre nada. Proclamada santa o no, mi alma seguirá siendo lo que es, mi destino será el mismo: el papa cambiará, los cardenales serán más jóvenes, el Vaticano seguirá considerándose el ombligo de Dios y los hombres con penas no dejarán de implorar a mi túnica, aunque oficialmente se convierta en la de mi tío. La imagen de Nuestra Señora lo ha resistido todo; bien sabrá sobrevivir a un cambio de propietario.

De cualquier modo, me has hecho bien, Nathalie, y siento que ya no eres del todo la misma. Mi estado de ánimo sigue siendo estacionario pero tu aventura continúa. Cuídate, hermanita. No estoy seguro de poder velar por ti tanto como quisiera ahora que, para ti, soy sólo ya un asunto cerrado. Un misterio molesto, una turbación que te perseguirá por algún tiempo aún, te lo agradezco. Pero un asunto cerrado de todos modos. Tienes tu vida, yo tengo mi muerte.

Sería necesario, para que permaneciéramos unidos, que me pidieras algo. Naturalmente, no tendré modo de satisfacerte directamente; sólo podré devolver la energía que canalizas hacia mí, ampliar tu fulgor, tu confianza en ti misma, como ocurre con los que me rezan; ayudarte a comprender que sólo es posible actuar realmente sobre uno mismo estando vivo. Algo que yo no supe hacer a tiempo y que pago con nostalgia.

Naturalmente, cumplí la misión que la Virgen me había confiado: obtener del obispo la construcción de una capilla. Naturalmente, propagué durante diecisiete años el mensaje de amor que ella me había transmitido: «Soy vuestra compasiva Madre, la tuya y la de todos vosotros que sois sólo uno en esta Tierra, la Madre amante de todas

las demás cepas de hombres que me llaman, me buscan y confían en mí. Y en este lugar escucharé sus llantos, su tristeza, para cuidarles, curar todas sus penas, sus miserias, sus sufrimientos...». Centenares y miles de veces repetí estas palabras y vi su efecto; serví de mediador entre el Cielo y los hombres y ya no pedí nada para mí, tan confiado era, tanto creía que la recompensa prometida por la Virgen sería recuperar a mi querida mujer en el Paraíso... Nunca más *actué* pensando que tendría para mí la eternidad sin haber advertido que la eternidad es la inacción.

No te abandones, Nathalie. No te abandones a la renuncia como yo sucumbí al optimismo. Tal vez yo no fuera el objetivo de tu viaje hasta aquí. Tal vez se te exija otra cosa, tal vez se te necesite por otras razones distintas a los manejos que acabas de descubrir y que te dan náuseas. Dulce aliada mía, ¿quién puede comprenderte mejor que yo? Te sientes manipulada como una marioneta inútil, que sólo servía para distraer en el proscenio mientras la intriga se decidía entre bastidores. Pero no te detengas aquí. Haz algo con este sentimiento. Hazlo por mí.

Sin duda me equivoqué sobre lo que debía esperar de ti. Creía que tus lentes me salvarían, y tal vez puedas lograr mi salvación al perderlas. Si consigo ayudarte, si tú y yo aceptamos la idea de que esta ayuda es posible, tal vez entonces saldremos juntos de nuestro callejón sin salida.

—Buenos días, soy Guido Ponzó, ¿la he despertado? Me han soltado esta mañana, estoy abajo, en la recepción, ¿podemos vernos?

No le pregunto para qué.

—Tengo un mensaje para usted, Nathalie. Y usted tiene algo para mí. ¿No? He sabido que el peritaje se llevó a cabo ayer.

Dejo que se haga el silencio, le cito en el quinto, en el balcón del bar y voy a la ducha para lavar el insomnio.

Me aguarda ante una taza minúscula, explica con aire rencoroso que, en México, lo único que diferencia el espresso del café americano es el tamaño del recipiente. Cada vez más pálido tras sus gafas negras, con la camisa arrugada y barba de la víspera, contiene un temblor de impaciencia para preguntarme si he podido coger una fibra. Busco en mi bolsillo la pequeña botella de tequila que acabo de sacar del minibar para vaciarla en el lavabo. En el fondo reposa un hilo que he arrancado de la bata del hotel. Contempla la botellita al trasluz, se muerde los labios, la esconde rápidamente en su chaquetón y me aprieta la muñeca con aire extraviado. Es el día más hermoso de su vida. Se aparta, se inquieta, me dice que sea prudente: mi vida está ahora amenazada. Le digo que también la suya, para complacerle. Con un temblor de excitación, acompañado por un gesto despreocupado, me responde que está acostumbrado y me pregunta mi dirección de e-mail para comunicarme los resultados, en cuanto haya fechado mi muestra con el carbono 14.

Aparto los ojos. ¿Por qué lo he hecho? ¿Para que una voz vuelva a elevarse entre los cartesianos, rechazando el milagro en nombre de una prueba objetiva? Proporcionar una falsa prueba en beneficio de la ciencia. Dar, por medio del engaño, argumentos a los adversarios de la ilusión. Engañar a un racionalista para que la razón recupere sus derechos... Manipular a un ateo, como han hecho conmigo, pero con el fin de reforzar su tesis, la mía, que no tengo ya certidumbre alguna... El único medio que he encontrado para agarrarme a la realidad.

—Un pequeño regalo, a cambio —dice Guido Ponzó señalando con malicia el teléfono portátil que acaba de sacar de su bolsillo.

Lo enciende, se atarea con las teclas, se lo lleva al oído, inclina la cabeza y me lo tiende. Suena un bip, luego escucho un ronco soplo. Una voz femenina, desigual, de

mal timbre, articula unos sonidos en español. Le devuelvo el teléfono recordándole que no comprendo la lengua. Teclea un código para volver a oír el mensaje y me lo traduce palabra a palabra, con un dedo en la oreja derecha y el móvil pegado a la izquierda.

—«No hay Paraíso sin él. Ayúdale, Nathalie, pues a ti te escucha. Dile que María Lucía está con él desde su muerte. Mientras siga decidiendo que estamos separados, estará solo.»

Guido Ponzo apaga el aparato con una delgada sonrisa.

—¿Sabe usted quién era María Lucía, doctora?

—Su mujer.

—Eso es. Lo denominan una voz paranormal; tengo muchas en mi contestador, en Nápoles. Incluso aquí, ya ve, en este móvil de alquiler cuyo número no sabe nadie.

Su tranquilidad me desconcierta. Su aire travieso, fatalista, acostumbrado. Le pregunto, tan neutra como me es posible, si también ha recibido mensajes del más allá por Internet.

—No, no, el ordenador es para ellos mucho menos práctico. Expresarse en lenguaje binario... ¿Por qué complicarse la muerte? Si yo fuera un espíritu, utilizaría los voltios, lo analógico. Es más rápido y más creíble para ellos fabricar sonidos que introducirse en un programa. ¿No?

Le contemplo, atenta, intentando saber si ha cambiado, como yo. Con un hilo de voz, pregunto:

—¿Ellos?

—Los curas, los agentes del Vaticano, los mercaderes del más allá, todos los que conspiran para trastornar mi razón. No me dejan ni un solo instante: las voces paranormales, las puertas que golpean, los objetos que cambian de lugar, mi coche que se detiene sin motivo y, luego, arranca solo... Me lo han hecho todo. Y también a usted, ya veo. Conozco ese modo de encogerse apretando los puños. Aguante, Nathalie. Hay una explicación para todo, ¿me oye? Estoy con usted. Y no estamos solos. Miles de personas, en todo el planeta, luchan con nosotros contra las fuerzas del oscurantismo, el *lobby* sobrenatural... El envite es gigantesco para los servicios secretos del Vaticano. Piensan que la Iglesia católica no tiene más medio de sobrevivir contra el Islam. ¡Despreciando la razón de los fieles y las enseñanzas de Cristo! Quieren un ejército de creyentes manipulados por milagros, por fantasmas, ovnis y médiums. Llegaron hasta cargarse, a medias, a su papa, un 13 de mayo, para hacer que resultara cierto el tercer secreto de Fátima y revelarlo luego. «Un obispo vestido de blanco cae como muerto bajo las balas de un arma de fuego», eso es lo que la Virgen profetizó al parecer el 13 de mayo de 1917 a los pastorcillos de la aldea que lleva, precisamente, fíjese en el símbolo, el nombre de la hija preferida de Mahoma. Pero ¿hasta dónde van a tomarnos el pelo? ¡No desean ya más fe que la credulidad!

¡Y yo me niego! ¡Por eso creo en el hombre que ha declarado la guerra a la Iglesia!

Se interrumpe, mira a los turistas que le contemplan masticando con aire molesto. Apura su taza, hace una mueca, se levanta, me da gracias por mi ayuda y por el café, me promete noticias muy pronto.

Le veo alejarse por la terraza con una impresión de desgarró, dividida entre el asco por mí misma, la vergüenza y la solidaridad ante ese justo combate que libra contra nada. Pero, sea para atacar las ilusiones de los demás o sea para defender las suyas, tal vez lo esencial sea luchar. No lo sé. Ya no quiero saber nada. Ni siquiera tengo fuerzas para dudar.

El Nuevo Mundo está cerrado. Cruzo la explanada, evitando los sacos de dormir donde descansan los manifestantes de la víspera, entro en la catedral llena de viajes organizados. Unos carteles jalonan la nave, recomendando en seis lenguas prudencia y declinando cualquier responsabilidad. Una red tendida a diez metros del suelo protege a los cristianos de las piedras y el yeso caídos. ¿Qué hacer salvo orar a mi pesar para que Juan Diego oiga la voz de su mujer y me deje en paz? No ha dejado de obsesionar mis sueños, esta noche, entre dos charcas de insomnio. Cada vez que me dormía, lo encontraba en el mismo lugar, de pie en el ojo, unas veces con su gorro puntiagudo y otras sin él; me invitaba a reunirme con él y yo cruzaba los párpados, apartando las pestañas. *Nathalita, Nathalitzin... Cuídate, hermanita...* Siempre la misma frase y la misma sonrisa atenta. Pero cuidarme ¿de qué? La idea de que existe un más allá, este consuelo que hace funcionar a tantos creyentes, me arrebató cualquier deseo de vivir. Al menos de retomar el hilo que he seguido hasta hoy. Construir otra cosa, sí. Pero ¿para quién y dónde? Nunca he pensado en mí. Y he perdido la afición a entregarme. Sacrifiqué al hombre al que amaba para que se desarrollara, se realizara, y sigue en el mismo lugar, petrificado por los escrúpulos que sigue sintiendo hacia mí. Si Franck y yo tenemos aún un porvenir, un presente posible, está en otra parte, lejos de nuestros medios, de nuestras renunciás, de nuestras rutinas. Cuando me proyecto en mi país, me siento tan extranjera como aquí, tan fuera de mi lugar. ¿Cuánto tiempo podré seguir rechazando las leyes comunes, el modelo de los demás, los hombres que me envidian, las responsabilidades que me dan miedo? ¿Y para qué perdurar? ¿Quién me necesita, allí? ¿Quién necesita lo que soy, los valores en los que he creído, las pesadumbres que acarreo, las quimeras que ya ni siquiera persigo? La revelación de ayer por la noche, ante los ojos de la Virgen, nada cambió en mí. Todos los pensamientos de esta mañana estaban ya en mi cabeza, enterrados; la inacción los hace subir a la superficie, no la toma de conciencia o el guiño del cielo: la inacción de la que siempre me he protegido porque, en cuanto me detengo, caigo. La diferencia es que, esta vez, no deseo ya levantarme.

¿Cómo sería mi regreso? Llamaría a Franck, le contaría mi experiencia como se

comparte el relato de una pesadilla y, luego, la realidad reanudaría su curso: mis pacientes, mi casa, sus amantes. Con, como únicas variantes posibles, en lo que a mí concierne, cambiar de casa, comprar un perro, tener un hombre. Aceptar dirigir la clínica sin preocuparme de las consecuencias para Franck, asumir las relaciones de fuerza con los administradores y los financieros para intentar imponer mi punto de vista, alternar diplomacia, enfrentamientos, concesiones... No siento ya la tentación de decir sí ni tengo el valor de decir no. Me siento cada vez más habitada por Juan Diego, de acuerdo con todo lo que he leído sobre él, lo que sobre él me han dicho y lo que mi sueño ha hecho con él... Estoy como él, hace cuatro siglos, ante la aparición de la Virgen. Primero no se cree en ello, luego se pone uno de su parte y acabamos encontrándolo normal. La revelación de lo sobrenatural no cambia la naturaleza del ser humano: la amplía, la exalta o le arrebató su principio activo. El pequeño indio permaneció sentado diecisiete años entre los peregrinos, los idólatras, encerrado en el relato de su única aventura. ¿Qué más podía desear en la Tierra, tras la pérdida de su mujer, qué mejor cosa podía esperar? Vivió hacia atrás, como yo lo he hecho hasta ahora, aun yendo hacia adelante, y hoy me siento en un reclinatorio y espero.

¿Es este parecido, esta identidad de puntos de vista lo que tanto me pesa, lo que me deja inmóvil, sin objetivo, al borde de las lágrimas, con el vientre vacío y el corazón pesado? Pero el silencio, en mí, sigue siendo el mismo, el que siempre he conocido, tanto en la sinagoga de mamá como en las iglesias donde, más tarde, intenté justificar a mi padre. Salgo en el mismo estado en que entré.

En el atrio destrozado por las interrumpidas obras, un viejo sin piernas ni brazos mendiga en una silla de ruedas con un cartel de «Gracias» colgado del cuello. Algunos viandantes meten monedas en el bolsillo de su camisa, como si fuera la ranura de un cepillo, se persignan evitando su mirada y prosiguen su camino. Permanezco un momento apoyada en una reja, fascinada por esa escena que se hace cada vez más improbable a medida que, pasada la impresión, te acostumbras a ella. ¿Cómo ha llegado hasta aquí, cómo mueve su silla, cómo se las arregla para recuperar las limosnas o impedir que se las roben? Su rostro sólo expresa la atención fugaz, la cortés indiferencia de un empleado en su ventanilla.

Minutos más tarde, una camioneta se detiene en el atrio. El chófer enciende las luces de situación, baja a abrir las puertas traseras, instala un plano inclinado y va a buscar al impasible tullido empujándolo, sin más emoción que si estuviera vaciando un parquímetro. Vuelve a salir luego, llevando en los brazos a un niño que lleva al cuello una pancarta idéntica, coloca a sus pies un bol en el que hay dibujados algunos Miceys, cierra la puerta trasera y arranca para proseguir su gira.

Trastornada, me agacho ante el muchachito, que debe de tener seis o siete años, le tomo la mano. Responde «Gracias», con voz suave y neutra. Sus párpados cerrados son dos telones de carne blanda que ocultan el vacío de sus cuencas.

Un policía me silba, me levanta gritando que no tengo derecho a estar allí. ¿Por qué? ¿Dificulto la circulación, impido la compasión de los viandantes, perturbo el comercio? La revuelta, el asco me obligan a dar media vuelta sin responder al excitado que señala el bol del mocoso con aire conminatorio. ¿Cómo dar dinero cuando se sabe que se está avalando esta innoble explotación, que se engorda a un macarra de tullidos? Un guía ha contemplado la escena, mientras espera a su grupo en el semáforo; me asegura que no puede hacerse nada: centenares de miserables son raptados cada año y, luego, los encuentran abandonados en las calles, sin ojos. El tráfico de órganos florece, en México, y la policía no tiene tiempo ni medios para desmantelarlo.

Suspira, da luego unas palmadas, hace que su grupo cruce dirigiéndose a otro lugar pintoresco. El tranquilo horror de este país me petrifica, entre el oleaje de la circulación y el crepitar de las cámaras fotográficas. Juan Diego, seas quien seas, con o sin gorro, tú en quien creen, tú que salvaste la vida de un niño que se había perforado el ojo pescando, ¿cómo puedes permitir estas atrocidades? ¿Cómo aspirar a la santidad cuando se escucha una plegaria de cada mil, cuando se practica el milagro como una acción espectacular destinada a convencer? ¿Cómo quieres que admita la intervención de la Virgen, si ella predica amor como se hace la publicidad de un medicamento inaccesible a los pobres?

Entro en un bar, salgo enseguida. Iglesia o bar, licor o plegaria, es lo mismo: sólo sirve para bajar los brazos, ahogar la conciencia y librarse de actuar. Para que exista semejante tráfico de órganos debe haber una demanda. El único medio de interrumpir el tráfico es suprimir la demanda. Si la córnea artificial existiera en México, los chiquillos de las calles no serían ya considerados como reservas de piezas sueltas. Los injertos que necesitan las distrofias, el queratocono o el herpes salvarían a los donantes vivos. Nosotros debemos actuar, no el Cielo. Este país me duele pero el mío me avergüenza cuando rechaza un avance médico que no genera beneficio. ¿Para qué querer convencer a las paredes cuando aquí se salvarían chiquillos?

Me hundo en las callejas que rodean la plaza, buscando el silencio, la sombra y el camino a seguir. No puedo ya vivir en este mundo sin poder cambiar nada. Y no esperaré al más allá para imprimir mi voluntad en los ordenadores, los contestadores y el contenido de los sueños. Pero ¿por qué ese súbito miedo, esa impresión de urgencia, esa sensación de fracaso cuando estoy, tal vez, por fin, recuperando el control de mi vida?

Suenan unos pasos a mi espalda, se interrumpen cuando me detengo. Me doy la vuelta. Nadie. Estoy sola en esta calleja, entre dos bloques de casas abandonadas. Acelero hacia la calle perpendicular, vuelvo la esquina. Es un callejón sin salida. Al otro extremo, ante mí, maniobra un camión. Vuelvo hacia atrás pero dos hombres brotan de un portal, se dirigen hacia mí. Otro baja del camión, con las manos en los

bolsillos. El chófer pisa por dos veces el acelerador, en punto muerto, ahogando mis llamadas de socorro. Los tres hombres han sacado unas navajas. Ayúdame, Juan Diego, te lo suplico, no me dejes morir por nada, precisamente cuando he decidido servir para algo. No has podido traerme hasta aquí, hacerme andar todo ese camino para que la cosa termine así... ¡No! Aporreo las puertas del callejón. Los pasos se acercan, reanudo mi carrera, tropiezo. Unas manos me levantan. Una hoja se hunde. ¿Por qué? ¿Qué querías de mí? ¿Cambiar mi vida o arrebátarmela?

Me deslizo en la noche sin respuesta.

No sé si me escuchas, Nathalie, si tu estado presente facilita o no nuestra conversación. Para mí es mucho mejor, pero no te siento distinta. Menos concentrada, menos estresada, claro; más confortable, pero en plena posesión de tu alma, y eso es lo esencial para mí.

El anuncio de tu desaparición hizo mucho más daño de lo que imaginaba, ya ves, mucho más bien. Desde que recibió el fax del cardenal Fabiani, tu amigo Franck tomó el primer avión hacia México. Le era preciso perderte para comprender hasta qué punto le importabas. El padre Abrigón le esperaba en el aeropuerto, con un jefe de la policía que le tranquilizó diciéndole que los raptos eran frecuentes, pero que casi siempre se encontraba la persona viva. No dijo en qué estado. Llevaron a Franck hasta tu hotel; se encerró en tu habitación y rompió a sollozar en tu cama, con la nariz en tus cosas. Y pensando lo mismo que tú habías pensado dos días antes: ¿por qué ese estropicio, ese tiempo perdido, ese amor sacrificado al entorno, a los principios, a los escrúpulos? Y luego Kevin Williams llamó a la puerta. Estaba pálido, dividido entre la angustia y la exaltación, bajo el doble efecto del tequila y de la crisis mística. Desenrolló en la cama una ampliación del ojo, mostró a Franck los puntos, las manchas, las siluetas rodeadas, los colores de síntesis. Le dijo que acababa de descubrir un decimoquinto personaje en la córnea, y que eras tú. Un signo más, un mensaje comparable al que transmitía el grupo familiar; una advertencia y una llamada al orden: habías desaparecido del mundo real, aspirada por la mirada de la Virgen en la que no habías querido creer.

¡Franck lo echó al pasillo! Niega lo irracional, ahora, pero lo hace por superstición: adopta tus sentimientos para acercarte a él, deja que te disuelvas para aumentar sus posibilidades de encontrarte.

Bajó a la recepción, interrogó a todo el mundo, fue a todos los lugares adonde tú habías ido, del barrio de la catedral al restaurante frente a la cárcel, de las ruinas de Calixtlahuaca al apartamento de Roberto Cárdenas, de la basílica a la colina de las apariciones, de mis aldeas natales al cuarto piso de El Nuevo Mundo, intentando adivinar tus humores y tus paradas, queriendo abordar a las personas a quienes te habías dirigido, siguiéndote los pasos, con vuestras impresiones al unísono, y era extraño para mí sentirme así vinculado a él cuando él sólo pensaba en ti.

Nunca me había sucedido eso de ser el vínculo de una pareja. Y la historia de amor en la que me habéis metido ha tenido un increíble efecto que nunca os agradeceré bastante: por primera vez he percibido la voz de María Lucía, he sentido su presencia en mí. Tal vez porque el sentimiento de privación en el que la muerte me había encerrado, el rechazo de mi destino y la certidumbre de estar solo le impedían responderme, ayudarme a comprender que amarse después de la vida es, como vosotros decís, «ser una sola cosa». Sigo escuchando a los peregrinos, sus plegarias y sus acciones de gracias alrededor de mi tilma, pero, ves, no sufro ya por ello; la fuerza de mi vinculación terrestre ha dejado de volverse contra mí. Vuelvo a vivir. Vuelvo a morir. Y te lo debo.

El segundo día, Franck comenzó a recorrer los hospitales de la ciudad y acabó encontrándote en el San Cristóbal, pabellón B, tercer piso, donde te había llevado la ambulancia, inanimada, sin papeles. Y desde hace unas diez horas aguarda que despiertes, algo que ya no va a tardar ahora, creo: tus recuerdos van reconstruyéndose a mi alrededor y pronto les cederé el lugar. Sólo te robaron el bolso; tus heridas cicatrizarán y el traumatismo sólo fortalecerá tu decisión, precipitando las cosas.

No es que adivine tu porvenir, Nathalie, pero tengo confianza en ti. Sé adónde quieres ir, con quién y lo que vas a hacer. Vuestra vida está aquí ahora, en este hospital o en otro, en cuanto te hayas restablecido y hagas venir a tus amigos japoneses. Explicarán su descubrimiento, su técnica, presentarán sus resultados y solicitaréis la autorización de los servicios sanitarios, para formar a los cirujanos de aquí en el injerto de córnea artificial.

La tarea será dura, para Franck y para ti, los obstáculos agotadores y el éxito no os dejará ni un minuto de reposo para pensar en mí; además, ya no seré útil entre vosotros y no estaré aquí. Como los puntos se disuelven cuando han cerrado la herida, el vínculo desaparecerá.

Ignoro cuánto tiempo me retendrá aún el mundo. Pero si ahora, además de los milagros que me atribuyen, puedo contribuir a tejer nuevas ataduras y ver cómo se reconstruyen felicidades semejantes a la que conocí en vida, entonces no rechazo ya la prisión desde la que os contemplo. Y tal vez incluso, algún día, ¿quién sabe?, la añore.

Nota del autor

Este libro es una novela. Aunque los hechos relatados se adecuan a los documentos y a los testimonios de la historia, su interpretación es sólo cosa mía.

Los descubrimientos científicos referentes a la tilma son reales, aunque a menudo los atribuyo a personajes ficticios. Por lo que se refiere a las curaciones inexplicables atribuidas a Juan Diego, algunas, especialmente la del joven pescador con el ojo reventado por un anzuelo, fueron reconocidas oficialmente por la medicina.

La canonización estaba prevista para 1999. Cuando escribo estas líneas, el papa Juan Pablo II no la ha pronunciado aún y el Vaticano sigue mudo sobre un eventual aplazamiento del proceso.* Las razones que doy en este libro, que yo sepa, no dejan por ello de ser imaginarias.

* Finalmente, el papa Juan Pablo II canonizó a Juan Diego el 31 de julio de 2002 en la basílica de Guadalupe de Ciudad de México. (N. del E.)



DIDIER VAN CAUWELAERT nació en Niza en 1960. Es novelista, dramaturgo y guionista de cine y televisión. A los veintidós años publicó su primera novela *Vingt ans et des poussières*, a la que siguieron *Poisson d'amour*" (1984), *Les vacances du fantôme* (1986), *L'Orange amère* (1988), *Un objet en souffrance* (1991) y *Cheyenne* (1991), acogidas calurosamente por la crítica de su país.

En 1994 obtuvo el prestigioso premio Concourt por *Un aller simple Un billet de ida*. Su última novela, *La educación de un hada*, best seller que ha sido llevado al cine, lo descubrió al público español como un verdadero genio de la narración, capaz de transformar la realidad en magia y poesía.